
HARLEQUIN
Jazmín Top
REBECCA WINTERS
Te sigo amando
OTRA OPORTUNIDAD

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

TE SIGO AMANDO, N.º 8 - agosto 2012
Título original: Ranger Daddy
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-0753-2
Editor responsable: Luis Pugni
ePub: Publidisa

CAPÍTULO 1

–¿SEÑORA Rafferty? Después de su mensaje de anoche, si fuera usted mi hija le aconsejaría, de manera extraoficial, que hiciera las maletas y buscase un sitio seguro. No le diga a nadie adónde va y no confíe en nadie. Si le dice a alguien dónde está, esa persona también correrá peligro.

–Lo entiendo –asintió Gabi–. ¿Cuánto tiempo debería estar fuera?

–Lo sabré mejor cuando hable con el abogado de su exmarido. Cuando descubra qué pretenden volveré a llamarla, pero tendrá que estar fuera de la ciudad al menos una semana.

Gabi dejó escapar un suspiro. Tendría que sacar parte de sus ahorros para estar fuera de casa otra semana. Y tres semanas después debía volver a la escuela primaria de Rosemead, California, para empezar a preparar sus clases.

–Haga lo que haga, no vuelva a casa por ninguna razón –insistió su abogado.

–No lo haré –asintió ella. El miedo que sentía hacía que incluso le costase trabajo pronunciar correctamente.

–Estaremos en contacto, no se preocupe.

–Gracias por devolverme la llamada un sábado, señor Steel.

–Lamento decirle esto, pero tenga cuidado.

–Lo tendré –Gabi cortó la comunicación y atravesó la cabaña que había alquilado en Oceanside, California, para hacer las maletas. Una pena que no pudieran quedarse, pero las vacaciones que había estado planeando desde el otoño anterior habían terminado.

Después de guardarlo todo, se dirigió al cuarto de estar, donde su hija

de siete años, Ashley, estaba viendo dibujos animados en la televisión. Aún no habían desayunado y su preciosa hija estaba en pijama.

–Cariño… –empezó a decir Gabi, apagando el televisor.

–¿Por qué has hecho eso? –Ashley levantó la cabeza, sorprendida.

–Porque he decidido que vamos a hacer ese viaje que te prometí antes de que empiece el colegio. Ve a vestirte, cariño.

–Pero yo quiero jugar en la playa con los vecinos…

–Lo sé, pero vamos a ir a un sitio estupendo y quiero que salgamos lo antes posible. Es viernes y habrá mucha gente en la carretera.

–¿Cómo se llama? –le preguntó su hija mientras se ponía un pantalón vaquero y una camiseta con el lema *Salvad a las ballenas.*

–El parque nacional de Yosemite –respondió Gabi.

Era el primer sitio que se le había ocurrido después de hablar con su abogado. Al menos allí estarían lejos de casa mientras intentaba poner en orden sus ideas y esperaba la siguiente llamada del señor Steel. Pero tendría que buscar un alojamiento barato para no tener que utilizar sus ahorros.

–¿Y tardaremos mucho en llegar?

–Varias horas, pero puedes llevar tu dvd portátil y tus películas favoritas. Y no te olvides del Señor Charles. Creo que está debajo de la almohada, en tu cama –dijo Gabi. Ashley nunca iba a ningún sitio sin su perro de peluche. Era tan viejo que ya ni siquiera parecía un perro, pero su hija lo adoraba–. Pararemos en el camino para desayunar, ¿te parece?

–¿Puedo tomar beicon con huevos?

–Sí, claro.

Cualquier cosa para que su hija estuviera contenta.

Después de una última inspección para asegurarse de que no dejaba nada atrás, Gabi entró en el dormitorio para ponerse un pantalón vaquero y una camiseta como la que llevaba su hija. Las habían comprado en Sea World, después de ver el espectáculo de los delfines unos días antes.

Había pagado la cabaña por anticipado, de modo que dejó la llave sobre una mesita y ayudó a su hija a subir al Honda Civic, aparcado en la parte de atrás. Mientras Ashley se ponía el cinturón de seguridad, Gabi metió las cosas en el maletero y se colocó tras el volante para dirigirse a algún restaurante de carretera.

Después de desayunar paró en una gasolinera y, mientras esperaba a que se llenase el tanque, sacó el cepillo del bolso e intentó ponerse un poco presentable. Tanto Ashley como ella tenían el pelo corto, moreno y rizado. En su hija resultaba adorable aunque estuviese despeinada, pero a ella no le

pasaba lo mismo.

Afortunadamente, no había demasiado tráfico porque los coches iban en dirección contraria, hacia los pueblos de la costa. Gabi tomó la autopista de Fresno vía Bakersfield, esperando que su corazón se calmase un poco, pero la llamada de teléfono de su antigua madre de acogida, Bev White, le había dado un susto de muerte.

–Tu exmarido está buscándote. Dice que ha dejado el ejército y quiere ver a su hija. Cuando le recordé que había renunciado a la patria potestad de Ashley, me contestó que su abogado se encargaría de que la recuperase.

Gabi estaba atónita y furiosa no solo por tan repentina aparición, sino porque había involucrado a Bev, la mujer que la había acogido en su casa desde los catorce hasta los dieciocho años y que, a pesar de ser viuda, seguía teniendo niños de acogida. Bev no debería estar involucrada en ese tipo de problema a su edad y, después de la advertencia del señor Steel, no podía decirle adónde iba.

Gabi no entendía por qué Ryan quería ver a Ashley después de tanto tiempo. Él mismo había renunciado a su patria potestad cuando estaba embarazada, sin saber si sería niño o niña.

Había conocido a Ryan Rafferty en una boda en Los Ángeles. Por aquel entonces ella trabajaba para una empresa de catering para pagarse la carrera y él estaba en un campamento del ejército, en una unidad que un año más tarde sería destinada a Afganistán.

Se casaron poco después, cuando ella terminó la carrera en la universidad de California, y se mudaron a San Marino, donde Ryan tenía un apartamento.

Su matrimonio, tan prometedor al principio, se había roto diez meses más tarde, cuando le dijo que estaba embarazada. Habían tomado precauciones porque los dos estaban de acuerdo en esperar unos años antes de formar una familia, pero se había quedado embarazada por accidente.

Y cuando se lo dijo, Ryan mostró una cara oscura que ella desconocía.

–Tienes que interrumpir el embarazo. No quiero irme a Afganistán sabiendo que tengo un hijo.

Gabi había intentado convencerlo, pero él insistía en decir que ella era todo lo que necesitaba y que no quería tener hijos.

Ryan conocía los sentimientos de Gabi sobre el tema. Sabía que, siendo una niña abandonada, nunca interrumpiría el embarazo. ¿Y si su madre biológica hubiera decidido abortar? Su madre la había abandonado en una estación de tren cuando acababa de nacer y, aunque no la había conocido,

al menos le había dado la vida.

Pero cuando le dijo a Ryan que no estaba dispuesta a interrumpir el embarazo, él la empujó violentamente contra la pared y Gabi se dio un golpe en la cabeza.

–Yo no quiero ese hijo. ¿Lo entiendes? Recuerda lo que he dicho: no quiero ese hijo.

Gabi había vivido con niños de acogida toda su vida; niños que provenían de familias rotas, con padres abusivos, y había aprendido pronto que, si no querías que abusaran de ti, no podías tolerar el abuso. De modo que cuando Ryan la empujó, exigiendo que abortase, su amor por él murió por completo.

Asustada, se había marchado a casa de Bev, su madre de acogida, y ella le recomendó que fuese inmediatamente a un albergue para mujeres maltratadas.

Gabi había seguido su consejo y, una vez allí, los trabajadores sociales la ayudaron a encontrar al señor Steel, un abogado de Los Ángeles que estaba dispuesto a cobrarle una cantidad mínima que podría pagar a plazos.

El señor Steel envió la solicitud de divorcio a su marido y, para sorpresa de Gabi, el abogado de Ryan les ofreció un trato: Ryan renunciaría a la patria potestad de su hijo y aceptaría el divorcio si Gabi no presentaba cargos por maltrato para que no apareciese en su hoja de servicio.

A ella le había parecido bien y, como una ingenua, había pensado que después del divorcio no tendría que volver a verlo nunca más.

–A partir de ahora no sentiréis la lluvia porque cada uno será el refugio del otro. A partir de ahora no sentiréis frío porque cada uno dará calor al otro. No os sentiréis solos nunca más porque cada uno será el constante compañero del otro.

Con esas palabras, el jefe indio Sam Dick, el viejo y venerable jefe paiute del parque Yosemite, vestido con traje ceremonial, dio por terminada la ceremonia de casamiento.

Cal y Alex se volvieron el uno hacia el otro con los ojos llenos de felicidad antes de besarse.

Para Jeff Thompson, jefe de recursos del parque Yosemite, ver a su mejor amigo casándose con la mujer de la que llevaba tanto tiempo enamorado era emocionante. E incluso sintió una punzada de envidia.

La bendición del viejo jefe indio resumía lo que un matrimonio debería ser. Pero, debido a circunstancias que no había podido controlar, Jeff y la

chica que le había robado el corazón tantos años atrás no serían tan afortunados.

El noventa y nueve por ciento del tiempo intentaba no pensar en ello, pero durante aquella ceremonia se había visto obligado a revivir el pasado, recordando un dolor que no había desaparecido a pesar de los años. Y el único miedo que sentía era por la posibilidad de irse a la tumba sin haber encontrado nunca la felicidad que habían encontrado Cal y Alex.

Después de hacer unas fotografías, Jeff miró las gigantescas secuoyas que formaban una hermosa cúpula al aire libre. Sus copas casi rozaban el cielo azul de agosto y la luz del sol que se colaba entre las ramas iluminaba a los congregados para la ceremonia.

Alex Harcourt, preciosa con un sencillo vestido blanco que le llegaba por las rodillas, era ya la esposa del guardia forestal Calvin Hollis, que iba de uniforme. Aparte de familiares y amigos, entre los invitados había un grupo de adolescentes de Nuevo México que ella había llevado al parque como voluntarios.

Mientras todos se congregaban alrededor de la feliz pareja, Jeff se apartó un poco porque lo había celebrado con ellos la noche anterior. Además, estaba de servicio y tenía que volver al cuartel general de los forestales.

Mientras subía a la camioneta del parque, el perro blanco y negro de Cal lanzó un ladrido de saludo.

–Ahora sois una familia, Sergei. Pero durante los siguientes diez días vas a tener que soportarme –sonrió Jeff mientras arrancaba.

Cal y Alex estaban a punto de empezar una nueva vida. Después de unos días en el rancho de los padres de Alex pensaban irse al Caribe de luna de miel y, a la vuelta, pararían en Cincinnati para visitar a los padres de Cal.

Jeff nunca había visto más feliz a su amigo y si había dos personas que mereciesen ser felices, eran ellos.

Poco después, Jeff entró en el cuartel general de los forestales de Yosemite y asomó la cabeza en el despacho de su secretaria.

–He vuelto, Diane.

–¿Qué tal la boda?

–Una maravilla, luego te enseñaré las fotos. Con el jefe paiute presidiendo la ceremonia entre los árboles y Alex tan guapa, se me ha puesto la piel de gallina.

De nuevo, Jeff volvió a experimentar el mismo anhelo que había

sentido durante la ceremonia.

–¡Se me está poniendo la piel de gallina a mí! –exclamó Diane.

Su ayudante afroamericana, esposa y madre, era uno de los tesoros de Yosemite. Atender un parque natural tan grande era una tarea hercúlea y Jeff no podría hacer su trabajo sin ella.

–¿Ha llegado Bryce para la reunión? –le preguntó. Bryce Knolls era el jefe de ingenieros en el que Jeff se apoyaba para los grandes proyectos.

–Están todos en la sala de juntas, tomando café con donuts –respondió Diane.

–Eres una santa –bromeó Jeff, entrando en su despacho para buscar unos papeles.

Controlar los costes de mantenimiento para ajustarse al presupuesto era una pesadilla. Cuando le ascendieron a jefe de recursos en mayo le había parecido una bendición… aunque solo a medias. Más dinero, más dolores de cabeza.

–Vamos, Sergei. Me temo que vas a aburrirte, pero prometo llevarte a dar un paseo por la tarde.

El obediente perro trotaba a su lado alegremente. El mes anterior, Sergei se había hecho famoso en todo el país por su ayuda para detener a unos canallas que habían matado a un oso del parque. Como Cal y él, Sergei había salido en televisión y desde entonces muchos turistas lo reconocían y querían hacerse fotos con él.

Jeff sonrió. El pobre Cal acababa rodeado de gente cada vez que aparecía con el perro pero, como su amigo le había recordado la noche anterior, ahora le tocaba a él.

–Buenos días –Jeff entró en la sala de juntas, donde se había reunido una docena de hombres–. Perdonad que llegue un poco tarde, acabo de regresar de la boda de Cal Hollis en Mariposa Grove.

Bryce levantó las cejas.

–Ah, Cal es un hombre afortunado.

La guapísima hija del exsenador Harcourt era conocida en todo el parque.

–Creo que todos estamos de acuerdo en eso –dijo Jeff, con una sonrisa–. Como no quiero haceros perder el tiempo, vamos directamente al asunto: tenemos varios proyectos que hay que atender de inmediato; por ejemplo, las reformas en el club de los forestales o el puente sobre la cascada Vernal. También he estado inspeccionando los daños que ha causado el hielo durante el mes de abril y hay varios puentes pequeños que

reparar. ¿Bryce?

–Dime.

–Aquí están los planos que ha hecho el arquitecto. Diane ha hecho copias para todo el mundo –dijo Jeff, repartiéndolas entre todos–. Estaría bien que pudiéramos reconstruirlos en junio, pero hay otras prioridades. Estudiadlo todo y decidme si tenéis alguna duda.

Marty levantó la cabeza.

–Antes de empezar, debo preguntar si es cierto que se va a limitar el número de visitantes a partir de ahora.

La pregunta del segundo ingeniero no tenía que ver con el tema por el que se habían reunido, pero a Jeff no le importaba responder porque había habido muchos rumores al respecto últimamente.

–Por el momento, no vamos a cambiar nada. Pero como el río Merced es una valiosa fuente de recursos, queremos asegurarnos de que esté protegido y, por lo tanto, no vamos a construir nada allí durante un año.

Su explicación generó varias preguntas entre los asistentes:

–¿Eso incluye una moratoria en la restauración de Curry Village? –preguntó Bryce.

–Eso parece –respondió Jeff–. Habíamos pensado trasladar las cabañas que están más cerca del acantilado, pero el jefe Rossiter aún no me ha dado el visto bueno. Tenemos algunos proyectos por valor de cien millones de dólares que, por el momento, tendrán que esperar. Mientras los expertos se preocupan del frágil ecosistema de Yosemite y de cómo preservarlo, nosotros concentraremos nuestros esfuerzos en reparar edificios históricos, caminos dañados y cosas así.

–¿Es cierto el rumor de que algunas de las cabañas serán eliminadas de forma permanente? Varios políticos están diciendo que las estructuras que tenemos no son las mejores para el medio ambiente –dijo Marty.

–Ese tema lleva dando vueltas muchos años, pero la respuesta es no. Y, desde mi punto de vista, siempre será no.

–Me alegro –dijo el ingeniero–. Mi mujer y yo estábamos hablando de ello esta mañana. A ninguno de los dos le haría gracia tener que vivir fuera del parque.

–A nadie le gustaría. Sería absurdo tirar casas y, además, trasladar a los empleados fuera del parque significaría un aumento del transporte y eso tendría un impacto negativo para el ecosistema.

–Amén –dijo Bryce–. Además, sería más difícil contratar al personal cualificado que necesitamos y más aún retenerlo.

Jeff asintió con la cabeza.

–Vivir en el valle de Yosemite es un incentivo importante para mucha gente como tú y yo, que prefiere vivir lejos de la ciudad. Además, eso nos permite conocer mejor el parque y, por lo tanto, dar un mejor servicio a los turistas –asintió, mirando de unos a otros para ver si había más preguntas–. Muy bien, podéis leer los informes y preguntar lo que queráis.

Mientras ellos leían los informes, Jeff sacó una galleta del bolsillo para dársela a Sergei.

–Tengo que ir al camping de North Pines. ¿Qué tal si vamos cuando termine la reunión?

Se alegraba de tener al perro por compañero, pero al pensar en Cal de luna de miel, se dio cuenta de que tenía que hacer algo con su vida amorosa. Seguir pensando en alguien a quien había perdido años atrás no era sano.

Un psiquiatra seguramente le diría que estaba deprimido y que necesitaba superar esa depresión. ¿Pero cómo iba a hacerlo cuando seguía esperando sentir lo que había sentido por cierta chica en la época del instituto?

A su madre de acogida no le gustaba que saliera con él. Ni al padre de Jeff. Pero fue Ellen, su madrastra, quien se encargó de romper la relación entre Jeff y Gabi antes de que ocurriese algo que no pudieran solucionar, como un embarazo. A Jeff lo habían obligado a marcharse de Alhambra a los dieciocho años y nunca había vuelto a verla.

Durante el segundo año de carrera había intentado olvidarla casándose con Fran, pero el matrimonio terminó en divorcio un año después. De algún modo, él había sabido que ese matrimonio estaba destinado al fracaso. Y, aunque el divorcio no había hecho que renunciase a las mujeres, por el momento no se veía a sí mismo comprometiéndose por segunda vez a menos que estuviera profundamente enamorado.

Después de hablarle a Cal de su pasado, su amigo por fin había dejado de preguntar por qué sus relaciones con las mujeres nunca llegaban a ninguna parte.

¿Cómo iban a llegar a algún sitio si Jeff estaba inconscientemente buscando lo que había tenido de adolescente y no había vuelto a encontrar?

Desde que lo trasladaron a Yosemite, salía alguna vez con chicas que no tenían nada que ver con el parque porque no le gustaba la idea de salir con una compañera. Pero cuando tenía un permiso de veinticuatro horas quería un cambio total y, normalmente, se iba a recorrer el estado en su

moto.

De hecho, el próximo sábado iba a hacer su actuación anual en North Fork a beneficio de los hijos de bomberos fallecidos en Yosemite. Si Denise Anderson estaba disponible, la invitaría a cenar después, pensó. Denise era una rubia muy atractiva que trabajaba en la Cámara de Comercio.

Debería llamarla para comprobar si estaba libre el sábado, pero no encontraba entusiasmo para hacerlo. Tal vez por la noche, pensó.

Ese era su problema: el mundo estaba lleno de mujeres guapas e interesantes, pero ninguna llamaba su atención.

Jeff hizo una mueca al darse cuenta de cómo lo había afectado la boda de Cal. Pero, por el momento, lo mejor sería dar un paseo con Sergei hasta terminar agotado.

Gabi había llegado al parque Yosemite, pero el forestal que controlaba las entradas le dijo que podría tener algún problema para encontrar alojamiento.

–Tal vez alguien haya cancelado a última hora, pero sin reserva nunca se sabe. El mes de agosto es temporada alta, así que le aconsejo que busque un hotel fuera del parque, por si acaso.

Le dio una lista de hoteles de la zona y, después de tres llamadas, Gabi encontró habitación.

–Gracias por su ayuda –le dijo–. En el Travelodge de El Portal tienen una habitación para nosotras.

–Me alegro. Disfrute de la visita, señora –el forestal se tocó el ala del sombrero, mirándola con un brillo de interés en los ojos.

–Lo intentaremos.

Después de pagar la entrada, con Ashley leyendo folletos informativos, Gabi entró en el parque y experimentó una sensación de libertad. Era ridículo, pero el hecho de entrar allí la hacía sentir como si una puerta invisible se hubiera cerrado tras ella, protegiéndola del peligro.

Nunca había estado en Yosemite, pero había esperado ir algún día. Claro que no en aquellas circunstancias.

–¡Mira, mamá!

–No puedo mirar ahora, cariño. ¿Qué dice el folleto?

–Hay un trenecito. Se llama El tren de la montaña de azúcar.

Su hija había aprendido a leer muy pronto y lo demostraba a diario. Su querida niña, de la que Ryan no había querido saber nada…

Gabi apretó el volante, furiosa. Su exmarido había mostrado una cara desconocida cuando le dijo que estaba embarazada y, aparentemente, no había cambiado. Ir a casa de Bev exigiendo que le dijera dónde estaba ella dejaba claro que seguía siendo un hombre violento.

–Eso suena divertido. Iremos más tarde –le aseguró a su hija.

Aparte de Yosemite Lodge, el hotel más conocido del parque, había otras posibilidades de alojarse allí; como una tienda de campaña en Yosemite Village, donde estaba el cuartel general de los forestales.

Gabi había decidido que si tenía algún problema para encontrar alojamiento durante el resto de la semana, alguien podría decirle dónde localizar a Jeff Thompson, el guapísimo forestal cuya fotografía había visto en el periódico el mes anterior.

Había visto a Jeff por última vez catorce años antes, cuando la llevó a casa en su moto después de ir al cine. Le había dicho que tenía planes para ellos ese fin de semana, pero esos planes nunca se materializaron. Después de besarla hasta dejarla sin respiración, Jeff se había despedido y ella había entrado en casa de Bev, sin saber que no volvería a verlo nunca más.

Habían pasado muchos años desde entonces, pero una vez se habían querido mucho. Si pudiese encontrarlo, tal vez él sabría de algún sitio donde pudiera alojarse durante unos días.

En la fotografía del periódico estaba al lado de la hija de un antiguo senador de Nuevo México, una chica muy guapa. Entre Jeff y otro forestal, que aparecía en la foto con un perro, habían logrado detener a un cazador furtivo que mató a un oso del parque y desde que leyó el artículo, Gabi no había podido quitarse su imagen de la cabeza.

–Mira, una fotografía de gente montando a caballo, mamá –la voz de Ashley interrumpió sus pensamientos–. Aquí dice que los niños deben tener siete años para montar… o sea que yo puedo. ¿Podemos ver la cascada, mamá?

–Tal vez –respondió Gabi, demasiado asustada por lo que había pasado dieciocho horas antes como para concentrarse en la conversación.

Ashley no sabía nada de su padre. Le había contado lo que creía que la niña podía entender: que su matrimonio no había funcionado como esperaban y que se habían divorciado. Su padre se había ido a otro país con el ejército antes de que ella naciera y nunca había vuelto.

Y Ashley había aceptado esa explicación. Por supuesto, llegaría un momento en el que querría saber algo más, pero Gabi había pensado que aún faltaban muchos años para eso. Y cada vez que recordaba la llamada de

Bev la noche anterior, se le encogía el corazón.

Bronceada y feliz, acababa de volver de un paseo por la playa con Ashley cuando había sonado su móvil. Y la noticia de Bev la había dejado desolada.

Gabi apretó el volante de nuevo, ansiosa por llegar a su destino, pero el tráfico se movía a velocidad de tortuga. A ese paso no llegarían nunca. Además, tenía el horrible presentimiento de que todos los hoteles de Yosemite estarían ocupados y agradecía que el forestal de la entrada hubiera sugerido reservar habitación fuera de allí.

Afortunadamente, Ashley había olvidado lo cansada que estaba. En aquel momento iba entretenida con el folleto, leyendo sobre las formaciones graníticas y los animales que vivían en el parque.

–Aquí dice que hay de trescientos a quinientos osos negros. ¡Mama, yo quiero ver uno!

–Yo también –murmuró Gabi automáticamente mientras tomaba una curva.

–¡Mira, mamá, es el paisaje que sale aquí!

Gabi admiró el valle que señalaba su hija y, por un momento, olvidó el terror que las había llevado allí.

–Es precioso.

–Pero en la fotografía hay una cascada… ¿dónde está?

–Estamos en agosto, cariño. Ahora hay menos agua.

Por fin, llegaron al corazón del valle y Gabi encontró un sitio para aparcar cerca de Curry Village.

–Vamos a estirar las piernas, Ashley. Con un poco de suerte, tal vez alguien haya cancelado y podremos dormir aquí en lugar de tener que salir del parque.

Media hora y varias llamadas después, Gabi tuvo que renunciar.

–No hay ni una sola habitación libre para el fin de semana. Y es culpa mía por no haber llamado antes.

–¿Entonces tenemos que irnos del parque? –preguntó Ashley.

–Sí, cariño, pero antes comeremos unos tacos, ¿de acuerdo? –Gabi abrazó a su hija–. En el hotel Travelodge hay una piscina y seguro que después de comer te apetece nadar un rato.

Había pensado pasar por el cuartel general de los forestales para preguntar por Jeff Thompson, pero en el último minuto cambió de opinión porque le pareció absurdo. ¿Qué podía decirle a alguien a quien no había visto en catorce años?

«¡Hola, Jeff! Estoy huyendo de mi exmarido. ¿Podrías ayudarme a encontrar alojamiento para esta noche?».

Qué patético, pensó, para una mujer de treinta y un años.

Había pensado buscarlo porque estaba asustada y desconcertada, pero después de una buena noche de sueño vería las cosas con mayor claridad. Además, no necesitaba la ayuda de nadie, podía solucionar aquello sola.

Cuando el señor Steel le dijo que buscase un sitio seguro había recordado esa foto en el periódico y había actuado sin pensar. Pero, aunque no iba a buscar a Jeff, no lamentaba haber ido a un sitio tan bonito como Yosemite.

Después de comer salieron del restaurante y, por el rabillo del ojo, Gabi vio un grupo de niños alrededor de uno de los forestales.

–¡Mira qué perro más bonito, mamá! Tiene las orejas de punta.

Gabi estaba mirando al hombre uniformado que sujetaba la correa del animal mientras los niños hacían turnos para acariciarlo.

–Yo también quiero tocarlo, mamá –Ashley, que llevaba mucho tiempo rogándole que comprasen un perro, corrió hacia el animal y Gabi no tuvo más remedio que seguirla.

–Se llama Sergei –oyó que decía el forestal.

–¿Y mata osos? –preguntó un niño.

–No, no. Su trabajo consiste en asustarlos para que no se acerquen a las cabañas.

–Pero no es muy grande –dijo Ashley.

El hombre se volvió para mirarla.

–No le hace falta serlo.

Bajo el ala del sombrero, Gabi vio unos inteligentes ojos pardos y un hoyito en la barbilla…

–¡Jeff! –exclamó.

Él volvió la cabeza y, cuando se miraron a los ojos, fue como si volvieran atrás en el tiempo, cuando eran dos personas diferentes. Seguía siendo Jeff, pero el chico de la casa de al lado se había convertido en un hombre fuerte y viril cuya presencia la dejó helada.

–Eres tú –dijo él, con una voz más ronca de lo que recordaba.

Aquello no debería haber pasado, pero era demasiado tarde.

–Yo estaba pensando lo mismo. ¿Quién iba a imaginar que te harías guardia forestal?

Aunque había visto su fotografía en el periódico, seguía siendo una sorpresa saber que era guardabosques.

En Alhambra siempre había hablado de tener una empresa de construcción algún día.

Mientras los niños se concentraban en el perro, Jeff y ella podían hablar con cierta libertad.

–A veces, la vida te hace cambiar de planes.

–Tienes razón –asintió ella, sin aliento.

Jeff miró a Ashley con una sonrisa en los labios.

–Tu hija y tú os parecéis mucho.

–Un poco, sí.

–¿Dónde está tu marido?

Una pregunta lógica.

–Estoy divorciada –respondió Gabi, intentando no mostrar ninguna emoción. Y no era fácil porque le daba pánico lo que Ryan pudiese hacer.

–Lo siento –dijo Jeff entonces–. La última vez que hablé con Bev me dijo que estabas felizmente casada.

¿Jeff había hablado con Bev? Su madre de acogida nunca le había dicho nada. Debió de haber sido mucho tiempo atrás, antes de que naciese Ashley.

–A veces los matrimonios no funcionan. ¿Y tú? ¿Tienes un par de niños corriendo por ahí? –le preguntó Gabi. No llevaba alianza, pero muchos hombres casados no la llevaban.

–No.

¿No? ¿Solo «no»? ¿Ni siquiera «aún no»?

Le resultaba difícil creerlo. Jeff era demasiado atractivo y demasiado estupendo como para seguir soltero. Tal vez su esposa y él no tenían hijos o tal vez también estaba divorciado, como ella, pero no parecía dispuesto a contárselo.

La posibilidad de que Jeff tuviera una esposa e hijos era una de las razones por las que había cambiado de opinión sobre ir a buscarlo.

–¿No vas a presentarnos?

Gabi intentó recuperar la calma.

–Ashley es mi única hija. Cariño, te presento a Jeff Thompson, un viejo amigo mío.

La niña lo miró con interés. Y era lógico. Jeff era un hombre alto, imponente. Iba de uniforme y tenía un perro que asustaba a los osos.

–Hola.

Jeff se volvió hacia su hija.

–Hola, Ashley –su sonrisa no había cambiado con los años y el corazón

de Gabi aleteó como una mariposa–. Tu madre y yo fuimos vecinos hace catorce años. Y también conozco a Monte y Nora.

Se refería a los otros niños que Bev tenía acogidos en su casa, pero su hija no los conocía. Gabi había ayudado a criar a Monte, que tenía siete años menos que ella. Nora tenía la edad de Jeff y, Gabi, un año menos. Y a veces Nora era un problema porque Jeff no estaba interesado en ella y sus celos provocaron muchos problemas entre ellas.

La niña lo miró, sorprendida.

–¿Conoces a mi mamá?

–Sí, nos conocimos hace muchos años. ¿Sabes que te pareces a ella? Aunque tus ojos son más azules. Los de tu mamá a veces parecen de color violeta.

Gabi se puso colorada.

–¿Cómo está tu padre? –le preguntó ella.

–Mucho mejor desde que se divorció. Ahora vive en Glendale y voy a verlo siempre que puedo.

–La próxima vez que lo veas, salúdalo de mi parte. Tus padres siempre fueron encantadores conmigo.

Los recuerdos la asaltaron, haciéndola revivir el dolor que provocó la repentina desaparición de Jeff.

Gabi lo había pasado muy mal cuando perdió a su mejor amigo, la persona a la que se lo contaba todo. Aunque había ocurrido años antes, le parecía como si hubiera sido el día anterior y no se atrevía a seguir hablando con él por miedo a emocionarse.

¿Cómo había podido pensar que sería capaz de volver a verlo sin sentir nada? Años antes, Jeff se había ido de Alhambra sin decirle una palabra, sin enviarle una postal o una carta.

–Vamos, cariño –dijo, tomando la mano de Ashley para dirigirse al coche.

–¿Te alojas en el parque? –le preguntó Jeff.

–No –respondió Gabi mientras abría la puerta del coche–. Estamos de viaje y decidimos pasar por Yosemite para comer algo antes de seguir adelante.

No era la verdad, pero era una versión de la verdad.

–Ah, entiendo.

–Encantada de volver a verte.

–Lo mismo digo –Jeff la miraba a los ojos, llevándole recuerdos del pasado… muchos recuerdos.

Mientras cerraba la puerta del coche, le dijo adiós con la mano.

–Yo quiero un perro como ese, mamá –dijo Ashley.

Por el espejo retrovisor, Gabi veía que Jeff seguía mirando el coche. Al contrario que catorce años antes, cuando se marchó de Alhambra, ahora sabía dónde encontrarlo. Claro que eso no servía de nada porque no pensaba volver a buscarlo.

–Yo también, cariño, pero en el apartamento no podemos tener un perro. Tal vez un día, pronto, podremos mudarnos a una casa de verdad y entonces tendremos uno.

Gabi deseaba con todas sus fuerzas poder darle a su hija una vida diferente. Y daría cualquier cosa por hacer que su sueño se hiciera realidad.

CAPÍTULO 2

JEFF volvió al cuartel general a toda prisa, preguntándose cuánto tiempo llevaría Gabi divorciada.

Si le preguntaba a Bev White, seguramente no querría decírselo. Y su padre no sabía nada de Gabi desde que se trasladó a Glendale. Había ido a visitarlo varias veces desde que se divorció de Ellen, pero no hablaban de temas dolorosos como la muerte de su madre o la imposición de que él se fuera de Alhambra por Gabi.

Jeff entró en el edificio con Sergei pegado a sus talones y se dirigió directamente al mostrador de seguridad. Roger Finlay levantó la mirada del ordenador.

–Hola, Jeff. He oído al jefe Rossiter hablando de la boda de Cal. Debe de haber sido estupenda.

–Sí, lo ha sido –asintió él–. Necesito una información ahora mismo.

–Sí, claro. ¿De qué se trata?

–Apunta este número de matrícula y pásalo por la base de datos –Jeff se lo dictó–. Necesito saber el nombre del forestal que tomó los datos y todo lo que aparezca en el ordenador.

Mientras Finlay lo hacía, Jeff esperó, intentando disimular su nerviosismo.

–Aquí está. Ha sido Ness, en la entrada sur, a las dos y media de la tarde. Gabi Rafferty, treinta y un años, metro sesenta y ocho, ojos azules, pelo oscuro. Dirección: 4120 Laurelhurst Lane, Rosemead, California. Conduce un Honda Civic de color rojo, no tiene multas pendientes y el permiso de conducir es válido.

–¿Ha reservado habitación en el parque?

–No.

–Gracias, Finlay.

Jeff entró en su despacho y llamó a Merrill Ness.

–¿Merrill? Soy Jeff.

–Hola, Jeff. ¿Esta noche jugamos a las cartas?

–No, esta noche no puedo. Llamo para pedirte una información.

–¿Sobre qué?

–Esta mañana ha entrado en el parque una mujer, Gabi Rafferty. Es morena, de ojos azules, y tiene una niña pequeña…

–Me acuerdo de ella –lo interrumpió Merrill–. De hecho, es imposible olvidarla.

Eso era más cierto de lo que Merrill podía imaginar.

–Cuando le preguntaste dónde se alojaba, ¿qué te respondió?

–No tenía reserva y le dije que debería buscar habitación fuera del parque, por si acaso.

–¿Y lo hizo?

–Si, reservó habitación en el Travelodge, en El Portal.

Jeff suspiró, aliviado.

–Gracias, Merrill.

–De nada. Oye, ¿qué te pasa?

–Nada, nada. Hablaremos mañana –respondió Jeff antes de colgar–. Vamos, Sergei. Tengo que afeitarme y darme una ducha.

Le daba igual cuántos años hubieran pasado, ciertas cosas no cambiaban nunca y, de inmediato, había sabido que le ocurría algo.

Si llevaba poco tiempo divorciada, tal vez sería eso, pensó. Pero ella nunca había sido tan reservada. De hecho, mientras estuvieron juntos hablaban sin parar.

Pero aquel día Gabi se había mostrado muy silenciosa y discreta. Y en sus ojos había visto un brillo de tristeza. Además, ella era una chica de California y sabía que uno no se iba de viaje sin reservar habitación.

Era extraño que hubiese ido a Yosemite sin pensar en ello. Había dicho que pasaba por allí y que luego seguiría delante, pero Jeff no lo creía.

Después de comer un par de enchiladas que había calentado rápidamente en el microondas, subió a su camioneta con Sergei. Con un poco de suerte, llegaría a El Portal antes de que Gabi se hubiera ido a la cama.

Su hija se parecía mucho a ella, especialmente en los ojos y en esa boca

con labios en forma de arco que le habían robado el corazón tantos años antes. Tenían el mismo pelo oscuro y rizado y esas camisetas con el lema *Salvad a las ballenas*.

Gabi llenaba la camiseta a la perfección incluso cuando era una adolescente, cuando los dos eran inseparables.

Jeff frunció el ceño al pensar en su apresurada despedida, como si tuviera prisa por alejarse de él. Apenas habían intercambiando un par de frases… y de repente le decía adiós.

Claro que él ni siquiera había podido decirle adiós catorce años antes, cuando su padre y su madrastra lo obligaron a marcharse de Alhambra. No había vuelto a saber nada de ella después de prometerle a su padre y a Bev que no volvería a ponerse en contacto con Gabi.

Entonces había sufrido tanto que ni siquiera se había parado a pensar en lo que sufriría ella. Su padre le había dicho que Gabi era joven, que lo olvidaría…

Pero él no la había olvidado.

Años después, se enteró de que se había casado, de modo que su padre podría estar en lo cierto. Saber que Gabi se había casado con otro hombre había sido un golpe muy duro para él. Seguramente por eso se casó con Fran poco después.

¡Y menudo error! Había sido injusto para su exmujer, que lo llamaba de vez en cuando para decir que siempre lo amaría. Cuando lo que él esperaba era que llamase para decirle que había encontrado a otra persona y era feliz.

Jeff sacudió la cabeza. ¡Qué casualidad que se hubiera encontrado con Gabi precisamente ese día, cuando no podía dejar de pensar en ella! La coincidencia era tan increíble…

Sus ojos no habían cambiado, seguían teniendo aquellos puntitos de color lavanda que le recordaban un ramito de violetas sobre la hierba, en la pradera en la que Cal y Alex se habían casado.

A las diez menos diez llegó al Travelodge y vio su coche en el aparcamiento.

–No te muevas de aquí, Sergei. Vuelvo enseguida.

Jeff entró en recepción, donde una guapa pelirroja le sonrió.

–Buenas noches. ¿Tiene reserva?

–No, no quiero alojarme en el hostal. La señora Rafferty, de Rosemead, California, reservó una habitación para ella y para su hija. ¿Le importaría llamarla y decirle que Jeff Thompson quiere verla?

La pelirroja lanzó sobre él una mirada especulativa.

–Sí, claro, un momento –murmuró, levantando el teléfono para darle el mensaje–. Si quiere hablar con ella, marque el 018 –dijo después.

–Gracias.

–De nada –respondió la pelirroja, con una sonrisa provocativa.

Jeff se acercó a la cabina y marcó el número. Unos segundos después, Gabi respondió.

–¿Jeff?

–Estaba de servicio cuando nos encontramos en el parque, pero ahora estoy libre. Si tienes que meter a Ashley en la cama, esperaré en recepción hasta que me llames.

–Está dormida.

«Mejor».

–Ah, claro. Imagino que estará cansada.

–Debéis de tener un asombroso sistema de seguridad si has podido localizarme tan rápido.

–Es obligatorio… por temor a ataques terroristas.

–¿Me habéis investigado?

–No, no –se apresuró a decir Jeff–. Pero pareces cansada. Si quieres, hablaremos mañana, después del desayuno.

–Entonces ya no estaré aquí –dijo ella.

–¿Por qué no?

–Ashley y yo vamos a pasar unos días en San Francisco.

Estaba mintiendo, pensó Jeff.

–¿No dispones ni siquiera de una hora para un viejo amigo?

–Tú no tuviste un minuto para que dos amigos se despidieran hace catorce años –le recordó Gabi.

Él apretó los dientes.

–Había una razón para eso.

–Lo sé. Habías terminado el instituto y querías empezar a vivir. Lo entiendo, de verdad. Pero ahora te pido que me entiendas tú a mí. Y si seguimos hablando, mi hija se va a despertar…

–Podrías salir fuera un momento.

–No, no puedo. Estoy agotada y tenemos que irnos muy temprano.

–¿No vais a desayunar siquiera?

–Pues…

–Nos veremos en el restaurante. Dime a qué hora.

–No sé… De verdad, Jeff, tenemos que irnos muy temprano.

De modo que no tenía intención de desayunar allí. Daba igual, en ese

caso vigilaría su coche.

–Buenas noches, Gabi. Que duermas bien.

¿Dormir bien?

Su conversación con Jeff la mantendría despierta toda la noche. No tenía sentido intentar huir porque él estaría en la puerta por la mañana, esperando.

Lo más sensato sería hablar con él un rato y despedirse luego amablemente, decidió.

Había pensado que no podría pegar ojo, pero estaba equivocada. Tal vez porque se había rendido a lo inevitable, se relajó lo suficiente como para olvidar sus miedos durante unas horas.

Pero como tenía costumbre de levantarse temprano, se levantó a las seis y media, incapaz de contener la emoción porque sabía que iba a ver a Jeff otra vez. No debería, pero así era.

Después de ducharse, se puso un pantalón vaquero y una blusa estampada de manga corta y ayudó a Ashley a ponerse un pantalón blanco y una camiseta de punto.

–Vamos a llevar las maletas al coche, cariño. Luego iremos a desayunar.

–¿Puedo tomar cereales y zumo de manzana?

–Desde luego que sí. Venga, vamos.

Cuando llegaron al aparcamiento, Ashley fue la primera en ver a Jeff.

–Es tu amigo mamá. Y ha traído a su perro.

Gabi cerró el maletero y se dio la vuelta. Jeff se dirigía hacia ellas, llevando al perro sujeto por la correa. Su pelo oscuro era más corto que antes, pensó tontamente. Con el rostro bronceado por el sol y su poderoso físico, haría que cualquier otro hombre lo envidiase.

Su viejo amigo estaba tan guapo de uniforme que, si Gabi fuera de las que se desmayaban, estaría en el suelo en aquel momento.

En el instituto, su amiga Kim se refería a él como «un cañón» y sobre su Kawasaki podría parecer un modelo. Si Kim, que ahora estaba casada y vivía en Oregón, pudiese verlo en aquel momento, se quedaría sin habla.

–Parece que Sergei y yo hemos vuelto de nuestro paseo justo a tiempo. ¿Os gustaría desayunar conmigo?

–¿Podemos, mamá? –preguntó Ashley, acariciando al perro.

–Sí, claro –respondió Gabi.

Los cuatro fueron a la terraza del restaurante, frente al río Merced. Los

turistas habían empezado a llegar, pero encontraron una mesa libre.

–Me gustaría que viniera un oso y ver cómo lo asusta Sergei –dijo Ashley.

Jeff rio y era la misma risa que Gabi recordaba, aunque entonces no era tan profunda. El salto de adolescente a hombre adulto había llevado tantos cambios…

–¿Sergei ha desayunado?

–No, aún no. Comerá luego, en casa.

–¿Te ha costado mucho comprar un perro como este?

–No sé lo que vale, no es mío.

–¿Ah, no?

–Es de un amigo mío.

–¿Y dónde vive tu amigo?

–En el parque, cerca de mi casa. Pero ahora está de luna de miel.

Ashley se volvió hacia su madre.

–¿Qué es eso, mamá?

–Parece que el amigo de Jeff acaba de casarse y se ha ido de viaje con su mujer.

–Ah, ya. ¿Tú fuiste de luna de miel con papá?

–Sí, claro –respondió Gabi.

–¿Adónde?

–A la isla Catalina.

–Sé dónde está –dijo Ashley, volviéndose para mirar a Jeff–. ¿Tú fuiste de luna de miel?

–Sí, a Carmel. Pero nuestro matrimonio no duró mucho y nos divorciamos.

Carmel… un sitio divino que Gabi solo había visto en las películas.

–Mi mamá también está divorciada.

–Toma tu desayuno, cariño.

–¿Puedo darle a Sergei un trozo de tostada?

–No debe comer comida de la mesa, pero tengo una galleta que sí puedes darle –Jeff la sacó del bolsillo–. Pero antes de dársela tienes que pedirle que te dé la mano.

Riendo, Ashley bajó de la silla.

–Sergei, dame la mano.

El perro levantó obedientemente una pata y la niña soltó una carcajada antes de darle la galleta.

Gabi miró los ojos pardos de Jeff y, al ver en ellos un brillo de ternura,

su corazón se derritió. Aquello era una locura. Jeff ya no significaba nada para ella y, además, en aquel momento tenía un serio problema. Y allí estaba, sin embargo, mirando a su primer amor como si fuera una adolescente.

–¿Por qué tienes tanta prisa por irte de Yosemite?

Directo al grano, como siempre, pensó Gabi. La había pillado desprevenida y miró a Ashley, nerviosa, pero su hija estaba jugando con Sergei.

–No es que tenga prisa, es que…

–Viniste a Yosemite por alguna razón –la interrumpió Jeff–. Y estoy seguro de que no vas a San Francisco.

Atónita, Gabi contuvo el aliento.

–Bueno…

–Sé que te ocurre algo –siguió él–. ¿Por qué no me lo cuentas? Tal vez yo pueda ayudarte.

El nerviosismo de Gabi aumentó cuando sonó su móvil. Nerviosa, dejó caer la cuchara que tenía en la mano mientras lo sacaba del bolso.

Pero no era Steel como había creído, sino Greg Sorenson, el jefe de estudios del colegio en el que trabajaba. Divorciado e interesado en salir con ella, la había invitado a cenar antes de que se fuera a la playa y, sin duda, querría pedirle una cita, de modo que no respondió.

–¿Quién era, mamá?

–Greg.

–Ah.

–¿Quién es Greg? –preguntó Jeff.

–Un amigo de mi mamá.

Antes de que pudiese hacer más preguntas, el móvil de Gabi sonó de nuevo. Y esa vez era Bev.

–¿Estás en un sitio seguro?

–Sí, claro. ¿Qué ocurre?

–Ryan acaba de llamar exigiendo saber dónde estabas. Cuando le dije que no tenía ni idea, me advirtió que iba a contratar a un investigador privado para que te encontrase. Y luego colgó con tanta violencia que casi me rompió el tímpano.

Gabi hizo una mueca.

–Siento mucho que te haya molestado, Bev. En cuanto cuelgue llamaré a mi abogado para ver qué podemos hacer.

–Quiere ver a Ashley.

–Pues no lo entiendo, porque nunca ha querido saber nada de ella. Pero no te preocupes, haré lo que sea para que no vuelva a molestarte –cuando cortó la comunicación, Gabi descubrió que Jeff estaba mirándola fijamente.

–¿Quieres dar un paseo por el patio con Sergei, Ashley?

–¿Puedo, mamá? –preguntó la niña, emocionada.

–Sergei es estupendo con los niños y no se moverá de su lado –le aseguró Jeff.

Gabi intentó calmarse, pero era una batalla perdida.

–Pero solo unos minutos, tenemos que irnos.

Cuando Ashley se alejó por el patio con el perro, Jeff se volvió para mirarla.

–¿Te importaría responder a una pregunta? Te prometo que no tiene nada que ver con esa llamada que te ha puesto tan nerviosa. Ya sé que no es asunto mío.

Su sinceridad la desarmó, pero no quería mirarlo a los ojos por miedo a revelar demasiado.

–¿Qué quieres saber?

–¿Te habrías alojado en el parque anoche si hubiese habido alguna habitación libre? Si no me hubieras visto, quiero decir.

–Sí –admitió ella–. Ashley estaba muy cansada y no me apetecía seguir conduciendo.

–Entonces no creo que le apetezca ir a San Francisco ahora mismo, así que tengo una idea. Si me sigues, yo te llevaré a un sitio donde te garantizo que tendrás habitación durante el tiempo que quieras. ¿Para qué están los amigos después de todo?

Gabi lo estudió, en silencio.

–Es una oferta muy generosa, Jeff. Pero si todos los forestales ofreciesen habitación a los turistas, los dueños de los hoteles se enfadarían.

Él esbozó una sonrisa.

–Tú no eres una simple turista y yo no soy solo un forestal.

–No, ya lo sé. En el periódico leí que eras jefe de… algo.

–¿Viste el artículo en el periódico?

–Sí.

–Respóndeme a una pregunta: si yo apareciera de repente en tu puerta un día caluroso, ¿me invitarías a tomar algo fresco antes de que me despidiera? Ten cuidado con lo que respondes. Recuerda que fuimos vecinos durante tres años y te conozco bien.

Gabi no lo había olvidado. Jeff había sido una parte fundamental de su

vida hasta que se marchó de Alhambra. Si era sincera consigo misma, ni siquiera había podido olvidarlo después de casarse con Ryan.

–Sé que tienes algún problema, pero prometo no meterme en tus asuntos –siguió diciendo él–. Lo único que quiero es ser un amigo porque parece que en este momento lo necesitas.

–¿Tan evidente es?

–Solo para mí –respondió él, con voz ronca–. Pero eso es porque te conozco bien y detecto ciertas señales. Después de todos estos años, me alegra saber que habías pensado pedirme ayuda… aunque cambiases de opinión a última hora.

Su secreto ya no era un secreto, de modo que Gabi no tuvo más remedio que ser sincera con él:

–Hace dos noches, Bev recibió una llamada amenazante de mi exmarido mientras yo estaba de vacaciones en Oceanside con Ashley. Lo que le dijo me asustó mucho y llamé a un abogado, Henry Steel. Él me aconsejó que buscase un sitio seguro hasta que hubiese hablado con el abogado de mi exmarido. Entonces, no sé por qué, recordé que había visto tu foto en Yosemite y me pareció un sitio seguro, pero fue algo irracional. En cuanto llegamos aquí me di cuenta de que era absurdo, pero entonces Ashley vio a Sergei…

–¿Si tu hija no hubiera visto a Sergei os habríais ido?

–Sí –respondió Gabi–. Después de hablar con mi abogado me asusté mucho, pero cuando llegamos aquí me di cuenta de que no tenía sentido pensar en una persona a la que no había visto desde el instituto.

–No soy sola una persona a la que no has visto desde el instituto, Gabi.

–Sí, lo sé. Pero han pasado catorce años desde la última vez. Te dije adiós en la puerta de mi casa cuando volvimos del cine y desde entonces no he sabido nada de ti. Lo siento, Jeff, fue algo impulsivo de lo que me avergüenzo, pero soy madre y lo único que quiero es proteger a mi hija.

Su hija, que lo estaba pasando en grande con Sergei.

–¿También ella está asustada?

Gabi negó con la cabeza.

–Ashley no sabe nada, pero intuye que pasa algo. Es una niña muy perceptiva.

–Necesitas un sitio en el que poder relajarte durante unos días –dijo Jeff–. Y yo puedo ofrecerte ese sitio… como amigo. ¿De acuerdo?

–Muy bien, de acuerdo –respondió Gabi.

–Yo tengo que volver al trabajo, así que tendrás la casa para ti sola

durante unas horas y podrás hablar con tu abogado y solucionar ese problema.

–¿Seguro que no vamos a ser una molestia?

Jeff la miró a los ojos.

–Soy un viejo amigo y me dolería si rechazaras mi ayuda.

–Gracias, Jeff –susurró ella, aliviada. Pero, además del alivio, en su cerebro sonó una campanita de alarma porque nunca podría mirarlo como a un amigo–. Lo haré solo si dejas que te pague por nuestra estancia.

–Como quieras –Jeff se volvió para mirar a Ashley–. Pasaremos por la entrada y, cuando lleguemos allí, un forestal te hará las preguntas de rigor. Sencillamente, responde como hiciste ayer, ni más ni menos.

Gabi asintió con la cabeza. Lo entendía. Aunque iba a alojarse en su casa, no quería que nadie lo supiera. No estaba interesado en ella románticamente y lo último que quería era que sus colegas sacaran conclusiones precipitadas, especialmente si salía con alguien. Entendía muy bien que no quisiera ser objeto de innecesarios cotilleos.

CAPÍTULO 3

JEFF le hizo un gesto a Matt Wilson, el forestal que controlaba esa entrada del parque. Le gustaría decirle que Gabi iba con él y no necesitaba pararla, pero no se atrevía porque los rumores corrían como la pólvora.

Ness ya sabía que había estado haciendo averiguaciones sobre Gabi y no le apetecía soportar especulaciones sobre la preciosa morena.

De modo que paró en el arcén y esperó, mirando por el espejo retrovisor, mientras Gabi respondía a las preguntas habituales.

–Vas a tener una nueva compañera de juegos, Sergei –le dijo al perro, que iba sentado a su lado–. Aunque no sé durante cuánto tiempo.

Cuando Gabi arrancó de nuevo, Jeff hizo lo propio y, mientras conducía, usó el manos libres para llamar a Rachel, la mujer del jefe Rossiter.

–Hola, Jeff. El parque está un poco raro sin Cal y Alex, ¿verdad?

–Seguro que Sergei piensa lo mismo. ¿Sabes qué planes tiene Nicky esta mañana?

–¿Aparte de volverme loca? –bromeó Rachel.

Jeff sonrió.

–¿Crees que le gustaría venir a mi casa con su perro? Ha venido a verme una amiga que tiene una hija casi de la misma edad que Nicky y creo que se llevarían muy bien. ¿Qué te parece?

–A Nicky le encantará.

–Estupendo.

–Además, será bueno que juegue con alguien de su edad. Echa de menos a sus amigos del colegio porque la mayoría está de vacaciones.

–Perfecto. Te llamaré en cuanto lleguemos a casa.

–Le diré que lleve los prismáticos y un par de juegos.

–Gracias, Rachel.

–Gracias a ti. Así tendré unas horas para estar sola con el bebé.

Después de cortar la comunicación, Jeff llamó a Bryce y le dijo que no podría reunirse con él hasta el día siguiente. Durante el resto del día pensaba estar en el cuartel general ocupándose del papeleo diario y luego iría a casa para hacer la cena.

No había alojado a nadie en su casa desde que llegó al parque y ni en sueños hubiera podido imaginar que Gabi sería su primera invitada. Su apellido era White antes de casarse porque ese era el apellido de Bev, pero Gabi tampoco era su verdadero nombre; sus padres de acogida la habían llamado así.

Había sufrido mucho de niña, antes y después de ir a vivir con la familia White, pero era una persona muy fuerte. A pesar de todo lo que había tenido que pasar, Gabi era una persona que jamás se compadecía de sí misma.

Esa actitud ante la vida era algo que siempre había admirado de ella… además de otras muchas cualidades. Pero sus planes de casarse con Gabi le habían explotado en la cara cuando supo que se había casado con otro hombre.

Jeff siempre había pensado que Gabi y él se querían de corazón, pero estaba claro que en el caso de ella no era así.

Y ese había sido el final de la historia hasta que el problemático divorcio de Gabi la había llevado a su mundo de nuevo. Era algo que jamás habría imaginado.

Cal seguramente le diría que era un loco por haber ido a buscarla después de que ella lo hubiese rechazado, pero catorce años antes se había visto obligado a abandonarla sin darle una explicación. Aquella podría ser su oportunidad de contarle las circunstancias de su partida. Y, si necesitaba ayuda, estaba dispuesto a ofrecérsela.

Jeff era un hombre adulto y las amenazas de Bev White o la insistencia de su padre para que se olvidase de Gabi ya no tenían ninguna importancia. Ninguno de ellos podía decirle cómo debía vivir su vida.

Gabi seguía a la camioneta de Jeff mientras entraban en el valle de Yosemite.

–¿Vamos a un hotel grande, mamá?

–No lo sé, cariño. Jeff ha dicho que lo sigamos –respondió Gabi. Aunque intuía que las llevaba a su casa.

Pasaron frente al cuartel general de los forestales y después tomó una carretera que llevaba hasta un grupo de casas que parecían subdivisiones de un rancho, como las que había en California por todas partes. Jeff giró a la derecha y cuando se abrió la puerta del garaje, Gabi vio una moto roja y negra y un Volvo gris. A Jeff siempre le habían gustado los coches y las motos.

Él bajó de la camioneta y se acercó al coche.

–Puedes meterlo en el garaje.

–Pero no podemos alojarnos en tu casa.

–Pues claro que sí. Hemos quedado en que pagarías el alojamiento, ¿no? Es la única habitación libre en todo Yosemite.

Y Gabi sabía que se lo ofrecía de corazón.

–Jeff…

–El hijo del jefe viene de camino con su perro. Ha venido a jugar con tu hija –la interrumpió él, abriendo la puerta para dejar salir a Ashley–. Toma, Ash –le dijo, ofreciéndole la correa de Sergei–. Puedes dar un paseo con él por el jardín.

–¡Vamos, Sergei! –exclamó Ashley, encantada.

Gabi suspiró. No iba a tener más remedio que entrar en su casa.

El perrillo blanco del niño corrió hacia ellos ladrando alegremente y Jeff se inclinó para acariciarlo.

–Hola, Nicky.

–¡Hola, Jeff!

–Me alegro de que hayas podido venir. Te presento a Gabi Rafferty y su hija, Ashley. Son amigas mías.

–¿Entonces por qué no las había visto antes?

Gabi notó que Jeff intentaba contener la risa.

–Porque habíamos perdido el contacto.

–Hola, Nicky –dijo Gabi.

–Hola.

–¿Cómo se llama tu perro? –le preguntó Ashley.

–Sansón. Bueno, Sansón II –respondió el niño–. Mi padre tuvo otro perro que se llamaba Sansón, pero murió y lo enterraron en la casa de sus padres, en Oakhurst. Mis abuelos viven allí.

–Ah –Ashley parecía sorprendida por el discurso–. Yo no tengo perro.

Jeff le dio una palmadita en el hombro.

–Sergei es tuyo mientras estés aquí.

La niña sonrió de oreja a oreja.

–¿Sabes que es un perro cazador de osos de Finlandia? –le preguntó Nicky.

–No.

–Es de Cal Hollis.

–Lo sé, el que está de luna de miel.

–Mi padre dice que ha tenido suerte.

–¿Tu padre fue de luna de miel?

–Sí –respondió Nicky–. Y yo fui con él.

–¿Adónde fuisteis?

–A Londres, a ver donde Harry Potter tomó el tren a Hogwarts. ¿Has leído los libros de Harry Potter?

–Pues claro. Tengo el pijama de Hedwig.

Nicky la estudió entonces con un brillo de respeto en los ojos.

–¿En qué curso estás?

–En septiembre empiezo segundo.

–Brittany también, pero ahora está de vacaciones.

–¿Quién es Brittany?

–Es la hija de mi profesora.

–Ah.

–Yo estoy en tercero –dijo Nicky–. ¿Quieres mirar a través de mis prismáticos? Puedes ver un pájaro carpintero en ese roble negro de ahí. Jeff dice que mete bellotas en un agujero que ha hecho en el tronco.

Ashley miró a Jeff, atónita.

–¿De verdad?

–De verdad. Pero, para pillarlo comiendo, hay que esperar a que se haga de noche.

–¿Vas a quedarte hasta esta noche, Nicky?

–Creo que sí –respondió el niño–. Pero antes tengo que llamar a mi madre. ¿Quieres venir a mi casa a conocer a mi hermano pequeño? Se llama Parker.

–¿No tienes que preguntarle a tu padre?

–No, mi padre está trabajando. Es el jefe de todo el parque.

–¿Es grande?

–¡Es enorme!

–Bueno, chicos –los interrumpió Jeff–. Nosotros vamos a llevar las maletas dentro. Podéis entrar cuando queráis.

Gabi lo siguió, riendo.

–Nicky es el niño más gracioso que he visto en mi vida. Y eso que he tenido cientos de alumnos.

–¿Eres profesora?

–Sí, En Rosemead.

–Pensé que querías dedicarte a los Servicios Sociales.

–La vida hace que uno cambie de opinión. Además, ser profesora me permite estar con Ashley el mayor tiempo posible.

Jeff asintió con la cabeza.

–¿Cuánto tiempo llevas divorciada?

–Casi ocho años.

–¿Ocho años? Pero entonces estarías embarazada.

–Sí –respondió Gabi–. Cuando le dije a Ryan que estaba embarazada, él me contestó que no quería saber nada de hijos.

–¿No te lo había dicho antes de que os casarais? –le preguntó Jeff, incrédulo.

–Habíamos pensado esperar unos años antes de formar una familia, pero me quedé embarazada por accidente y la reacción de Ryan fue decir que interrumpiera el embarazo.

–Lo siento.

–Para mí fue una pesadilla. Le dije que no pensaba hacerlo y… no se lo tomó nada bien. Bev me aconsejó que fuese a un albergue para mujeres maltratadas y eso hice. Allí me ayudaron a encontrar un abogado y, poco después, destinaron a Ryan a Afganistán. No había vuelto a saber nada de él desde entonces.

–¿Quieres decir que nunca ha visto a Ashley siquiera?

–Renunció a la patria potestad porque no quería saber nada de ella.

Jeff se cruzó de brazos, como si necesitara hacer algo con ellos.

–Menudo imbécil.

–Tuve que contratar a una niñera cuando Ashley nació porque no podía dejar de trabajar. Luego encontré un puesto en un colegio de Rosemead y, desde entonces, esa había sido mi vida… hasta hace dos noches, cuando Ryan llamó a Bev de repente. Dijo que había vuelto de Afganistán y que quería ver a su hijo… ni siquiera sabía si había tenido un niño o una niña.

–Ahora ha decidido que quiere ser padre.

–Me temo que sí –Gabi suspiró–. Cuando Bev le recordó que había renunciado a la patria potestad, él le dijo que su abogado se encargaría de cambiar eso. Asustada, llamé a un abogado y él me recomendó que buscase

un sitio seguro hasta que hubiese hablado con el de Ryan. Y menos mal que no fuimos a casa ayer, porque ha vuelto a llamar a Bev. Por lo visto, ha contratado a un investigador privado para que me localice.

Jeff puso una mano en su brazo.

–¿Qué pasó durante tu matrimonio, Gabi? Tu abogado no te habría aconsejado buscar un lugar seguro si no pensara que podrías estar en peligro.

–Ryan nunca me había maltratado –Gabi suspiró de nuevo–. Pero cuando le dije que estaba embarazada me empujó contra la pared y se puso muy violento. Nunca lo había visto así.

–¿Nunca había sido violento antes de quedarte embarazada?

–No –respondió ella–. Después de eso, Ryan aceptó renunciar a la patria potestad a cambio de que yo no presentase cargos por maltrato. Tuve que vender mi anillo de compromiso para pagar al abogado.

–¿Y cómo te pagaste la carrera?

–Con préstamos universitarios y trabajando en varios sitios.

Jeff suspiró.

–No lo has tenido fácil.

–No ha sido tan difícil. Me gusta mucho mi trabajo y tengo buenos amigos en Rosemead, aparte de una hija maravillosa a la que adoro.

–¿Y vas en serio con ese… Greg?

No se le pasaba nada, pensó Gabi.

–Hemos salido juntos un par de veces.

«Pero no eres tú, Jeff. Ningún hombre lo es».

–Todo en mi vida iba estupendamente hasta ahora –añadió.

–Tu abogado hizo bien sugiriendo que buscases un lugar seguro.

–Pero debo volver a casa y no tengo ningún derecho a involucrarte en mis problemas. Mi abogado llamará esta noche y me aconsejará qué debo hacer.

–Mientras esperas su llamada, yo tengo que irme a trabajar, pero volveré pronto –Jeff tomó un cuaderno y un bolígrafo–. Voy a dejarte el número de mi móvil, el de mi oficina y el de la madre de Nicky. Si no estuviera en la oficina, Davis sabrá dónde encontrarme, no te preocupes. Llámame si necesitas cualquier cosa, Gabi. Yo llamaré más tarde para ver si todo va bien.

–No sé cómo darte las gracias –empezó a decir ella, con voz temblorosa–. Pedirle a Nicky que viniera a jugar con Ashley ha sido un detalle.

–Somos amigos, ¿recuerdas?

Sí, lo recordaba, pero ella había creído que sus sentimientos eran más profundos que una simple amistad. Evidentemente, no era así o Jeff no habría desaparecido de su vida.

–Estás en tu casa, Gabi. Ponte cómoda –dijo él, y llenó el comedero de Sergei–. Hay comida y bebida en la nevera.

–Gracias.

–Dame el número de tu móvil.

Gabi se lo dio y Jeff lo grabó en su teléfono.

Era el Jeff de siempre, pensó, preocupado por ella. No había nadie como él. No sabía cuál era la razón para su divorcio, pero su mujer había tenido suerte, aunque solo fuera durante un tiempo. Y Gabi estaba segura de que tampoco ella lo había olvidado.

Jeff se despidió mientras subía a su camioneta. Afortunadamente, Sergei parecía cómodo con Ashley y saber que era un perro entrenado la aliviaba de cualquier preocupación.

–¡Si tenéis sed, venid a la cocina! –los llamó.

Pero Ashley lo estaba pasando en grande con Nicky y Sergei y ni siquiera se molestaron en responder.

Suspirando, Gabi cerró la puerta y se dirigió al cuarto de estar. Había dos sillones de ante azul marino al lado de un sofá de piel beige y dos grandes fotografías enmarcadas que dominaban la habitación.

Una era del valle de Yosemite, lleno de flores silvestres y, la otra, de una cascada en invierno. No sabía cuál le gustaba más, pero nunca había visto algo tan bonito.

En el baño encontró una fotografía de la familia Thompson. Jeff debía de tener unos diecisiete años y ya era varios centímetros más alto que su padre. Debían de haberla hecho poco después de que a su madre le diagnosticasen el cáncer. Ruth había muerto poco después y… A Gabi se le llenaron los ojos de lágrimas. Parecían tan felices…

Ella siempre había soñado con tener un hogar como el de los Thompson algún día, pero no pudo ser.

Como tenía tiempo, investigó un poco y descubrió que la casa, sorprendentemente limpia y ordenada, tenía dos dormitorios. En Alhambra, Gabi había estado en la habitación de Jeff muchas veces, pero entonces estaba desordenada, con ropa tirada por el suelo, montones de libros sobre la cama sin hacer y unos cuantos pósteres mal colgados. Lo único ordenado era la cómoda, donde dejaba el casco de su moto y los guantes.

Ruth, la madre de Jeff, no era una obsesa de la limpieza como Bev y a Gabi le encantaba estar allí, donde todo era tan sencillo, tan hogareño.

Pero el corazón de la casa para Jeff y su padre era el garaje. El señor Thompson se dedicaba a la construcción y usaba una parte del garaje como taller y la otra para guardar la moto de Jeff. El coche de los Thompson siempre estaba aparcado en la calle.

Gabi había pasado tanto tiempo mirándolos arreglar esa moto y leyendo revistas de automovilismo que había llevado una silla de su casa para poder sentarse.

Tantos recuerdos de un tiempo que no volvería nunca…

Por curiosidad, asomó la cabeza en el dormitorio de Jeff. Sobre la cama de matrimonio había un edredón de color verde oscuro con una franja blanca. Siempre le había gustado el verde. Cuando montaba en su Kawasaki normalmente llevaba una camiseta de ese color.

Gabi sacudió la cabeza, intentando apartar esos recuerdos, y salió a la puerta para ver qué hacían los niños. Cuatro cuerpos, dos humanos y dos caninos, estaban tumbados sobre la hierba, los niños haciendo turnos para mirar las nubes con los prismáticos.

Sonriendo para sí misma, Gabi volvió al salón y llamó a su abogado, incapaz de esperar un segundo más. Su secretaria le dijo que estaba con un cliente, pero que la llamaría en cuanto le fuera posible y, mientras esperaba, decidió llamar a su amiga Shelley, que vivía frente a su casa en Rosemead. Shelley tenía una hija de la edad de Ashley, Jessica, que iba al colegio con ella.

Sabía que Jessica estaba deseando ver a Ashley y que iba a llevarse una decepción cuando le dijera que, por el momento, no pensaban volver a Rosemead.

Cuando saltó el contestador, Gabi suspiró, aliviada. De ese modo podría decirle que iban a alargar un poco sus vacaciones sin tener que responder a ninguna pregunta. Pero prometió volver a llamarla en unos días.

Si el investigador privado de Ryan preguntaba a Shelley, su amiga solo podría decir que desconocía su paradero.

Luego, sin saber qué hacer, volvió a la cocina y se hizo un café. Pero cuando estaba buscando el azúcar sonó su móvil y en la pantalla vio el número del señor Steel.

–Hola, señora Rafferty. Siento no haber podido ponerme al teléfono cuando llamó antes.

–No importa. ¿Sabe algo?

–Acabo de saber que su marido ha contratado a otro abogado llamado James Durham.

–¿Lo conoce?

–Sí.

–¿Es bueno?

–Sí, pero nosotros tenemos la ley de nuestro lado. Aún no se ha puesto en contacto conmigo. Como sabe, estas cosas llevan su tiempo. ¿Puede quedarse unos días donde está?

–Creo que sí, pero me preocupa que Ryan moleste a Bev White.

–Le advertiré a Durham que su cliente debe dejar de molestarla o presentaremos una denuncia por acoso. Eso le haría quedar muy mal ante el juez, de modo que no volverá a molestarla. Intente animarse, señora Rafferty.

–Lo haré. Gracias por todo, señor Steel.

Después de cortar la comunicación, Gabi se tomó el café, temblando al pensar que un detective privado estuviese haciendo averiguaciones en Rosemead.

Aprovechando la tranquilidad, hizo media docena de llamadas en busca de habitación y, por fin, encontró una en el Yosemite Lodge gracias a una cancelación de última hora. Podía alojarse allí después de la una.

Gabi miró su reloj. Era casi la una, pero no podía irse hasta que Jeff volviese del trabajo, de modo que preparó unos sándwiches, cortó unas manzanas y llamó a los niños para que se lavasen las manos.

Unos minutos después, los niños y los perros estaban reunidos alrededor de la mesa, Sansón al lado de Nicky mientras Sergei se acercaba a su comedero en una esquina.

–¿Queréis un vaso de leche?

–¿Podemos tomar un zumo? –preguntó Nicky–. Jeff siempre tiene zumo para Roberta y para mí.

–Después de la leche os daré un zumo.

–¿Quién es Roberta? –preguntó Ashley.

–Tiene doce años, pero es mi amiga. Y tiene un beagle que se llama Snoopy.

–Yo también tengo uno, pero no es de verdad. El mío se llama Señor Charles.

Nicky soltó una carcajada.

–¡Señor Charles!

–¿Dónde vive Roberta? –le preguntó Ashley.

–A dos manzanas de aquí. Su padre ayuda al mío.

–Ah.

–¿Qué hace tu padre?

–No lo sé.

–El papá de Ashley y yo estamos divorciados, Nicky –respondió Gabi.

–La madre de Roberta es arqueóloga, pero se divorció y no tiene más hijos. ¿Te da pena que tu padre no esté contigo, Ashley?

–A veces –la respuesta de su hija sorprendió a Gabi.

–Mis padres de verdad murieron cuando intentaban subir a El Capitán –les contó Nicky entonces–. Y yo estaba muy triste hasta que mi tía Rachel me trajo a Yosemite.

–¿Cómo murieron?

–Les pilló una tormenta y murieron de hipotermia –respondió el niño.

–¿Qué es hipotermia?

–Es cuando tienes mucho frío, pero Vance dice que no sufrieron nada.

–¿Quién es Vance?

–Mi nuevo padre. Mi tía Rachel y él se casaron y nos fuimos a Inglaterra de luna de miel. Ahora soy su hijo de verdad –respondió Nicky, mordiendo su sándwich.

Gabi lo miró, con un nudo en la garganta. Qué horrible tragedia.

–Yo no tengo ninguna tía –dijo Ashley entonces.

–¿Tu mamá es amiga de Jeff?

–Sí.

–A lo mejor también se casan y entonces puedes vivir aquí –dijo Nicky.

La niña dejó su vaso sobre la mesa.

–Yo no quiero que mi mamá se case con nadie.

–No voy a casarme, cariño –intervino Gabi.

–¿No vas a casarte con Greg?

–¡No!

–Menos mal.

En realidad, eso no era nada nuevo para Gabi porque sabía que a Ashley no le gustaba compartirla con nadie.

–¿Quién es Greg? –preguntó Nicky.

–Un hombre que trabaja con mi mamá.

–Seguro que Jeff es más bueno que Greg. ¡Y es guardabosques, como mi padre!

–Jeff es muy agradable –asintió Gabi.

–Mi padre dice que Jeff necesita una esposa en lugar de todas esas

novias. Que así sentará la cabeza.

Gabi no sabía si reír o llorar. Pero lo que sabía con toda certeza era que esa conversación tenía que terminar.

–Tengo una idea: iremos a dar un paseo y compraremos un helado en Curry Village.

–¡Bien! –gritaron los niños.

–Pero antes de irnos, tengo que limpiar la cocina. ¿Por qué no llamas a tu mamá, Nicky? Tenemos que preguntarle si puedes ir con nosotras.

–Bueno.

–Aquí está el teléfono –Gabi le pasó el inalámbrico–. ¿Sabes el número?

–¡Claro!

Aunque pudiese parecer ridículo, el inocente comentario de Nicky le había dejado claro que Jeff tenía una gran vida social.

Pero ella no podía tener celos después de tantos años…

CAPÍTULO 4

–SIMS en la línea dos, Jeff –le dijo su secretaria.

–Gracias, Diane.

Eran las tres menos diez, pero sabiendo que Gabi estaba en su casa Jeff no podía concentrarse en el trabajo.

–Dime, Mark.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

–Sí, claro.

–Creí que Cal te había dejado a Sergei hasta que volviese de luna de miel.

–Sí, es verdad.

–¿Has contratado a una entrenadora de perros? Porque ha llamado la atención de media docena de forestales…

Jeff se levantó de la silla.

–¿Qué?

–Han visto a una morena guapísima con el perro de Cal en el Village.

–Es una amiga mía que está de paso en el parque.

–Ojalá todos los forestales tuviesen una amiga tan guapa.

–No es lo que crees, Mark. Ha venido con su hija para pasar unos días en el parque.

–Lo que tú digas.

–¿Alguno de esos cotillas ha mencionado que la señora Rafferty iba con una niña pequeña? –preguntó.

–No, que yo sepa. Pero Finlay me ha dicho que entraste en la oficina como si fuera a darte un ataque al corazón y, la verdad, ahora entiendo por

qué.

–Dile a Finlay que se meta en sus asuntos.

–Por lo visto, ha reservado habitación en el Yosemite Lodge.

Esa sí era una noticia para Jeff.

–Entiendo.

–¿Te importaría que Finlay o Ness, que la vio primero, pasaran a saludarla esta noche?

–Deberíais saber que Gabi está divorciada y necesita un poco de paz en este momento.

–Ah, muy bien. Le diré a los chicos que es intocable. Sin contar nada más.

–Te lo agradecería mucho.

–¿Desde cuándo sois amigos?

–Desde que yo tenía quince años.

Mark lanzó un silbido.

–Eso es mucho tiempo.

–Éramos vecinos en Alhambra –le explicó Jeff–. Gabi está teniendo problemas con su exmarido y ha venido aquí para olvidarse de todo.

Y si por alguna razón necesitara protegerla, Mark era el hombre adecuado, pensó.

–¿La está acosando?

Jeff decidió ser sincero y contarle a Mark lo que sabía.

–No me ha contado mucho más, pero no suena bien.

–Podríamos cancelar la reserva en el Yosemite Lodge –sugirió Mark.

–Has leído mis pensamientos. Yo creo que lo mejor sería que se alojase en mi casa. Y ya que estás, borra sus datos del ordenador.

–Muy bien. Diré por ahí que es información confidencial.

–Gracias, Mark.

–De nada. Todos sabemos lo que puede hacer un marido abusivo. En fin, hablaremos mañana.

–De acuerdo.

Aliviado, Jeff cortó la comunicación y salió de la oficina para ir al supermercado a buscar provisiones.

Estaba llegando a casa cuando vio a Nicky y a Ashley jugando con los perros mientras Gabi los observaba desde el porche.

No podía culpar a los chicos por admirarla, pensó. Tener una hija había llenado su figura y resultaba tan… femenina.

Verla allí le seguía pareciendo increíble. Aunque le gustaría que

hubiese ido por una razón diferente, no pensaba quejarse. Tener que irse de Alhambra sin darle una explicación había sido muy duro para él, pero tal vez ahora podría explicarle lo que había pasado.

–¡Ahí está Jeff! –gritó Nicky.

Jeff bajó de la camioneta y Sergei se lanzó hacia él, tirando de la correa que sujetaba Ashley.

–Hola, chaval –lo saludó, inclinándose para acariciarlo–. ¿Has sido un buen chico?

–Me ha obedecido todo el rato –respondió Ashley.

–Me alegro. Y parece que lo has hecho muy bien –Jeff sacó un billete de diez dólares del bolsillo–. Esto es para que te compres una camiseta del parque.

–¡Qué bien! –exclamó Ashley–. Nos alegramos mucho de que hayas vuelto a casa.

Gabi soltó una carcajada.

–Me alegra saber que alguien me ha echado de menos –murmuró Jeff.

–¿Has vuelto porque tenías hambre? –le preguntó Nicky.

–Sí, claro. Casi es la hora de cenar.

–¿Vamos a comer perritos calientes?

–No, tortillas con guacamole.

–¿Qué es eso? –preguntó el niño.

–Gabi os lo dirá.

–¿Qué es, mamá?

–Es una especie de pastel con queso y guacamole.

La madre de Jeff lo hacía a menudo.

–¿Y te gustaba? –le preguntó Ashley.

–Mucho –murmuró ella–. Venga, chicos, vamos a entrar en casa. Los perros necesitan beber agua.

–¿Por qué no juegas a las damas con Ashley mientras yo me arreglo un poco, Nicky? –preguntó Jeff.

–También he traído el parchís. Podemos jugar cuando nos cansemos de las damas.

Los niños entraron en la casa con los perros y Gabi y Jeff se miraron.

–¿Dónde están tus maletas?

–Las he metido en el coche –respondió ella–. He reservado una habitación en el Yosemite Lodge para esta noche, así que nos iremos después de cenar.

–Me temo que la reserva ha sido cancelada por razones de seguridad –

dijo Jeff.

–¿Qué? –exclamó Gabi–. ¿Por qué has hecho eso? ¿No te das cuenta de que no quiero imponerte mi presencia?

–¿Cómo vas a imponerme nada si he sido yo quien te ha ofrecido mi casa? Tu exmarido está buscándote y, por si acaso, hemos borrado tus datos del ordenador.

–Jeff…

–Está decidido, os quedáis aquí –dijo él con una sonrisa–. Te aseguro que no será ninguna molestia para mí.

–No debería haber venido –susurró Gabi.

–Pues yo me alegro de que lo hayas hecho.

–¿Por qué?

–Porque dejamos algo a medias.

–¿A qué te refieres?

–¿Qué te contó Bev cuando me fui de Alhambra?

–Que te habías ido a la universidad.

–¿Nada más?

–Nada más.

–¿No le preguntaste a mi padre?

–Lo intenté, pero Ellen abrió la puerta y me dijo que te habías ido y que, si quisieras ponerte en contacto conmigo, lo harías. Cuando me cerró la puerta en las narices sin decirle a tu padre que estaba allí, entendí el mensaje perfectamente.

Jeff tuvo que hacer un esfuerzo para contener su rabia. Había muchas cosas que Gabi no sabía, pero no era el momento de divulgar el papel que Bev había hecho en la historia. Por el momento, Bev era amiga de Gabi, no enemiga, y dejaría que siguiera pensando eso hasta que pasara el peligro. Pero sí podía ser sincero con respecto al papel de su padre.

–Mi padre se dio cuenta del cariño que nos teníamos –empezó a decir–. Temía que mi interés por ti fuese más fuerte que mi deseo de hacer una carrera y, si quieres que sea franco del todo, temía que te dejase embarazada. Y Ellen me recordó que podría ser un problema muy serio porque tú eras menor de edad entonces.

–Es verdad –Gabi tomó un cuchillo y empezó a cortar los aguacates–. Bev siempre nos daba charlas sobre ese tema.

–Yo le dije a mi padre que no nos acostábamos juntos, pero él me advirtió que solo sería una cuestión de tiempo.

Y su padre tenía razón.

–Yo le juré a Bev que no íbamos a hacer nada malo, pero no me creyó. Ahora que soy mayor entiendo que estuviera preocupada. Pasábamos demasiado tiempo juntos.

–Todos estaban preocupados por nosotros. Y, por fin, mi padre me convenció de que eras demasiado joven y tenías que terminar el instituto antes de nada.

Además, me recordó tu pasado…

–¿Mi pasado?

–Me preguntó si quería que la historia se repitiera.

Según él, tus padres biológicos eran adolescentes y por eso te abandonaron.

–Tú y yo ya habíamos hablado de eso y habíamos llegado a la misma conclusión.

–Sí, lo sé –Jeff empezó a cortar el queso–. Después de la charla que me dio, le dije que me iría a la universidad. Ellen daba saltos de alegría, por supuesto. Estaba deseando librarse de mí.

Ellen le había dicho muchas cosas en privado. Por ejemplo, que Gabi era una indigente por la que el gobierno tenía que pagar, que él podría encontrar a una chica mejor…

–Creo que tenía celos de tu madre.

Él asintió con la cabeza.

–Quería a mi padre para ella sola, pero pronto descubrió que era imposible reemplazar a mi madre.

–Yo quería mucho a Ruth –dijo Gabi.

–Yo también.

–Su muerte cambió a tu padre. Y su segundo matrimonio también.

–La vida no fue igual desde entonces –asintió Jeff–. Mi padre me hizo prometer que no te escribiría ni te llamaría por teléfono. Me dijo: «deja que Gabi crezca por su cuenta y luego, si sigues interesado…».

–Entiendo –dijo ella con voz trémula.

–La semana que cumpliste dieciocho años volví a Alhambra para llevarte un regalo de cumpleaños y hablar contigo, pero Bev me dijo que te habías marchado.

Ella lo miró, perpleja.

–¿Fuiste a mi casa? Bev nunca me lo dijo.

–No me sorprende. Le pedí tu dirección o tu teléfono, pero me dijo que no podía dármelos sin tu permiso.

–Esperé un mes entero y, como no me llamabas ni me escribías, le dije

a Bev que no quería volver a saber nada de ti, pero eso no significaba… –Gabi no terminó la frase–. Bueno, ya da igual.

Jeff hizo una mueca. Bev había conseguido lo que quería y, definitivamente, había disfrutado diciéndole que Gabi estaba mejor sin él.

–Después de marcharme sin decirte adiós, era lo que merecía.

–¿Dónde vivías entonces?

–En Culver City –respondió Jeff–. Pregunté a los vecinos por ti, pero nadie sabía dónde estabas. Intenté hablar con Kim, pero me dijeron que su familia se había mudado.

–Su padre encontró trabajo en Portland –Gabi se puso pálida de repente–. Perdona un momento –dijo luego, saliendo de la cocina a toda prisa.

Alarmado, Jeff la siguió y vio que entraba en el baño. Desgraciadamente, Ashley la vio también.

–¿Mamá? –la llamó, asustada.

–No pasa nada, cariño. Tu mamá… le sangra un poco la nariz, pero saldrá enseguida.

–A mi madre le pasaba mucho antes de que naciera Parker –intervino Nicky–. ¿Tu madre va a tener un niño?

Gabi se agarró al lavabo, intentando lidiar con la sorprendente revelación de Jeff. ¿Su padre lo había obligado a irse de casa? Ella siempre había creído que el señor Thompson le tenía cariño.

Y era culpa suya que Bev se hubiera mostrado tan antipática cuando Jeff volvió a casa un año después preguntando por ella. Sin embargo, durante todos esos años, su madre de acogida no había mencionado esa visita y no entendía por qué. Bev sabía cuánto había sufrido por la repentina desaparición de Jeff.

Cuando consiguió controlar su nerviosismo, salió del baño y entró en el cuarto de estar, donde estaban todos congregados.

–¿Mamá? –Ashley corrió hacia ella–. ¿Vas a tener un niño?

Gabi parpadeó, sorprendida.

–¿Cómo se te ocurre preguntar eso, cariño?

–Porque Jeff dice que te sale sangre de la nariz.

Gabi miró a Jeff, que se encogió de hombros.

–Me ha sangrado un poquito, pero ya estoy bien. ¿Por qué crees que eso significaba que iba a tener un niño?

–Porque a la madre Nicky le pasaba eso antes de que naciera su

hermano.

–Ah –Gabi abrazó a su hija, riendo–. A la gente le sangra la nariz por muchas razones, pero no voy a tener un niño. Es que… me di un golpe con la puerta sin querer.

Jeff esbozó una sonrisa.

–A mí me pasó lo mismo el otro día. Venga, chicos, la cena está lista.

Unos minutos después, los cuatro estaban sentados a la mesa, con los perros tumbados en el suelo esperando que les dieran algo. Gabi no tenía apetito, pero intentó fingir por su hija y por Jeff.

Lo que le había contado era una enorme sorpresa, pero no quería que se diera cuenta de cómo la había afectado. La suya era una historia pasada y sería mejor olvidarla ahora que sabía la verdad. Como él le había dicho antes, necesitaba un amigo y hasta que Ashley y ella se fueran al día siguiente, podía fingir que no pasaba nada.

Cuando sonó un golpecito en la puerta, Jeff se levantó y, un segundo después, Gabi escuchó una voz masculina.

–Es mi padre –dijo Nicky–. ¡Hola, papá, estamos aquí!

El jefe de los forestales entró en la cocina con una sonrisa en los labios.

–Hola, hijo.

–Estamos comiendo tortilla con guacamole. Está muy buena.

Jeff hizo las presentaciones:

–Jefe Rossiter, te presento a Ashley Rafferty y a su madre, Gabi, una amiga mía.

–Bienvenidas a Yosemite. ¿Qué te parece el parque, Ashley?

–Me gusta, ¿pero por qué no hay agua en la cascada?

El jefe de los forestales sonrió.

–Estamos en agosto y apenas llueve, pero más tarde, en otoño, la cascada volverá a llenarse. En primavera es espectacular.

–Si queréis ver una cascada preciosa, puedo llevaros a Bridalveil por la mañana. Tengo que ir allí para hacer una inspección.

–¡El agua cae desde doscientos metros! –exclamó Nicky.

–¿Eso es mucho?

–Sí.

–¿Podemos llevar a Sergei?

–Por supuesto –respondió Jeff.

–¿Yo también puedo ir, papá? –preguntó Nicky.

–Si a Jeff no le importa…

–No, no. Cuantos más, mejor.

–Ojalá yo tuviese un perro como Sergei –dijo Ashley, suspirando.

–Es la estrella del parque –asintió Rossiter–. Bueno, Nicky, si has terminado de cenar tenemos que irnos. Pero dale las gracias a Jeff y Gabi.

–Gracias por la tortilla.

–De nada. Puedes venir cuando quieras.

El niño miró a Ashley.

–¿Quieres que te deje los prismáticos?

–Sí, gracias.

–Ten cuidado con ellos, me los regaló mi padre.

–No los romperé, te lo prometo. A lo mejor Jeff me dice dónde está el pájaro carpintero.

–Claro que sí –asintió él.

Gabi decidió no decir nada. Iban a quedarse a dormir allí y, al día siguiente, después de ir a la cascada, se marcharían del parque, pero no era el momento de decirlo.

–Buenas noches –se despidió el jefe Rossiter.

Gabi estaba metiendo los platos en el lavavajillas cuando Jeff y Ashley volvieron a la cocina.

–¿Dónde quieres dormir, Ashley? –le preguntó él.

–Con mi mamá.

–Entonces, podéis dormir en mi cama y yo dormiré en la habitación de invitados.

Gabi se mordió los labios.

–Pero solo hay un futón.

–No importa. He dormido en el suelo muchas veces, así que estoy acostumbrado. Mientras vosotras termináis aquí, yo voy a cambiar las sábanas.

Gabi no dijo nada, pero había decidido buscar otro alojamiento por la mañana. Por mucho que él insistiera, no iba a quedarse en casa de Jeff.

Unos minutos después, la habitación de Jeff estaba preparada y, además de llevar allí sus maletas, había varias toallas sobre la cama.

–Cuando volvamos, podéis ducharos en mi cuarto de baño. Yo usaré el que está al final del pasillo.

–¿Cuando volvamos de dónde?

Jeff sonrió.

–Si no estáis muy cansadas, he pensado que podríamos ir a Curry Village a ver un documental sobre el parque. Hay una pantalla enorme al aire libre y nos llevaremos a Sergei.

Ashley miró a su madre, emocionada.

–¿Podemos, mamá?

–Suena divertido.

–Tendremos que irnos ahora mismo si no queremos perdernos el principio.

–¡Yo estoy lista!

–Y Sergei también –dijo Jeff–. Solo está esperando que le pongamos la correa. ¿Quieres llevarlo tú, Ashley?

–Vamos, Sergei –dijo la niña.

Gabi miró a Jeff.

–Espera, voy a arreglarme un poco –le dijo, entrando en el baño para cepillarse el pelo y ponerse carmín en los labios.

Unos minutos después, llegaban al anfiteatro de Yosemite. La temperatura era perfecta y parecían una pareja normal dando un paseo con su hija. El efecto era irreal porque en sus sueños de adolescente había fantaseado que harían eso mismo algún día.

Por supuesto, a los diecisiete años Gabi no había imaginado que sería en el famoso parque de Yosemite.

Mientras ella recordaba el pasado, su hija se veía rodeada de turistas que reconocían a Sergei. Afortunadamente, cuando la atención empezó a ser excesiva, Jeff se hizo cargo del perro.

Gabi descubrió que había muchos ojos clavados en ellos. La mayoría de los turistas miraban al perro, pero las mujeres miraban a Jeff, el guapísimo forestal de anchos hombros. Y era lógico.

Había mucha gente en la cola, de modo que iban pegados unos a otros. Eso le recordaba las veces que había ido en la moto de Jeff después del instituto o durante los fines de semana. Entonces, abrazada a su cintura, habría ido con él al fin del mundo.

Cuando encontraron asientos y el presentador subió al escenario, Gabi intentó volver al presente.

–Bienvenidos al espectáculo del sonido del parque Yosemite. Cierren los ojos y escuchen atentamente los sonidos del parque: el melodioso canto de los pájaros, el relajante ruido de la cascada, el viento soplando suavemente entre las hojas de los árboles… Todo eso adquiere un nuevo significado porque aquí la acústica es mucho mejor que en la ciudad. Los ruidos hechos por el hombre interfieren con los bellos sonidos de la naturaleza –la voz del presentador se mezclaba con imágenes del parque en la pantalla–. La inmersión en un parque como este es beneficiosa para los

humanos y para los animales, afectando al ecosistema interno. Escuchen con atención.

El documental fascinó a Gabi, pero cuando terminó su hija estaba adormilada, con la cabeza apoyada sobre su pecho.

–Vámonos a la cama, cariño.

–¿Qué parte te ha gustado más, Ashley? –le preguntó Jeff.

–Los gritos del bebé enfadado. Era muy gracioso –respondió la niña.

–¿Y a ti, Gabi?

–Me ha gustado todo. Una pena que John Muir, el explorador, no hubiera podido grabar los sonidos del parque cuando llegó aquí por primera vez.

–¿El pájaro carpintero hace ruido? –preguntó Ashley.

–Sí, claro. De noche no podrás verlo, pero nos acercaremos al árbol y así podrás escucharlo.

Una de las cosas que siempre le había gustado de Jeff era su sentido de la aventura. Y esa virilidad que lo diferenciaba de los otros chicos del instituto. Incluso de adolescente se había sentido a salvo con él en cualquier situación y ahora, de adulto, seguía siendo el hombre más atractivo que había conocido nunca.

–Ya hemos llegado –Jeff abrió la puerta de la camioneta y tomó a Ashley en brazos–. A partir de ahora, no podemos hacer ruido.

Gabi recordó entonces un día en el que Jeff y ella disfrutaban de una merienda en el campo. De repente, una bandada de estorninos se posó sobre la hierba, a su lado. Había miles de pájaros rodeándolos. Gabi nunca había visto nada así.

Jeff se había dado cuenta de que estaba asustada y la abrazó, diciéndole que no pasaba nada. Sus palabras y el calor de su cuerpo habían conseguido que dejase de tener miedo.

El recuerdo de ese incidente la emocionó y se emocionó aún más al ver que Ashley le echaba los brazos al cuello sin la menor vacilación. Sí, Jeff Thompson era la clase de persona que te hacía sentir confianza.

–Ahí está –murmuró cuando llegaron al roble.

–Parece como si estuviera llamando a una puerta.

–A la puerta de su casa, en medio del bosque –dijo Jeff.

–Eres gracioso –Ashley soltó una risita, pero él le hizo un gesto para que guardase silencio. Unos minutos después, el ruido cesó–. Ha dejado de llamar.

–Volverá a hacerlo cuando entremos en casa.

–¿Nicky lo ha oído?

–No estoy seguro.

–¿Crees que podría dormir aquí mañana? Así, también él podría oírlo.

–Le preguntaré a su madre. Si dice que sí, entonces puede dormir en el sofá con Sansón.

–Gracias, Jeff –Ashley le dio un beso antes de que la dejase en el suelo.

Gabi había salido con varios hombres en los últimos años y todos habían sido amables con su hija, pero nunca había visto a Ashley besar a ninguno de ellos. Ni siquiera a Greg, que había hecho una cena para los tres la semana anterior.

Tenía que irse al día siguiente, pensó. A Ashley no le gustaría, pero no había alternativa. Gabi no quería que su hija se encariñase con Jeff.

¿De tal palo tal astilla?

–Vamos, cariño, tenemos que cepillarnos los dientes. Dale las buenas noches a Jeff.

Ashley abrazó a Sergei y luego miró a Jeff.

–Me ha gustado mucho el programa de los sonidos.

Jeff acarició sus rizos.

–A mí también. Es más divertido cuando puedes verlo con amigos.

–¿Sergei puede dormir con nosotras?

–No, Ashley –respondió Gabi–. Jeff está cuidando del perro de su amigo y hay ciertas reglas. Buenas noches, Jeff. Muchísimas gracias por todo, no lo olvidaré nunca.

–Buenas noches, Sergei –se despidió Ashley.

Tomando la mano de su hija, Gabi se dirigió a la habitación.

–Que duermas bien, Ash. Sueña con los angelitos –dijo Jeff.

Ella se volvió, con una sonrisa.

–Soñaré con los pájaros carpinteros.

Gabi y Jeff rieron ante la inesperada broma.

–Es simpático, mamá –dijo la niña cuando estaban solas en la habitación.

–¿Tú crees?

–Me gusta más que Greg.

–Claro, porque te deja jugar con Sergei.

–Nicky me ha dicho que la forestal Davis le quiere mucho.

–¿Al perro?

–No, a Jeff.

Jeff había mencionado el nombre de Davis el otro día, pero no sabía

que se trataba de una mujer. Y, aunque no quería preguntar, no pudo evitarlo.

–¿Y cómo sabe eso Nicky?

–Porque oyó a su madre contándoselo a alguien.

Ese Nicky estaba en todo.

–No debería escuchar las conversaciones de los adultos –dijo Gabi. Aunque tenía la impresión de que el crío hacía eso a menudo. Estaba a punto de decir que no le hiciera caso, pero se contuvo porque al día siguiente se irían de Yosemite, de modo que la advertencia sería innecesaria.

–Vamos a rezar y luego apagaremos la luz.

CAPÍTULO 5

ASHLEY miró a Jeff con el ceño fruncido cuando llegaron al final del camino.

–Es muy bonito, pero no parece un velo de novia.

–Es verdad –asintió Nicky.

–Porque ahora mismo no hay mucha agua. En primavera, la brisa hace que parezca un velo blanco extendido sobre el rostro de una novia –les explicó Jeff.

Era uno de los sitios más bonitos de Yosemite, pero él solo podía mirar a la mujer con vaqueros y blusa amarilla. La luz del sol hacía brillar el pelo de Gabi, dándole reflejos rojizos, y podía imaginar un velo sobre sus hermosas facciones…

Jeff se veía a sí mismo levantando ese velo para besar sus preciosos labios. Esos labios que lo habían perseguido durante toda la noche, recordándole la pasión que habían compartido una vez. Aunque entonces eran adolescentes, sus sentimientos eran reales y profundos.

Y ella había ido a Yosemite después de ver su fotografía en el periódico…

Que instintivamente lo hubiera buscado decía mucho, en su opinión.

–Mi madre llevó un velo cuando se casó, ¿verdad que sí, mamá?

–Sí –respondió Gabi.

–La mía también –intervino Nicky–. Era muy largo y el tío Chase soltó una carcajada porque mi padre no encontraba el final.

Jeff y Gabi se miraron y a él se le aceleró el corazón porque recordaba las veces que se habían mirado así, como si pudieran leer sus pensamientos.

Aunque le gustaría tener una de sus antiguas charlas, no podía hacerlo delante de los niños y los turistas, que empezaban a rodear a Sergei.

–Será mejor que lleve a Sergei hasta el Volvo –dijo Jeff.

–Bueno –asintió Ashley.

–¿Qué os parece si tomamos una pizza en Curry Village antes de que me vaya a trabajar?

–¡Viva! –gritaron los niños.

Los lunes solían ser días complicados, pero por una vez tenía algo importante y personal que hacer y le había pedido a Diane que controlase la oficina por él. Si había alguna emergencia, siempre podía llamarlo al móvil.

–A mí me gusta la pizza de beicon –dijo Nicky mientras bajaban por el camino.

–Sí, a mí también, pero no me gustan la cebolla.

–A mí no me gustan los pimientos y los champiñones.

Los niños no tenían el menor problema para comunicarse. El problema era Gabi, que apenas había dicho una palabra en toda la mañana.

Caminaban uno al lado del otro, de modo que sus brazos se rozaban de vez en cuando y, con cada roce, el deseo de Jeff aumentaba. Pero sabía que ella estaba pensando en su exmarido.

Tendría que ser tonto para hacerse ilusiones cuando la vida de Gabi en aquel momento era una pesadilla, pensó.

Cuando llegaron al coche, Sergei subió al asiento de atrás con los niños y Jeff arrancó con destino a Curry Village, con Gabi a su lado. Y mientras observaba su perfil de soslayo, pensó que era una mujer admirable.

Había sido abandonada cuando era un bebé y había vivido toda su infancia en una sucesión de casas de acogida, sin el apoyo de unos padres.

Y, a pesar de todo eso, había conseguido un título universitario, un buen trabajo y una hija a la que había educado maravillosamente bien. Que su exmarido, que no había querido saber nada de Ashley, apareciese de repente para romper esa armonía lo sacaba de quicio.

Pero la vida era así. Su propia madre había muerto demasiado joven, forzándolo a aceptar a Ellen, la madrastra de los cuentos. Entre sus maquinaciones, con las que había mantenido a su padre como rehén, y la agenda de Bev White, para la que había necesitado la cooperación de Nora, Jeff no había tenido más remedio que alejarse de Gabi.

Si las cosas hubieran sucedido como a él le habría gustado, Gabi habría terminado siendo su mujer. Estaba seguro de ello. Y Ashley podría ser hija suya…

–Sé que tienes que irte a trabajar –la voz de Gabi interrumpió sus pensamientos–. ¿Por qué no te vas? Los niños y yo podemos tomar un helado e ir andando a casa.

–Te dejaré las llaves del coche para que podáis iros cuando queráis –Jeff sacó un llavero del bolsillo–. Esto es el mando del garaje y esta es la llave de la puerta. Me llevaré a Sergei, así estaréis libres toda la tarde para hacer lo que os apetezca.

–Muchas gracias por todo. Lo hemos pasado muy bien.

–El placer es mío –Jeff se levantó y dejó unos billetes sobre la mesa–. Nos vemos dentro de un rato.

–Vuelve pronto, lo pasamos mejor contigo –dijo Ashley.

«¿Has oído eso, Gabi?».

–¡Hasta luego, cocodrilo! –se despidió Nicky, haciendo que Gabi soltase una carcajada.

Jeff tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no abrazarla.

Cuanto antes terminase su trabajo, antes podría volver con ellos. Más tarde, cuando Ashley se fuese a la cama, Gabi y él estarían solos en la casa y entonces podrían hablar tranquilamente.

Un par de horas después, Gabi estaba viendo jugar a los niños desde la ventana del cuarto de estar cuando sonó su móvil.

–¿Dígame?

–¿Señora Rafferty?

–Sí, soy yo.

–Soy Janine, la ayudante del señor Steel. Él está en un juicio que durará todo el día y me ha pedido que la llamase. ¿Podría venir al bufete mañana, a las diez? Hay un asunto del que le gustaría hablar con usted.

Gabi se llevó una mano al corazón.

–¿Podría decirme si ha ocurrido algo?

–Lo siento, pero no me ha contado de qué se trata.

–Ah, claro.

–¿Puedo decirle que estará aquí mañana? –insistió Janine.

–Sí, por supuesto –respondió Gabi. Tendría que llevar a Ashley con ella y dejarla en recepción mientras hablaba con el abogado–. Muchas gracias por llamar.

Después de hablar con Janine, llamó a varios hoteles de Los Ángeles hasta que encontró uno de precio más o menos modesto y reservó habitación para esa misma noche.

Dependiendo de lo que le dijera el señor Steel sabría si era seguro volver a su apartamento en Rosemead. Si no, tendría que buscarse otro sitio en el que alojarse. El ofrecimiento de Jeff había sido muy generoso, pero se negaba a molestarlo una noche más.

Los niños seguían jugando fuera, de modo que tuvo tiempo de cambiar las sábanas y escribirle a Jeff una nota de agradecimiento, que dejó en la cocina junto con las llaves y un billete de cincuenta dólares.

Sin que los niños la vieran, guardó las maletas en el coche y salió del garaje marcha atrás.

–¿Adónde vamos, mami? –preguntó Ashley, corriendo hacia ella.

–Tenemos que hacer una cosa mañana, así que vamos a llevar a Nicky a su casa.

–¿No puede ir con nosotros?

–No, Nicky tiene que cuidar de Sansón.

Los dos niños subieron al asiento trasero.

–¿Vamos a volver más tarde? –le preguntó Ashley.

–Ya veremos, cielo. Nicky, ¿sabes cómo ir a tu casa desde aquí?

–Claro.

El niño le dio indicaciones y, una vez allí, Gabi le recordó que tomase su mochila y sus prismáticos.

–Esperaremos aquí hasta que hayas entrado en casa.

El niño asintió, aunque no parecía muy contento.

Y tampoco su hija.

–Adiós, Nicky –se despidió, sin poder disimular su tristeza.

–Adiós –el niño bajó del coche y corrió hacia la puerta, donde lo esperaba una mujer rubia con un bebé en brazos.

–Gracias por traerlo a casa. Estaba a punto de ir a buscarlo.

–Gracias a ti por dejarle jugar con Ashley.

–La próxima vez, tu hija puede venir a casa.

–Eso le encantaría –Gabi se despidió con la mano–. ¡Adiós, Nicky!

Ashley iba en silencio mientras tomaba la carretera que llevaba a la salida del parque.

–¿Por qué no he podido entrar en su casa a jugar? –preguntó la niña unos segundos después.

–Porque ha ocurrido algo importante y mañana tengo una reunión en Los Ángeles, cariño.

–Pero yo quiero quedarme aquí. Y no hemos visto a Jeff.

–Lo sé, pero tenemos que irnos.

De repente, Ashley se puso a llorar.

–Jeff había dicho que íbamos a mirar al pájaro carpintero cuando volviese. Y tampoco le he dicho adiós a Sergei.

–Lo siento mucho, cielo –dijo Gabi, con el corazón roto–. Pero de verdad tengo que hacer algo importante en Los Ángeles mañana. Por eso tenemos que irnos.

–¿Y no podía haberme quedado con Jeff? Sería buena, no le molestaría ni nada.

–Ya lo sé, pero debes recordar que Jeff tiene mucho trabajo. No puedes quedarte sola con él.

–Entonces, en casa de Nicky.

«Santo cielo».

–Aunque pudieras quedarte, las vacaciones han terminado.

Estar con Jeff de nuevo había sido un regalo que Gabi no olvidaría nunca, pero no podía quedarse más tiempo allí. Estaba claro que Ashley necesitaba un papá y empezaba a encariñarse con Jeff. Lo que su hija no entendía era que él era un hombre soltero que, aparte de aquel encuentro casual, tenía una vida propia.

Y el auténtico padre de Ashley… Era increíble que hubiese aparecido de repente, como un aterrador fantasma que se creía con derecho a todo por compartir el mismo ADN.

Gabi respiró profundamente. La charla que debía tener con Ashley sobre su padre empezaba a ser urgente. La niña le haría docenas de preguntas y después de la reunión con Steel sabría cómo responder, pero temía esa reunión por los cambios que podría llevar a su vida.

–Pararemos en alguna tienda para comprar un cuaderno y lápices de colores. Así podrás ir pintando en el coche, ¿te parece?

–No quiero pintar –dijo Ashley, haciendo un puchero.

–¿No crees que a Nicky le gustaría que le enviases unos dibujos de Sansón y Sergei?

–¡Y también puedo dibujar un pájaro carpintero para Jeff!

Jeff de nuevo.

–Sí, claro, le gustaría mucho.

–¿Jeff sabe que nos hemos ido, mamá?

–Aún no, pero le he dejado una nota en la cocina dándole las gracias por todo.

–Sergei me buscará.

–Seguro que sí, pero recuerda una cosa: Sergei echa de menos a su

dueño y cuando él vuelva, también se pondrá muy contento.

–Entonces Jeff estará solo –insistió Ashley.

–Cariño, a Jeff le gusta estar solo.

–¿Por eso se divorció?

–No lo sé.

–¿A ti te gusta estar sola, mamá?

–Yo no estoy sola, te tengo a ti. Tú eres la luz de mi vida y te quiero con todo mi corazón.

Gabi oyó suspirar a su hija.

–Yo también te quiero mucho.

Jeff estaba a punto de llamar a Gabi para decirle que volvía a casa cuando escuchó la voz de Nicky en la oficina de Diane.

Sin duda, pensó, el niño estaría enseñándole a Ashley el cuartel general de los forestales como solo él podía hacerlo.

Sonriendo, Jeff se levantó para saludarlos, pero Nicky entró solo en su despacho.

–Pero bueno, ¿qué le pasa a mi guardabosques favorito para que esté tan serio? Pensé que estabas jugando con Ashley.

–Ashley se ha ido –respondió el niño–. Pensé que a lo mejor estaba aquí contigo, pero Diane me ha dicho que no las ha visto.

–¿Gabi se ha ido?

–Me llevó a casa y se marchó con Ashley. Pero mi madre dice que podía dormir en mi casa esta noche. Mi padre va a hacer una barbacoa.

–Seguramente se habrán ido de compras –dijo Jeff, que empezaba a estar preocupado.

–¿No puedes enterarte? –le preguntó el niño, implorándole con los ojos.

–Sí, claro –Jeff no necesitaba que lo animasen, de modo que sacó el móvil del bolsillo para llamar a Gabi, pero saltó el buzón de voz–. Hola, Gabi, soy Jeff. Llámame cuando puedas. El jefe Rossiter nos ha invitado a una barbacoa en su casa esta noche.

Cuando cortó la comunicación, Nicky parecía más animado.

–¡Hasta la noche! –se despidió. Y luego salió corriendo del despacho.

Incapaz de concentrarse en el trabajo, Jeff decidió irse a casa.

–Vamos, Sergei.

El ejercicio lo ayudó a liberar algo de energía, pero cuando entró en la cocina vio una nota sobre la mesa.

Querido Jeff:

Has sido el mejor anfitrión del mundo y nunca podré darte las gracias por lo que has hecho.

Mientras estabas trabajando, he recibido una llamada de mi abogado diciendo que debía estar en su bufete mañana a las diez. Como es un largo camino hasta Los Ángeles, he decidido que lo mejor sería marcharnos ahora mismo. He cambiado las sábanas, pero me temo que no me ha dado tiempo a lavarlas.

El bueno de Jeff… Me ayudaste cuando era una adolescente y me has ayudado cuando necesitaba un respiro. Nunca lo olvidaré.

Un beso,

Gabi.

Jeff sintió que su alegría se esfumaba por completo, como el aire escapando de un neumático pinchado.

Seguía de servicio, de modo que no podía salir del parque. Ni siquiera podía tomar un par de cervezas para olvidar sus penas.

Sin saber cómo, fue a su dormitorio, con Sergei detrás de él. Había dejado el cuarto de baño limpísimo…

Sintiéndose más solo que nunca, Jeff se tumbó en la cama, con las manos en la nuca, y cerró los ojos.

«Gabi, Gabi».

¿Qué iba a hacer con ella?

Durante años había luchado contra el recuerdo de su primer y único amor, pero la había buscado siempre. Y cuando supo que se había casado cometió el error de casarse con Fran. Desde el divorcio, sus relaciones con las mujeres habían sido vacías, sin importancia.

Gabi había aparecido por un momento con su encantadora hija, pero había vuelto a desaparecer, enviándolo al mismo agujero negro del que llevaba años intentando salir.

«No puedo pasar por eso otra vez».

Jeff se levantó de la cama, decidido, y llamó a Chase, su jefe directo.

–Hola, Chase. Mira, tengo que resolver un asunto personal y necesito unos días libres.

–Muy bien, ¿es urgente?

–Sí.

–Entonces puedes irte ahora mismo. Yo cubriré tu puesto.

Chase era estupendo, pensó.

–¿Estás seguro?

–Eres el único forestal del parque que no me ha pedido nunca un favor y sé que no me lo pedirías si no fuera una emergencia. ¿Cuanto tiempo necesitas?

–No lo sé, supongo que un par de días.

–Si necesitas más tiempo, llámame.

–No sé cómo darte las gracias.

–No tienes que dármelas. ¿Qué vas a hacer con Sergei?

–Tengo un par de forestales en mente…

–Déjalo en mi casa. A Roberta le encantaría cuidar de él.

–Buena idea. Te debo una, Chase.

–Lo recordaré.

En cuanto cortó la comunicación, Jeff llamó al aeropuerto de Merced y reservó un billete para Los Ángeles. Cuando llegase allí, llamaría a Gabi y si no respondía a sus llamadas iría a Rosemead en un coche de alquiler.

Y si no la encontraba en Rosemead, aparecería en el bufete de su abogado por la mañana. Sabía que se llamaba Henry Steel y que tenía el bufete en Los Ángeles, de modo que no sería muy difícil localizarlo.

Después de meter algo de ropa en una bolsa de viaje, llevó a Sergei a casa de Chase, con sus comederos, su cama y todo lo demás. Roberta estaba esperándolo en la puerta, emocionada.

Una vez hecho eso, marcó el número de los Rossiter y respondió Rachel.

–Hola, Jeff. Nicky estaba esperando tu llamada. ¿A qué hora llegará Ashley?

–Me temo que hay un cambio de planes. Gabi se ha ido a Los Ángeles porque tiene una reunión importante mañana.

–Ah, vaya. Nicky se va a llevar un buen disgusto.

–Lo sé –asintió él.

–En fin, gracias por llamar.

Jeff no la envidiaba. Cuando Nicky quería a alguien, no era capaz de decirle adiós y sufría mucho si tenía que separarse de esa persona. Cuando conoció a Vance, su cariño por el jefe de los forestales había sido evidente desde el principio. Afortunadamente, el cariño era recíproco.

Y Jeff entendía que Vance quisiera tanto al niño, aunque fuese hijo de otro hombre.

Al principio, Ashley le había gustado por su gran parecido con Gabi. Y que fuese tan tierna con Sergei le resultaba adorable. Pero la otra noche, cuando le dio un beso en la mejilla, había ocurrido algo. Jeff había sentido

una poderosa emoción, un abrumador deseo de protegerla.

Gabi no le había pedido nada. Ella había salido adelante sola, con su tenacidad y su actitud positiva ante la vida. Y marchándose de su casa sin avisarlo estaba dejando claro que no necesitaba su ayuda, pero iba a tenerla de todas formas.

CAPÍTULO 6

JEFF había sido tan maravilloso con ellas durante el fin de semana que Gabi se sentía culpable por no responder al mensaje que le había dejado el día anterior.

Podría haberlo llamado, pero no quería hablar con Ashley escuchando la conversación, de modo que hizo un esfuerzo para olvidarlo.

Cuando llegasen a Los Ángeles él llevaría varias horas en casa y habría visto la nota en la que le explicaba por qué había tenido que irse, pensó.

Además, Ashley no se durmió hasta las once y era demasiado tarde para llamarlo.

Por la mañana no había ninguna otra llamada en su móvil y eso significaba que Jeff había entendido que aquello era una despedida.

Le habría encantado hablar con él una vez más para darle las gracias, pero era mejor así. Ashley había mencionado su nombre en varias ocasiones, hablando de Yosemite y de su nuevo amigo Nicky, y una conversación telefónica con él solo serviría para que su hija siguiera haciéndose ilusiones.

Decidida a olvidarlo, Gabi se concentró en la reunión con el señor Steel. Eligió un traje de falda y chaqueta de algodón azul de manga corta y unos zapatos de color hueso de medio tacón, el tipo de atuendo que solía llevar al colegio.

Ashley eligió su propia ropa: un pantalón corto de color rosa y una blusa de flores con sandalias blancas. Y llevó con ella el cuaderno y los lápices de colores.

Cuando llegaron al bufete del señor Steel, Gabi le pidió que se sentara

en recepción mientras se acercaba a la recepcionista.

–Buenos días. Tengo una cita a las diez con el señor Steel. Soy Gabi Rafferty.

–Llega justo a tiempo, señora Rafferty.

–He tenido que traer a mi hija –dijo Gabi en voz baja–. ¿Puede quedarse aquí, dibujando?

–Por supuesto –respondió la mujer–. Puedo ofrecerle un refresco, si le apetece.

–Muchas gracias.

–El señor Steel me dijo que la hiciese pasar en cuanto llegase.

Gabi se volvió hacia Ashley.

–Cariño, voy a entrar en la reunión, pero no tardaré mucho. ¿Te importa quedarte aquí dibujando?

–Bueno, pero date prisa.

–Te lo prometo.

Después de darle un beso en la frente, Gabi acompañó a la recepcionista hasta un despacho y el hombre que estaba sentado tras el escritorio se levantó.

–Me alegro de volver a verla, señora Rafferty –la saludó, estrechando su mano–. Siéntese, por favor.

–Gracias.

El señor Steel había perdido pelo en los últimos ocho años y el que le quedaba era de color blanco, pero seguía teniendo ese aire de persona en la que se podía confiar.

–Usted no ha cambiado mucho y eso me gusta.

El hombre sonrió.

–Esa mentira es muy de agradecer. Pero en fin, vamos a lo nuestro –le dijo, poniéndose unas gafas–. Ayer recibí unos documentos del señor Durham. Aparentemente, su exmarido ha decidido pedir la custodia compartida de Ashley.

–¡No puede hacer eso! –exclamó Gabi, levantándose de un salto–. Ryan renunció a la patria potestad de la niña cuando nos divorciamos.

–Siéntese, señora Rafferty, por favor. Cálmese para que podamos hablar.

–Lo siento –se disculpó Gabi, con voz temblorosa–. ¿Por qué el acuerdo de divorcio no impide que pida la custodia?

–Porque las circunstancias han cambiado y él cree que puede ganar abriendo un nuevo caso.

–¿Como que han cambiado?

–Para empezar, su exmarido ha vuelto a casarse y vive en Pasadena.

–¿Vive aquí, en California?

–Voy a leer lo que ha redactado el señor Durham –Steel se aclaró la garganta–. «Después de alistarse en el ejército, mi cliente, Ryan Rafferty, descubrió que su esposa y él estaban esperando un hijo. El señor Rafferty temía morir en la guerra y no quería dejar a su viuda cargada con un hijo, por eso le pidió que interrumpiese el embarazo. Cuando ella se negó, se divorciaron y él fue destinado a Afganistán, donde sufrió una lesión que le impide tener más hijos. Ha pedido la baja definitiva del servicio militar y ahora está casado y empleado en Aviación Ersher, en Pasadena, como especialista en instalaciones hidráulicas. El señor Rafferty y su esposa están dispuestos a comprar una casa en Rosemead, California, para estar cerca de su hija y compensarla por los años perdidos».

Gabi sacudió la cabeza.

–Le ha mentido a su abogado sobre la razón por la que quería que abortase –le dijo, con los ojos llenos de lágrimas–. Pero no puede conseguir la custodia, ¿verdad? Después de lo que hizo…

El abogado se quitó las gafas.

–Naturalmente, yo no puedo predecir lo que dirá el juez, así que depende de las circunstancias. Como renunció a la patria potestad de la niña, es posible que el juez le niegue cualquier derecho. Dependerá de él.

Gabi enterró la cara entre las manos.

–Dios mío…

–Su exmarido renunció a la patria potestad de la niña a cambio de un acuerdo para que no lo denunciase por maltrato y, en mi opinión, tenemos muchas posibilidades. No creo que ningún juez vaya a darle la custodia compartida a un extraño y el señor Rafferty, aunque sea el padre biológico de su hija, es un extraño para Ashley. Pero debido a su problema para engendrar más hijos, es posible que pueda convencer al juez para que le otorgue derechos de visita.

–Yo no quiero que mi hija vea a Ryan…

–Antes de que eso ocurriera, su hija tendría que hablar con el juez y él marcaría las directrices de esos encuentros. Si su exmarido y su hija quieren establecer una relación, usted podría pedirle una pensión económica.

Gabi levantó la cabeza.

–No quiero su dinero. No quiero que se acerque a Ashley.

El señor Steel dejó escapar un suspiro.

–Señora Rafferty, yo le recordaré al juez que su exmarido no quería tener hijos y renunció a la patria potestad de Ashley. Pero su abogado, el señor Durham, dirá algo así: «quiero recordarle que este hombre es un veterano de guerra que ha sufrido por su patria. La guerra cambió su vida de manera radical y ahora quiere tener relación con su hija. Ha vuelto a casa condecorado, tiene un trabajo y una nueva esposa y quiere empezar de nuevo. Por favor, busque en su corazón antes de emitir un veredicto ».

–Pero no sabemos si es verdad –objetó Gabi.

–Ese es el tipo de mentira que se suele contar a los jueces.

–Y podría darle otra oportunidad.

–Eso es –asintió el abogado–. Pero yo le recordaré que nunca quiso a su hija y que no se ha hecho cargo de sus gastos en estos siete años. Además de las discrepancias y mentiras en su testimonio y, por supuesto, el maltrato. Y pediré un examen psiquiátrico para averiguar por qué tuvo una reacción tan violenta ante el embarazo. Estoy convencido de que hay un problema del que no nos ha hablado.

–Estoy de acuerdo.

–Por lo tanto, insistiré en que el señor Rafferty acuda a terapia para resolver su problema con la violencia durante un período de un año antes de que pueda volver a solicitar ver a su hija. Durante ese tiempo, pediremos una orden de alejamiento para evitar que se acerque a Ashley.

–¿Y si intentase verla de todas formas?

–Si lo hiciera, tendrían que detenerlo.

Gabi apretó las manos, nerviosa. Incluso con una orden de alejamiento, el señor Steel no podía garantizarle que Ryan no se acercaría a la niña. Y eso significaba que debía tener una seria charla con su hija.

Ryan podría estar esperándolas en su apartamento y, en aquellas circunstancias, no tenía más remedio que prepararla.

–¿Seguro que el juez exigirá que Ryan haga tratamiento psiquiátrico durante un año?

–Ojalá pudiera decir que sí con toda seguridad.

–En otras palabras, que podría no hacerlo.

–No lo sé –respondió el señor Steel–. Podría pedir que hiciese un tratamiento de tres o seis meses, depende de él. Pero también podría decidir a su favor y el caso estaría cerrado. No puedo decírselo con toda seguridad, señora Rafferty. La buena noticia es que usted no tendrá que aparecer en la vista preliminar, que tendrá lugar el lunes. El señor Durham ha insistido en

que fuera lo antes posible.

Gabi tragó saliva.

–Menos mal. Sería horrible seguir en este limbo mucho más tiempo.

–¿Puedo hacer algo más por usted? –le preguntó Steel.

–¿Podemos evitar que Ryan moleste a mi madre de acogida? Bev es una mujer mayor…

–Sí, es una de mis peticiones. ¿Alguna cosa más antes de que envíe los papeles a Durham? Los recibirá hoy mismo y se lo notificará a su exmarido en veinticuatro horas.

–Por el momento, creo que lo hemos resuelto todo. Salvo su minuta –dijo Gabi–. ¿Podría aplazar los pagos?

–Puede aplazarlos como mejor le convenga.

–No sé cómo darle las gracias.

–Es usted una mujer muy valiente, señora Rafferty. Y yo estoy de su lado, así que no se desanime.

–Gracias, señor Steel.

–Después de la vista la llamaré inmediatamente para contarle qué ha pasado.

Gabi se despidió y salió del despacho, intentando prepararse para la difícil conversación que debía mantener con su hija. Pero solo había dado un paso cuando vio que Ashley no estaba sola.

El hombre que estaba sentado a su lado llevaba una camisa de color azul marino y un pantalón caqui.

–¡Jeff!

–¡Mamá! –gritó Ashley, mirándola con una radiante sonrisa–. Jeff ha decidido darnos una sorpresa. ¡Mira el oso que he dibujado! ¡Y Jeff ha hecho un alce!

Gabi se acercó, con las piernas temblorosas. ¿Qué hacía Jeff allí?

–Se me ha ocurrido que alguien tendría que hacerle compañía a Ashley mientras tú te reunías con el señor Steel.

–¿Has estado aquí todo el tiempo?

–Jeff llegó cuando tú entraste en esa habitación –respondió Ashley por él–. Hemos estado dibujando a Sergei… y también ranas y castores.

–¿Te molesta? –le preguntó él.

Gabi tuvo que tragar saliva.

–¿Cómo puedes preguntar eso?

–Porque no me has invitado a venir.

–¿No tienes que trabajar?

–Jarvis le dijo que podía venir, mamá. Es su jefe directo y se ha quedado con Sergei –siguió Ashley, emocionada–. ¿Te gusta el oso que he dibujado?

A Gabi no le resultó fácil apartar los ojos de Jeff para mirar el dibujo de su hija.

–Es muy bonito, cariño.

Jeff le mostró el suyo.

–¿Qué te parece mi alce? Me lo encontré un día en el parque y le puse de nombre Bullwinkle.

Gabi soltó una carcajada al ver el dibujo. Había pintado un alce negro en el asiento delantero de un coche, con la cabeza fuera del parabrisas roto y el volante colgando de su enorme cornamenta.

–Jeff dice que chocó contra un coche y se quedó enganchado. ¿A que es gracioso, mamá?

–Mucho.

–¿Sabías que pueden ser muy violentos? Su amigo Cal tuvo que lanzarle un dardo tranquilizante y lo sacaron de allí entre cuatro forestales.

Para entonces, la dramática explicación de la niña había hecho reír también a la recepcionista.

Gabi se despidió de ella y, después de recoger el cuaderno y los lápices de colores, salieron del bufete.

–¿Puedo seguirte hasta el hotel? –le preguntó Jeff.

–No, hemos dejado el hotel. Llevo las maletas en el coche.

–Entonces, vamos a comer. Hay una hamburguesería estupenda en la esquina. A menos, claro, que tengas planes con Don o Greg.

–¿Tenemos planes, mami? –preguntó Ashley, dejando bien claro que el único plan que le interesaba era estar con Jeff.

–No, no, al menos hasta después de comer. Y una hamburguesa suena muy bien –respondió Gabi.

Durante el almuerzo, Ashley monopolizó la conversación y, cuando terminaron, Jeff sacó tres monedas de veinticinco centavos del bolsillo.

–En la puerta hay una máquina de chicles gigantes. ¿Te importaría comprar uno para ti y otro para mí?

–¿Y mi mamá?

–Antes no le gustaban –respondió Jeff, mirando a Gabi con una sonrisa–. Pero pídele al señor de la caja una chocolatina.

Ashley se levantó de la silla.

–Vuelvo enseguida.

En cuanto salió corriendo, Jeff volvió a mirar a Gabi.

–Rápido, antes de que vuelva: ¿te vas a Rosemead?

–Sí.

–No sé qué te ha dicho el abogado, pero ir a Rosemead no es seguro para ti ni para la niña.

–No puedo seguir escondiéndome. En cuanto llegue a casa pienso contárselo todo a Ashley… tenemos que seguir viviendo.

–¿Cuándo es la vista preliminar?

–El lunes, pero yo no tengo que ir.

–Tu exmarido podría aparecer en tu casa en cualquier momento.

–El señor Steel va a pedir una orden de alejamiento. Si apareciese, lo detendrían y perdería el caso.

Jeff sacudió la cabeza.

–Yo sé que no es seguro que vuelvas a Rosemead, Gabi. Me da igual la orden de alejamiento, estoy hablando de lo que es mejor para tu hija.

–Yo sé lo que es mejor para mi hija, Jeff.

–Perdona, no quería insultarte… pero vuelve a Yosemite conmigo, allí puedo protegerte –insistió él–. El colegio no empieza hasta dentro de tres semanas y serían unas vacaciones. Ashley y Nicky lo pasarían en grande y te juro que para mí no es una molestia, al contrario.

–No puedo hacer eso…

–¿Por qué no? La mitad del tiempo estoy trabajando.

–No, Jeff…

–No es eso lo que me habrías dicho en el pasado.

–La situación es diferente.

–Sí, desde luego. Ahora los dos somos libres y mayores de edad. Y Bev no es una amenaza para ninguno de los dos.

Gabi lo miró, perpleja.

–¿Qué quieres decir? Fue tu padre quien…

–Te lo explicaré más tarde –la interrumpió él, al ver que Ashley se dirigía hacia ellos.

–No tenían chocolatinas, mamá.

–No importa, cariño.

–¿Qué color quieres? –le preguntó Jeff.

–Azul.

–Estupendo, porque a mí me gusta el verde. ¿Sigues teniendo los otros veinticinco centavos?

–Sí –respondió Ashley, con la boca llena.

–¿Por qué no compras uno para Nicky?

–Nicky no está aquí.

–Pero podemos llevárselo, ¿no? ¿Te gustaría volver al parque?

La niña abrió los ojos como platos.

–¿De verdad?

–Claro.

La explosión de alegría en los ojos azules de su hija fue la respuesta que Gabi necesitaba. Era evidente que Ashley se había encariñado con Jeff y no quería ni pensar en lo que sufriría cuando llegase el momento de decirle adiós.

–¿Podemos llamar a Nicky para decirle que venga? –preguntó Ashley cuando llegaron al parque.

Gabi no le había dejado pagar los billetes de avión y Jeff había decidido no discutir. Estaban de vuelta en Yosemite y, por el momento, eso era lo único que importaba.

–Es la hora de la cena, cariño –le recordó Gabi–. Nicky estará cenando con sus padres.

–Si Nicky no puede venir, ¿podemos ir a ver a Sergei?

Jeff bajó del coche y abrió la puerta para la niña.

–Llamaré a Chase para preguntarle.

Mientras entraba en casa con las maletas sentía una felicidad incontenible. Saber que Gabi y su hija serían sus invitadas durante las próximas tres semanas le daba una nueva razón para vivir. La mujer a la que creía haber perdido para siempre estaba allí y no iba a perderla por segunda vez.

Tenían que hablar, pero esperarían a que Ashley se fuese a la cama. Y entonces podría contarle a Gabi ciertas verdades. La referencia a Bev se le había escapado sin darse cuenta, seguramente una traición de su subconsciente porque quería que Gabi supiese toda la verdad.

Suspirando, llamó a Chase para decirle que había vuelto.

–Ha habido un cambio de planes y Gabi y Ashley están conmigo. Van a quedarse tres semanas.

–Estupendo. Otra amiguita con la que Roberta puede jugar.

–¿Crees que tu hija se llevaría un disgusto si fuese a buscar a Sergei?

–Acabamos de cenar y está en el jardín jugando con él. Tal vez sería mejor si le dijera que puede llevar a Sergei a tu casa ella misma. Yo llevaré las cosas del perro después.

–Gracias, Chase.

Después de colgar, Jeff llamó a casa de los Rossiter, pero fue Rachel quien respondió.

–Creí que te habías ido unos días.

–He vuelto con Gabi y con Ashley. Estarán aquí unas semanas.

–No sabes cuánto me alegro –dijo Rachel–. Nicky está imposible. Mi marido y yo no sabíamos qué hacer con él.

Jeff sabía muy bien lo que le pasaba a Nicky. Era el efecto que Gabi y su hija tenían en la especie masculina, joven o adulta.

–¿Está en casa?

–No, Vance se lo ha llevado a Wawona y no creo que vuelvan hasta la noche, pero estoy deseando contarle que Ashley ha vuelto. Dile a Gabi que traiga a su hija mañana con Sergei.

–Lo haré. Gracias, Rachel.

–Soy yo quien debería darte las gracias. Esto significa que habrá paz en mi casa… hasta que tus invitadas vuelvan a irse. Pero prefiero no pensar en eso ahora.

Jeff tampoco quería pensar en ello.

Cuando salió de la cocina, encontró a Gabi y a Ashley en el dormitorio de invitados, la niña ayudando a su madre a poner sábanas en el futón.

–Ashley quiere dormir aquí, con Sergei. ¿Te parece bien? Yo dormiré en el sofá-cama del cuarto de estar.

–Como quieras –respondió Jeff. Aunque él preferiría que durmiera en su habitación, mientras estuviera en su casa no iba a discutir con ella porque era un milagro que estuviese allí–. ¿Quieres que lleve las dos maletas a la habitación?

–Sí, por favor. Me cambiaré allí.

–Voy a buscarlas.

Cuando Jeff estaba dejando sus cosas en la habitación, sonó el timbre.

–Debe de ser Roberta. Venid a conocerla.

La hija de Chase entró en la casa con Sergei y el perro se lanzó sobre Ashley, contento de verla.

Aunque tenía cinco años más que Ashley, a Roberta no parecía importarle la diferencia de edad y Ashley, encantada con su nueva amiga, le enseñó sus dibujos.

Estaban charlando tranquilamente cuando Chase apareció con las cosas de Sergei.

Gabi parecía encantada con Roberta y su padre y Jeff se alegró por

muchas razones, sobre todo porque si se encariñaba con la gente de Yosemite, le resultaría más difícil marcharse del parque cuando llegase el momento.

Cuando los Jarvis se despidieron, Gabi llevó a Ashley al dormitorio para ponerle el pijama. Unos minutos después, la niña volvió al cuarto de estar con Sergei y, antes de que Jeff pudiese adivinar sus intenciones, le echó los brazos al cuello.

–Me gustaría vivir aquí para siempre.

–A mí también, cielo –la respuesta le había salido del corazón.

–¿Ashley? –la llamó su madre.

–¿Qué? –preguntó la niña, volviéndose para mirarla.

–Solo vamos a estar aquí unas semanas, cariño.

–Ya lo sé.

–Y quiero contarte algo importante antes de que te vayas a la cama.

–Yo tengo que llevar a Sergei a dar un paseo –dijo Jeff, dejando a Ashley en el suelo–. Pero volveré pronto.

–Muy bien –asintió Gabi, agradecida.

Él tomó la correa y lanzó un silbido que puso a Sergei en movimiento.

–Vamos, chico.

Gabi se quitó los zapatos antes de sentarse en el sofá.

–Ven aquí, cariño.

Ashley se acercó para sentarse a su lado.

–¿Qué pasa, mami?

–Nunca hemos hablado sobre tu padre porque se marchó hace mucho tiempo. No sabía si volvería algún día, pero hace poco me enteré de que se había vuelto a casar y vive en California –Gabi tragó saliva–. La razón por la que fui a ver al señor Steel esta mañana es porque he descubierto que tu padre quiere verte.

–¿Ah, sí? –murmuró Ashley, mirándola con cara de sorpresa.

–Sí, cariño –Gabi rezaba para encontrar inspiración–. Pero lleva fuera mucho tiempo y necesita un permiso para verte.

–¿Por qué?

–Porque esas son las reglas. No ha estado a tu lado durante todos estos años y ahora quiere verte, pero tiene que hablar con un juez para que le dé permiso. Y el juez querrá hablar contigo para que le digas qué te parece.

–¿Mi padre es bueno como Jeff?

Gabi suspiró.

–¿Sabes una cosa? Han pasado tantos años desde la última vez que lo vi que no sé cómo es ahora. Cuando me casé con él lo quería mucho, pero nuestro matrimonio duró poco y nos divorciamos.

–¿Por qué?

–Porque queríamos cosas diferentes. A él le gustaba ser soldado, yo quería ser mamá.

–Ah.

El famoso «ah».

–Te lo he contado porque quería que estuvieras preparada… en caso de que tu padre vaya a nuestro apartamento o al colegio cuando volvamos a Rosemead.

–Yo no quiero volver.

–Cariño, vivimos allí. Yo doy clases en el colegio y tus amigos están en Rosemead… ¿ya no te acuerdas de Jessica?

–Sí, claro.

–Pero antes pasaremos unos días aquí.

–¡Yo quiero quedarme con Jeff!

Ashley corrió a la habitación y Gabi se dio cuenta de que no podía procesar tan rápidamente todo lo que estaba ocurriendo.

Jeff era el único hombre con el que se había encariñado en toda su vida. Ir al cine o cenar con Greg o Don no contaba para nada.

Antes de que ella sacase el tema, Ashley le había dicho a Jeff que quería vivir allí para siempre.

Su padre era un completo extraño para ella. De hecho, jamás había preguntado por él. Nunca había sentido la menor curiosidad. Tal vez fuera culpa suya, porque nunca le había hablado de Ryan.

Pero cada niño era diferente, pensó. Muchos de sus alumnos eran huérfanos o hijos de padres divorciados y algunos tenían más interés por sus progenitores que otros.

Mientras se levantaba del sofá para seguir a Ashley a la habitación, Jeff entró con Sergei.

–Veo que la charla no ha ido bien.

–La verdad, no sé cómo ha ido. Creo que está conmocionada, pero no podía retrasarlo más.

–Has hecho bien. La niña debe estar sobre aviso –asintió Jeff–. Tal vez Sergei pueda consolarla. Ven, vamos a darle las buenas noches.

Su hija estaba en la cama, abrazada al Señor Charles. Gabi no había visto al peluche en esos días, de modo que debía de haber rebuscado en la

maleta para encontrarlo.

–He traído un amigo –anunció Jeff.

–¿Sergei puede dormir conmigo? –preguntó la niña.

–¿Por qué no se lo preguntamos? Da un golpecito en el colchón, a ver lo que hace.

Ashley dio un golpecito en el colchón y Sergei subió de un salto a la cama para tumbarse a los pies de la niña.

–¡Se ha subido!

–Por supuesto. Quiere protegerte.

Ashley esbozó una sonrisa.

–Buenas noches, mami. Te quiero mucho.

Gabi se inclinó para besarla.

–Yo también, cariño. Dejaré la puerta abierta y, si me necesitas durante la noche, ya sabes dónde estoy.

–¿No te vas a la cama?

–En unos minutos –respondió ella–. Antes quiero hablar con Jeff.

–Muy bien –Ashley miró de uno a otro–. Buenas noches, Jeff. Gracias por dejar que Sergei duerma conmigo.

–Él no dormiría en ningún otro sitio. Buenas noches, preciosa.

CAPÍTULO 7

–¿QUIERES tomar un té? –le preguntó Jeff mientras abría el sofá-cama.

–No, gracias –respondió Gabi, dejándose caer sobre uno de los sillones–. Mi deuda contigo crece por segundos.

–No tienes ninguna deuda conmigo.

–¿Cómo sabías dónde encontrarme?

–Me dijiste el nombre de tu abogado, así que no fue difícil.

–¿Y de dónde has sacado tiempo para ir a buscarnos? Dime la verdad.

Jeff se sentó en el brazo del sofá, suspirando.

–Me alegro de que hayas preguntado eso porque es hora de que sepas toda la verdad.

Gabi apretó los labios.

–Dijiste algo sobre que Bev ya no era una amenaza. ¿Qué significa eso?

La expresión de Jeff se oscureció.

–Es cierto que mi padre quería que me alejase de ti antes de que las cosas llegaran demasiado lejos, pero fue Bev, con la ayuda de Nora y Ellen, la que hizo imposible que siguiera viviendo en casa.

–¿Qué estás diciendo?

–Te va a doler porque sé que quieres mucho a Bev, pero…

–¿Qué hizo?

–Una tarde, antes de que tú volvieras del instituto, yo estaba en el garaje arreglando mi moto cuando Bev apareció de repente con Nora. Fue un día antes de mi graduación en el instituto.

–Me acuerdo –lo interrumpió Gabi–. Durante el almuerzo nos

escribimos notas el uno al otro en los libros escolares.

Jeff asintió con la cabeza.

–Ellen debió de abrir la puerta y le dijo dónde podía encontrarme. Mi padre no había vuelto del trabajo y me pareció raro verlas allí. Yo sabía que a Bev no le caía bien.

–Porque Nora era su favorita.

–Nora tenía celos de ti, Gabi. Y descubrí hasta qué punto cuando Bev me dijo que Nora nos había visto en la cama juntos muchas veces.

–¿Qué?

–Como tú eras menor de edad, Bev me dijo que tenía pruebas para enviarte de vuelta a los Servicios Sociales, a menos que yo me fuera de allí inmediatamente.

Gabi se levantó de un salto.

–¡No puede ser verdad!

–Es verdad –dijo Jeff–. Yo sabía lo que habías sufrido durante todos esos años, hasta que llegaste a casa de Bev, y no estaba dispuesto a hacer que volvieras a pasar por eso.

Ella negó con la cabeza, incrédula.

–No te creo.

–Bev nunca fue la misma tras la muerte de Ron y tú lo sabes.

–La muerte de su marido fue un golpe muy duro para ella, pero amenazarte…

–Ella sabía que nos queríamos mucho. Yo acababa de cumplir dieciocho años y Nora estaba a punto de cumplirlos también, de modo que tendría que irse. Bev temía que yo te convenciera para que te escapases conmigo y entonces perdería el dinero que le daba el Estado por mantenerte.

–Lo sé –murmuró Gabi–. Contaba cada céntimo.

–Sin el dinero que recibía todos los meses por ti, tendría que acoger a otro niño y, asustada, convenció a mi padre de que yo tenía que irme de casa.

–Pero es tan difícil de creer…

Jeff se levantó para apretar su mano.

–Lo único que tienes que hacer es levantar el teléfono y preguntárselo a Bev.

–No… sé que estás diciendo la verdad. Pero es que no quiero creerlo.

–Tampoco yo quería creerlo entonces. Pero me dijo que si te llamaba por teléfono o te enviaba una carta llamaría a los Servicios Sociales. Y mi

padre la apoyó porque no quería que me acusaran de violar a una menor.

–¡Pero Nora mentía!

–Era su manera de vengarse porque nunca le había hecho caso. Pero sería mi palabra contra la suya –Jeff suspiró–. Todos tenían sus motivos, Gabi. Tu madre de acogida no quería perder el dinero que recibía por tenerte en su casa hasta que cumplieras los dieciocho años y Ellen era una mujer egoísta y celosa. Me detestaba y quería que me fuera de casa para tener a mi padre solo para ella, de modo que se convirtió en cómplice de las mentiras de Nora y Bev. Mi padre solo quería vivir en paz y creyó que la solución era que yo me fuese a la universidad.

Los ojos de Gabi se llenaron de lágrimas.

–No sé cómo pudo Bev ser tan cruel…

Bev, que había apoyado su decisión de divorciarse de Ryan y que la había llamado el otro día para advertirle que su exmarido había ido a buscarla. ¿Eran la misma persona?

–No era cruel, Gabi, es que estaba desesperada –dijo Jeff, pasándole un brazo por los hombros–. No quería perder el dinero.

–Pero tuviste que irte de tu casa a los dieciocho años y yo sé cuánto querías a tu padre… no puedo soportar que Bev te obligase a hacer eso –Gabi no podía contener los sollozos.

–Tranquila, eso fue hace muchos años –murmuró él, acariciándole el pelo.

–No puedo entender que Bev me dejase sufrir, sin decirme que ella era la culpable de tu desaparición. Por eso no me contó que habías ido a buscarme cuando cumplí dieciocho años. Después de lo que había hecho, no se atrevía.

Jeff besó su frente y Gabi pensó que le gustaba demasiado estar entre sus brazos. Temiendo que se diera cuenta, se apartó. Ya no eran las mismas personas.

–Si supiera que estamos juntos ahora se llevaría una enorme sorpresa.

Ella secó sus lágrimas con el dorso de la mano.

–Por fin sé la verdad. Si no hubiera leído ese artículo en el periódico…

Jeff se pasó una mano por el cuello, un gesto que lo había visto hacer cuando tenía algún problema o debía tomar una decisión importante.

–Creo que debemos darle las gracias a Sergei por esta reunión.

–Sí, es verdad –asintió Gabi–. Pero tú siempre has sido mi mejor amigo.

–Al menos Bev no ha podido robarnos eso.

–No, es verdad –asintió ella–. Un día, antes de que Ashley y yo volvamos a casa, tienes que contarme qué has hecho durante todos estos años, antes de venir a Yosemite. Me gustaría saberlo todo, pero esta noche estoy muy cansada. Me voy a dormir, Jeff, buenas noches.

Gabi entró en la habitación de Ashley para ponerse el pijama y dejó escapar un suspiro. Unos segundos más y se habría derretido entre sus brazos como había hecho catorce años antes. Y habría sido muy fácil porque Jeff siempre había sido su refugio.

Pero llevaban años separados, él había estado casado… y ese era el doloroso recordatorio de que no se podía volver atrás.

Jeff cerró la puerta con llave y se fue a la cama, notando que el viento golpeaba los marcos de las ventanas.

Unas horas antes había visto que el cielo se cubría de nubes y había pensado que habría tormenta en la sierra. Las tormentas de verano podían ser particularmente violentas allí y cuando la naturaleza se ponía brusca era cuando sentía su soledad como algo tangible… tal vez como Adán debió de sentirse sin Eva.

Pero desde que Gabi llegó al parque, todo había cambiado. Esa noche estaba a unos metros de su habitación y su presencia le daba una felicidad que no había conocido nunca. Tenía un montón de planes para los tres…

Pero un segundo después, el sonido del móvil interrumpió su euforia. Suspirando, Jeff miró el reloj y vio que era más de la una.

–¿Sí?

–Hola, Jeff, soy Chase. El servicio meteorológico afirma que la tormenta en Sierra Nevada ha provocado varias inundaciones en las orillas de ríos y arroyos de toda la zona. Está cayendo granizo del tamaño de pelotas de golf y algunos campings se han inundado. Acabo de recibir la orden de cerrar la carretera del valle.

Jeff se incorporó de un salto.

–¿Dónde quieres que vaya?

–Necesito ayuda para evacuar el camping Cuatro. Finlay irá contigo.

–¡Voy para allá!

En el armario guardaba la ropa que usaban para ese tipo de emergencias y en cuanto estuvo listo fue al cuarto de estar para despertar a Gabi.

–Tengo que irme.

–¿Qué ocurre? –preguntó ella, adormilada.

–Hay tormenta y uno de los campings se ha inundado, así que tengo

que ir a echar una mano. Volveré en cuanto pueda.

Sin pedirle permiso, Jeff le dio un beso antes de salir por la puerta del garaje y el sabor de sus labios se quedó con él durante horas.

Cuando llegó a su destino, saltó de la camioneta a la tierra encharcada y estuvo horas ayudando a trasladar a los turistas del camping hasta el Yosemite Lodge. Cuando terminaron, les dijeron que debían trasladar a los residentes del camping Lower Pines al hotel Ahwahnee.

A las cuatro de la mañana llovía con menos violencia, pero el daño ya estaba hecho. La buena noticia era que todos los acampados estaban bajo techo y nadie había resultado herido. Pero aún tenían que inspeccionar carreteras y puentes.

El jefe Rossiter estaba tan cansado como todos los demás.

–Al menos nuestras casas están lejos de aquí –dijo, suspirando.

–Menos mal –asintió Jeff–. Pero tú has vivido en esta zona toda tu vida. ¿Habías visto antes algo así?

Vance negó con la cabeza.

–No, pero tengo entendido que hace años una tormenta inundó todo el valle, así que hemos tenido suerte. Por cierto, me alegro mucho de que hayas vuelto con Gabi y su hija. De otro modo, tendría un serio problema con Nicky.

La idea de haber vuelto a casa con Gabi y Ashley le había mantenido la adrenalina a niveles muy altos.

–Sí, Rachel me lo ha contado.

–¿También te ha dicho que quiere que le dé un trabajo a Gabi, como hice con la mujer de Cal? De ese modo, Ashley tendría que vivir en el parque. Palabras de mi hijo.

Nicky Darrow Rossiter, el forestal más creativo del parque Yosemite, pensó Jeff. Pero en lo que se refería a Gabi y Ashley, él le llevaba la delantera.

Gabi abrió los ojos y cuando miró su reloj vio que eran las ocho menos diez. ¿Habría vuelto Jeff mientras dormía?, se preguntó.

Se levantó de la cama y miró en el garaje, pero su camioneta no estaba allí. Tal vez estaría aparcada delante de la casa…

Pero cuando abrió la puerta principal vio que el jardín estaba encharcado y que el agua llegaba hasta el primer escalón del porche.

Increíble.

Gabi miró el cielo. La tormenta había pasado, dejando unas nubes

rosadas entre las que se colaban los primeros rayos de sol. Prometía ser un bonito día, pero el daño de las inundaciones sería terrible. Todos los forestales estarían intentando atender a los turistas, por no hablar de otras emergencias.

Y la camioneta de Jeff no estaba por ningún lado.

Mientras estaba en la puerta, suspirando, aparecieron Ashley y Sergei.

–¿Te puedes creer que anoche hubo una tormenta y no nos enteramos?

–Yo no oí nada.

–Porque estabas muy cansada.

–¿Dónde está Jeff?

Gabi se tocó los labios que él había besado por la noche. ¿O lo había soñado?

–Ayudando a los turistas.

–¿Podemos llamar a Nicky? Me gustaría jugar con él.

–Cariño, antes de nada tenemos que desayunar. Para entonces, Jeff habrá llamado y podremos hacer planes.

Acababa de cerrar la puerta cuando sonó su móvil y respondió sin mirar la pantalla, convencida de que era él.

–¿Jeff?

–No, soy Bev.

Gabi se quedó sin aliento.

¿Cómo podía haber contestado al teléfono sin averiguar antes quién la llamaba? Y era muy curioso que Bev no preguntase si «Jeff» era Jeff Thompson, al que había echado de Alhambra catorce años antes.

–¿Ryan ha vuelto a molestarte?

–Llamó hace unos minutos, exigiendo saber dónde estabas. Creí que habías hablado con tu abogado.

–Lo hice, ayer. Ryan está a punto de recibir una llamada exigiéndole que deje de molestarte, pero voy a llamar al señor Steel para recordárselo. Si su abogado no puede impedir que te llame, pediremos una orden de alejamiento.

–Tal vez tú deberías llamar a Ryan.

Esa petición no debería sorprenderle después de lo que Jeff le había contado. En aquel momento, su antigua madre de acogida era un enigma para ella y, aunque no tenía intención de ponerse en contacto con Ryan, decidió no decírselo.

–Espera un momento, Bev. Voy a buscar mi bolso… dame su número.

Mientras lo anotaba, oyó que se abría la puerta del garaje y su corazón

se aceleró porque eso significaba que Jeff estaba de vuelta en casa.

–Siento que Ryan te haya molestado y me encargaré de que no vuelva a hacerlo. Perdona, pero tengo que cortar.

Gabi soltó el móvil y corrió al cuarto de baño para darse una ducha rápida. Después, se puso unos vaqueros y una camiseta de color verde agua.

Antes de reunirse con Jeff llamó a su abogado, pero el señor Steel no estaba en la oficina, de modo que le dejó el mensaje a la recepcionista.

–No te acerques demasiado, estoy sucísimo –le advirtió Jeff cuando entró en la cocina unos minutos después.

–Debes de estar agotado.

–Desde luego. Ashley está fuera, jugando con Nicky. Sansón se ha quedado en casa –le contó Jeff, que estaba haciendo un sándwich de atún.

–Ah, veo que te sigue gustando el atún –bromeó Gabi.

Su sonrisa hizo que le diese un vuelco el corazón. Tenía sombra de barba y estaba despeinado, pero nunca le había parecido más guapo.

–Si me hubieras llamado, te habría preparado algo de desayuno.

Él negó con la cabeza mientras echaba zumo de naranja en un vaso, llamando la atención de Gabi hacia sus marcados bíceps. Aunque no había sido exageradamente musculoso como otros chicos del instituto, hacían falta unos brazos fuertes para conducir una Kawasaki.

–Esto es con lo que soñaba mientras estaba bajo la tormenta.

Gabi miró su reloj.

–¡No has dormido nada en veintiséis horas! Vete a la cama, yo me encargo de todo.

–¿Prometes estar aquí cuando despierte?

–¿Adónde iba a ir con todo el parque inundado?

Jeff esbozó una sonrisa.

–No irías muy lejos, es verdad. Chase ha cerrado la carretera que lleva al valle, pero no tengas miedo, el agua está empezando a retirarse. Y Nicky está deseando encontrar tesoros bajo el agua.

Gabi estudió sus hermosas facciones. A saber con qué calamidades habría tenido que lidiar durante la noche…

–Si dejas tu ropa en la cocina, puedo meterla en la lavadora.

–No voy a rechazar una oferta así. Estoy sucísimo… Ah, por cierto, ven un momento a mi habitación. Quiero darte algo que llevo guardando mucho tiempo.

Curiosa, Gabi lo siguió y se quedó esperando mientras Jeff abría un

cajón de la cómoda y sacaba una bolsa.

–Feliz graduación.

Tenía que ser el regalo que le había llevado cuando cumplió dieciocho años…

Con manos temblorosas, Gabi abrió la bolsa y dentro encontró una camiseta azul marino con el lema *Hoy empieza mi vida.*

Emocionada, apretó la camiseta contra su corazón.

Pero cuando por fin levantó la cabeza, Jeff había desapareció en el cuarto de baño y podía escuchar el ruido de la ducha.

Jeff…

Sergei entró en la habitación en ese momento y Gabi se inclinó para acariciarlo.

–Sé que lo has echado de menos, pero ahora tenemos que dejarle dormir. Ve a jugar con los niños, anda.

Gabi dobló con cuidado la camiseta y la guardó en su maleta, con los ojos empañados.

Sabía que no se podía reescribir la historia y desearía que Jeff no le hubiera dado esa camiseta porque le dolía tanto…

A la una, llamó a los niños para comer y después lavó los platos e hizo la colada. Tuvo que fregar el suelo dos veces porque los niños entraban y salían con las zapatillas llenas de barro, pero en general fue un día maravilloso.

Rachel había llamado para invitarlos a la barbacoa a la que no habían ido la otra noche, esperando que su marido estuviera despierto para entonces. El jefe Rossiter había trabajado tanto como Jeff.

Gabi se ofreció a contribuir con unos huevos rellenos y, mientras los hacía, los niños se pusieron a dibujar en el cuarto de estar.

Gabi no recordaba haberse sentido más feliz en mucho tiempo. Y, aunque el sueño de vivir en el parque Yosemite terminaría pronto, se negaba a pensar en ello por el momento.

Estaba a punto de cubrir los huevos con papel de aluminio cuando Jeff, alto y guapo como siempre, apareció en la puerta de la cocina recién duchado y afeitado y le robó un huevo de la bandeja.

–¡No! –protestó Gabi.

–Saben exactamente igual que los que hacía mi madre.

–Ruth me enseñó a hacerlos. Se cuecen los huevos y luego se mezcla la yema con mayonesa, atún y semilla de apio.

–¡Podría comerme la bandeja entera!

–Si hubieras tenido más huevos en la nevera habría hecho una bandeja entera para ti, pero son para todos. Nicky dice que tienen una sandía enorme y seguro que Rachel habrá hecho una ensalada de patata.

–¿También tienes la receta de la ensalada de patata que hacía mi madre?

–¿Tú qué crees?

Jeff esbozó una sonrisa.

–Creo que no voy a dejar que te marches de aquí.

Cuando la miraba de ese modo, le temblaban las piernas.

–Voy a buscar mi bolso –murmuró Gabi.

Jeff había imaginado que sería demasiado pedir que Gabi se pusiera la camiseta. Sabía que se había emocionado al verla, pero la había guardado en la habitación.

Desde que volvió al parque, había momentos en los que conseguía olvidar que tenía un exmarido. Pero el fruto de su matrimonio con aquel hombre, Ashley, estaba sentada en el Volvo, con Nicky y Sergei.

Años antes, Gabi se había enamorado de Ryan Rafferty. Se había casado con él, lo había amado, había tenido un hogar con él. Y le había dado una hija.

De nuevo, Jeff debía admitir que por mucho que se hubieran querido cuando eran adolescentes, Gabi había seguido adelante con su vida. Y hasta que el juez tomara una decisión sobre los derechos del tal Ryan, no tenía esperanzas de conseguir su atención exclusiva. Podía ser el amigo al que había buscado después de ver su foto en el periódico, pero sería tonto si esperase algo más.

«Está luchando por su hija, Thompson».

Lo único que él podía hacer era ayudarla a conseguirlo y, por el momento, eso significaba darle refugio. Nada más.

Cuando llegaron a casa de Nicky, Jeff apenas reconoció a Vance o Chase porque la última vez que los vio, horas antes, estaban cubiertos de barro.

–¡Hola, papá!

–Bienvenidos al arca de Noé –bromeó Rossiter.

–¿Qué es un arca, papá?

–¿No te acuerdas de esta mañana, cuando todo estaba cubierto de agua? Pero hace poco solté una paloma y todavía no ha vuelto.

–¿Una paloma? –Nicky miraba a su padre con cara de sorpresa.

Riendo, Rossiter abrazó a su hijo.

–Algún día te lo explicaré, pequeñajo.

Ashley y Gabi entraron tras ellos con Jeff, que llevaba la bandeja de los huevos rellenos, y Chance le presentó a su mujer.

–Nicky me ha dicho que eres la mejor arqueóloga del parque –dijo Gabi.

Annie soltó una carcajada.

–Esperemos que Nicky no diga eso delante de mi jefe. Encantada de conocerte. Roberta me ha dicho que eres profesora de primaria en Rosemead.

–Así es.

–¡Podría ser mi profesora! –exclamó Nicky.

–Tú ya tienes una profesora estupenda –le recordó su padre.

–Pero la mamá de Ashley sería mejor.

Gabi sonrió.

–Eres muy amable, pero tengo un grupo de alumnos esperándome en Rosemead. El colegio empieza dentro de unas semanas.

–Ojalá no tuviéramos que irnos –dijo Ashley.

–Deberías quedarte aquí para siempre –opinó Nicky.

Gabi acarició el pelo rubio del niño.

–Roberta me ha dicho que estás esperando un bebé. Enhorabuena.

–Gracias –dijo Annie–. Estamos muy contentos, pero aún faltan muchos meses.

–A la madre de Ashley le sangró la nariz el otro día, pero no va a tener un niño.

–¡Nicky! –exclamaron sus padres.

–Esas cosas no se dicen, cariño –lo regañó Rachel.

–Es que me di un golpe con la puerta –dijo Gabi.

–A Jeff le pasó lo mismo el otro día –intervino Nicky de nuevo.

Los adultos rieron antes de sentarse para comer las chuletas y los filetes a la barbacoa que habían preparado los Rossiter. Más tarde, mientras los niños corrían a ver una película en el salón, la charla se centró en las inundaciones. Y, por una vez, Sergei se quedó al lado de Jeff, seguramente agotado de jugar con Ashley y Nicky.

–Jeff nos ha contado que erais vecinos hace muchos años –dijo Vance–. ¿Qué tal era entonces?

–Muy trabajador –respondió Gabi–. Su padre le había enseñado muchas

cosas sobre construcción y remodelaron la casa juntos. Incluso hicieron un patio en la parte de atrás. Jeff podía arreglar cualquier cosa.

–Esa es una de las razones por las que el parque lo necesita –comentó Vance.

–Y tenía una Kawasaki que era la envidia de todo el mundo. Las chicas estaban locas por él –siguió Gabi–. Mi amiga Kim me suplicaba que le hablase a Jeff bien de ella para que la dejase subir, pero tenía que esperar a la cola.

Chase asintió con la cabeza.

–Veo que las cosas no han cambiado.

–Eso es lo que dice Nicky –comentó Gabi, burlona.

–¿Qué ha dicho mi hijo?

–Ah, me temo que es información confidencial.

Riendo, los hombres se levantaron para llevar los platos a la cocina.

–¡Roberta y Ashley quieren dormir aquí esta noche! –oyó gritar a Nicky–. ¿Podemos poner sacos de dormir en mi habitación, mamá?

–Si a Annie y a Gabi les parece bien…

Jeff contuvo el aliento, esperando.

–Por favor, mami –le suplicó Ashley.

–Nosotros no tenemos saco de dormir, cariño.

–Eso no es problema –dijo Annie–. Puede usar el mío. Chase lo traerá cuando vaya a buscar el de Roberta.

–Bueno, entonces no tengo más remedio que decir que sí.

El permiso fue recompensado con un abrazo, por supuesto.

–¡Yupi! –gritó Nicky–. Venga, vamos a terminar de ver la película.

«Yupi» expresaba perfectamente lo que Jeff sentía porque eso significaba que esa noche estarían solos.

Nervioso, ayudó a quitar la mesa y meter los platos en el lavavajillas. La necesidad de moverse era urgente mientras esperaba que su corazón volviese al ritmo normal.

Poco después, los hombres se reunieron con él en la cocina.

–¿Recuerdas que me debes un favor? –le preguntó Chase.

–Sí, claro.

–Pues me temo que esta noche tendrás que quedarte de guardia.

–Hay varios forestales de vacaciones y andamos cortos de personal –añadió Rossiter.

Jeff se llevó tal desilusión que no sabía qué decir. Él había pensado que estaría solo con Gabi esa noche…

Pero, de repente, tanto Chase como Rossiter soltaron una carcajada.

–Es una broma, hombre. Deberías haber visto tu cara.

Seguramente fue la primera vez en su vida que Jeff se ruborizó.

–¿Se puede saber qué pasa? –preguntó Rachel, que acababa de entrar en la cocina con Gabi y Annie.

–Nada, nada, una broma privada.

–Si esa broma significa que todo está en el lavavajillas, no pienso quejarme.

–Se está haciendo tarde, voy a buscar los sacos de dormir –dijo Chase–. Vuelvo enseguida –añadió, después de darle un beso a su mujer.

Jeff se volvió hacia Gabi, que estaba muy callada.

–¿Por qué no te despides de Ashley? Te espero en el coche.

CAPÍTULO 8

GABI sentía la mirada de Jeff clavada en su espalda mientras entraban en la cocina de su casa.

–Has venido muy callada todo el camino. ¿Crees que Ashley te llamará para pedirte que vayas a buscarla?

–No –respondió ella–. La verdad, lo que temo es que no me llame.

–¿Te apetece un café? –le preguntó Jeff.

–No, gracias.

–¿Es la primera vez que Ashley duerme fuera de casa?

–Sí.

–Si quieres, puedes quedarte a dormir allí con ella. Estoy seguro de que a los Rossiter no les importará.

–No, no. Ashley ha dado un paso adelante esta noche y es bueno para ella.

–Desgraciadamente, su madre es quien sufre por la separación –dijo Jeff–. Y es comprensible. Ashley ha sido todo tu mundo durante estos años. Ven, vamos al cuarto de estar.

Gabi se sentó en uno de los sillones mientras Jeff permanecía de pie, tomando su café. Después de tantos años separados, le resultaba increíble que estuvieran juntos.

–Has encontrado un refugio en Yosemite, ¿verdad? –le preguntó Gabi.

–Algo así.

–¿Cómo terminaste aquí?

–Es una historia muy larga.

Gabi apartó una imaginaria pelusa de su brazo.

–Llevas días escuchando mis problemas, pero también a mí me gustaría saber algo de tu vida –le dijo.

–Trabajé en Hollywood como especialista, sobre todo haciendo acrobacias en la moto.

–¿En serio?

–Con ese dinero me pagué la carrera. Estudié Ingeniería de caminos.

–¡Entonces lo hiciste!

Él asintió con la cabeza.

–Pero nunca abrí mi propia empresa de construcción.

Era demasiado complicado.

–Yo sabía que eras un motorista estupendo, así que entiendo que te contratasen –dijo Gabi–. ¿Cuándo te casaste? –le preguntó, después de una pausa.

–Durante el segundo año de universidad. Pero al final de ese año nos divorciamos.

–Ah, vaya.

–Trabajé como especialista durante cinco años y en una ocasión fuimos a rodar a North Fork, a noventa kilómetros de aquí. Estuvimos rodando una semana y todas las noches venía al parque. Acabé enamorándome de este sitio.

–Entiendo por qué –dijo Gabi–. Ashley también está enamorada.

Él dejó su taza de café sobre la mesa y se sentó en el sofá, estirando las piernas.

–Después de charlar con algunos forestales, decidí dejar mi trabajo como especialista y me fui a Georgia al campo de entrenamiento.

–Entonces, fue amor a primera vista –dijo Gabi.

–No sabes cuánto. Trabajé durante dos años en dos parques diferentes, pero lo que quería era venir a Yosemite. Un día, por fin, había una plaza vacante y la solicité.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí?

–Seis años –respondió Jeff, mirándola a los ojos–. En cierto modo, nuestras vidas han corrido en paralelo. Yo también estuve casado menos de un año.

–¿Cómo conociste a tu mujer?

–El padre de Fran tiene una compañía que construye decorados para cine y cuando no estaba en la facultad, Fran lo ayudaba en la oficina. Empezamos a salir juntos y acabamos casándonos. Fran es una persona encantadora, pero me temo que éramos demasiado diferentes y el

matrimonio no funcionó.

Gabi notó que hablaba de ella con afecto.

–Lo siento mucho. ¿También a ella le gustaban las motos?

–No, no. A veces la llevaba a dar una vuelta en la mía, pero su verdadero interés era el cine. Ahora trabaja en Pacific Pictures –Jeff sonrió–. Bueno, dime en qué trabajaste tú cuando te fuiste de casa de Bev.

Evidentemente, quería cambar de tema. Tal vez todavía le dolía hablar de su divorcio.

–Gracias a tu madre me encanta cocinar y me contrataron en una empresa de catering de Los Ángeles.

Él asintió con la cabeza.

–¿Y cómo conociste a tu exmarido?

–En una boda. Ryan era uno de los invitados.

–¿Fue amor a primera vista?

Le había hecho la pregunta que ella había querido hacerle sobre Fran.

–Creo que eso solo pasa cuando eres muy joven, ¿no? Ryan era atractivo y simpático. No podía imaginar que cambiaría tanto en unos meses.

Hablar de él la incomodaba, de modo que se levantó, pero Jeff se levantó también.

–No quería disgustarte, Gabi. Solo quería saber qué habías hecho durante todos estos años.

–Yo también –admitió ella–. Pero es muy tarde y tienes que ir a trabajar por la mañana.

–No te vayas todavía –le rogó Jeff. Estaban muy cerca y sintió el calor de su cuerpo mientras la tomaba por la cintura–. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos besamos y tengo que besarte otra vez. Necesito besarte, por los viejos tiempos.

–¡Jeff! –exclamó Gabi mientras él inclinaba la cabeza para buscar sus labios.

Habían pasado catorce años, pero su cuerpo parecía reconocerlo por instinto y la empujaba hacia él. Y ya no la besaba como un adolescente. Estaba besándola como un hombre, con un deseo y una urgencia que la hizo olvidarse de todo.

–Siempre me has parecido preciosa –dijo con voz ronca mientras besaba su cara, su cuello, su garganta.

Empujada por un ansia contenida durante años, Gabi hizo lo mismo, besando el hoyuelo en su barbilla antes de buscar su boca.

Terminaron abrazados sobre el sofá y Gabi sintió que tiraba suavemente de sus rizos como solía hacer en el pasado. Los recuerdos eran tan dulces que dejó escapar un gemido de placer mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

–¿Qué ocurre? –preguntó él–. ¿Por qué lloras?

–Es por la emoción. Siento como si estuviera a punto de explotar.

–Pues eso no puede ser –Jeff sonrió–. Imagina lo que diría Nicky.

Gabi soltó una risita.

–¿Qué te parece si dormimos abrazados? Solo eso, Gabi.

Era el momento de ser sincera, pensó ella.

–Necesito que me abraces para creer que de verdad hemos vuelto a encontrarnos.

Jeff le robó un beso antes de estrecharla entre sus brazos.

–¿Sabes cuántas veces he soñado con pasar una noche contigo? –susurró, acariciando su espalda.

–No quiero pensar en los viejos tiempos. Es demasiado doloroso.

–Entonces, no lo haremos. Nos concentraremos en el presente y aprovecharemos el tiempo que estés aquí.

«El tiempo que estés aquí».

Esas palabras se repetían en la cabeza de Gabi. Los recuerdos del pasado era lo único que Jeff podía ofrecerle, nada más. ¿Qué podía esperar cuando intuía que podría no haber superado su divorcio? ¿Habría sido su mujer quien le dijo adiós? No, imposible.

Tal vez no podían vivir el uno con el otro… o sin el otro. Fuera lo que fuera, algo había impedido que Jeff volviera a casarse desde entonces.

«Aprovecha esta noche, Gabi».

Sería la única noche sin Ashley, de modo que aprovecharía ese regalo y se quedaría entre sus brazos hasta que amaneciese.

–No me moveré si tú no lo haces.

–No pienso ir a ningún sitio a menos que haya una emergencia.

Sabiendo en su corazón que Jeff no intentaría propasarse, Gabi apoyó la cabeza en su pecho.

–Tengo tantas preguntas que hacerte que no sé por dónde empezar. ¿Qué películas hiciste?

Jeff nombró media docena de títulos.

–¡He visto muchas de ellas! No puedo creer que no te reconociera.

–Bueno, en general llevaba un casco –bromeó Jeff–. Pero cada vez que estrenaban una película, yo me preguntaba si tú la verías –le dijo al oído.

–Cuando vuelva a Rosemead, las alquilaré todas –replicó Gabi–. ¿Cómo era ese trabajo?

–Divertido y emocionante. A veces, trabajaba catorce horas o más en situaciones complicadas.

–¿Por ejemplo?

–Sumergido en el agua, bajo tormentas de nieve o en el desierto.

–¿Y ganabas mucho dinero?

–Sí, la verdad es que sí.

–Pero arriesgabas tu vida.

Jeff le dio un beso en el cuello, haciendo que Gabi sintiera un escalofrío.

–Deberías haber sido mi representante.

–¿Tenías uno?

–Sí, claro, Arnie Freeman.

–He oído hablar de él.

–Es un pesado, pero es muy bueno. Necesitaba que él negociase los contratos porque entonces yo estaba en la universidad y tenía que hacer las dos cosas a la vez.

Gabi tomó su cara entre las manos.

–¿Hiciste muchas cosas peligrosas?

Él beso su mano.

–Sí, muchas escenas con pirotecnia. Se tarda muchas horas en montar las cargas para las escenas de explosiones. Hay que tomar medidas con mucho cuidado y construir rampas y barreras de seguridad por si hubiera accidentes. Todas mis escenas tenían que ser ensayadas, pero sin los factores de riesgo.

–Suena muy peligroso.

–Lo difícil era filmar con varias cámaras o repetir las escenas porque algo no había salido bien. Si una persecución termina con una explosión, por ejemplo, repetirlo era muy costoso. Por eso el equipo siempre quería tenerlo todo concienzudamente preparado para rodarlo a la primera.

–Tuviste suerte de dejar ese trabajo antes de tener un grave accidente.

–Esa era la idea –dijo Jeff–. Invertí bien lo que había ganado y después de eso pude dedicarme a lo que quería hacer de verdad. Como sabes, una persona no se hace forestal para ganar dinero.

–Tampoco los profesores –asintió Gabi–. Pero como tú, también yo adoro mi trabajo. Ashley va al colegio conmigo, así que comemos juntas y nos vamos a casa juntas. Es maravilloso.

–Ella es una niña maravillosa.

–Yo también lo creo, pero tengo tanto miedo ahora que Ryan ha vuelto… –Gabi se apretó contra él instintivamente y Jeff la envolvió en sus brazos.

–¿Confías en tu abogado?

–Sí.

–Entonces no debes preocuparte. Tú estás de vacaciones y, con Ashley y contigo aquí, también yo siento que estoy de vacaciones. Vamos a pasarlo bien, ¿qué te parece?

–Eres una persona especial, Jeff –dijo ella, con los ojos empañados.

–¿Por qué lloras?

–Porque sé que esta felicidad no puede durar –respondió Gabi–. Abrázame, Jeff.

–No tenía pensado soltarte.

Gabi cerró los ojos y, poco a poco, se quedó dormida.

Cuando los abrió de nuevo, el sol entraba por la ventana y estaba sola en el sofá, con una manta por encima.

Jeff la había hecho sentir tan segura que ni siquiera lo había oído marcharse. ¿Y si Rachel había llamado porque Ashley quería hablar con ella?

Antes de hacer nada, Gabi corrió a la cocina. Al lado de la agenda con los números de teléfono había una nota escrita por Jeff, con una llave encima.

Hola, Gabi, buenos días.

No sé si tú habrás dormido bien, pero yo he dormido mejor que nunca. Sergei y yo vamos a comprobar el estado de algunos campings. Si quieres ir a algún sitio, usa el Volvo, el tanque está lleno. Pásalo bien, te llamaré más tarde.

Ah, esta noche cenaremos en el Ahwahnee. A Ashley le encantará.

La euforia hizo que Gabi apretase la nota contra su pecho antes de llamar a los Rossiter.

–Siento llamar tan tarde… no puedo creer que haya dormido de un tirón. ¿Cómo está Ashley?

–Los niños lo pasaron de miedo anoche –respondió Rachel–. Y esta mañana, después de desayunar, se han ido a casa de Annie.

–Muchas gracias por todo, de verdad. ¿Qué tal si mañana me quedo con

Parker para que tú puedas ir de compras o lo que te apetezca? Yo sé lo que es estar con un bebé día y noche. Necesitas un descanso.

–¿Sabes una cosa? Puede que acepte tu oferta. Por cierto, Chase va a llevar a los niños a montar a caballo esta tarde y dice que puedes ir con ellos.

–Nunca he montado a caballo. Y Ashley tampoco.

–Entonces lo pasará muy bien. Chase es un jinete experto, no te preocupes.

–Estupendo –dijo Gabi–. Dime cómo llegar a la casa de Annie e iré a buscar a Ashley en cuanto me vista.

Después de anotar la dirección, colgó para ir al cuarto de baño. Le gustaría tener un vestido nuevo para esa noche porque estar con Jeff de nuevo la hacía sentirse muy feliz.

Estaba deseando que volviera del trabajo. De hecho, cuanto más lo pensaba, más le apetecía ir al cuartel general a visitarlo.

Cuando estaba secándose el pelo se le ocurrió pensar que estaba repitiendo el patrón de comportamiento de cuando era adolescente, siempre esperando a Jeff. Catorce años después, él seguía siendo el centro del universo.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué había pensado que podía quedarse allí hasta que empezase el colegio? Era una locura.

Antes de ir a casa de los Jarvis llamaría para reservar dos billetes para Los Ángeles el domingo. Aunque Ashley y ella se enfrentaban a un posible peligro en casa, también tendrían que enfrentarse a un gran dolor cuando tuvieran que decirle adiós a Jeff.

Pero se iría el domingo, decidió. Era el fin de las vacaciones en el paraíso. Tenía que serlo.

Mientras Jeff estaba hablando por el móvil con uno de los forestales, Diane asomó la cabeza en su despacho.

–Tienes una visita.

Él asintió con la cabeza, haciéndole un gesto para que hiciese pasar a quien fuera. Pero cuando Gabi entró en el despacho, Jeff estuvo a punto de soltar el teléfono.

Llevaba una blusa de manga corta de color verde y una falda blanca que hacía maravillas por su figura.

Jeff se despidió del forestal y dejó el móvil sobre la mesa.

–¡Qué sorpresa! Siéntate.

–Espero que no te importe que haya venido. Te he traído el almuerzo –dijo Gabi, dejando una bolsa sobre el escritorio.

–Gracias. Es la primera vez que alguien me trae el almuerzo –Jeff se levantó para cerrar la puerta.

Era como en los viejos tiempos, pensó. Nunca les había importado lo que hicieran mientras estuviesen juntos.

–Te portas tan bien con Ashley y conmigo que quería devolverte el favor, aunque no sea mucho.

–¿Dónde está Ashley?

–Chase la ha llevado a montar a caballo con Nicky y Roberta.

–Ah, entonces lo pasará en grande –afirmó Jeff, sacando los sándwiches de tomate y beicon que Gabi había llevado y que siempre habían sido sus favoritos.

–Así que este es tu territorio –murmuró ella, mirando alrededor.

–Sí, ¿qué te parece?

–Está desordenado, como tu antiguo dormitorio.

Jeff soltó una carcajada.

–Ya has conocido a mi secretaria, Diane. Pues está deseando entrar aquí y ordenarlo todo, pero le he dicho que si toca un solo papel está despedida.

–En fin, sé que eres un hombre muy ocupado. ¿Puedo hacer algo por ti antes de irme?

Podía hacer muchas cosas.

–Sí, pasarlo bien.

–Lo estoy pasando bien.

–¿Qué piensas hacer el resto de la tarde?

–La madre de Roberta me ha dicho que debería visitar el museo.

–Buena idea –dijo Jeff–. Yo llegaré a casa a las siete para llevaros a cenar.

–Ashley estará contando las horas.

Y él también.

Las inundaciones habían provocado serios daños en el valle de Yosemite. Jeff había tenido que trabajar muchas horas, confirmando los daños y asignando grupos de trabajo. Pero era viernes por la tarde y estaba libre hasta el domingo por la mañana. Y estaba deseando volver a casa.

Una hora antes había llamado a Gabi para decirle que iría a buscarla a las cinco. Iba a llevarlas a North Fork, donde haría una actuación benéfica al día siguiente y quería comprobar el terreno.

Cuando llegó a casa con Sergei, Ashley estaba sentada en el porche, esperándolo.

–¡Hola, Ash! –la saludó.

Vivir bajo el mismo techo le parecía algo tan natural… Como si llevaran haciéndolo toda la vida.

Desgraciadamente, no había podido volver a compartir cama con Gabi. El deseo estaba ahí, más fuerte que nunca, casi escapando a su control, pero no era el momento.

Debía ser paciente hasta que supiera a qué se enfrentaba con su exmarido. Luego le confesaría lo que sentía por ella y partirían de ahí, porque estaba decidido a que aquella felicidad durase para siempre.

En cuanto Ashley lo vio, corrió hacia la camioneta con una sonrisa en los labios.

–¡Jeff! –gritó, echándose en sus brazos–. He estado esperando y esperando.

Ese abrazo le llegó al corazón. Jeff adoraba a aquella niña casi tanto como a su madre.

Pero Sergei empezó a emitir unos extraños bufidos.

–Creo que está celoso –bromeó Jeff, dándole un beso en la mejilla–. Vamos a buscar a tu mamá.

–Estoy aquí –dijo Gabi desde el porche.

Sí, allí estaba. Increíblemente guapa con una blusa de color fresa y unos vaqueros. Aunque siempre vestía discretamente, era imposible esconder sus curvas. Con el pelo negro y la piel clara, cualquier color le quedaba bien, pero debía admitir que el rosa y el rojo eran sus favoritos.

Mientras Ashley jugaba con Sergei, Jeff subió los escalones del porche. El perfume de Gabi llegaba a él como si tuviera vida propia.

–¿Ha llamado Bev?

–No.

–Me alegro –dijo Jeff, mirándola a los ojos. Los puntitos de color malva parecían más visibles aquel día, tal vez por el contraste con la blusa–. Parece que Ryan ha decidido obedecer las instrucciones de su abogado, de modo que puedes relajarte.

–Estoy relajada.

–No del todo. Pero tengo un fin de semana planeado que te hará olvidar todas tus preocupaciones.

–¿Ah, sí?

–Solo tengo que cargar la moto en la parte trasera de la camioneta y nos

pondremos en marcha.

–¿Puedo ayudar?

–Si quieres abrir la puerta del garaje… Pero antes tengo que quitarme el uniforme y darme una ducha.

Diez minutos después, con la moto en la parte trasera de la camioneta, se detuvo en casa de Chase.

–¿Por qué paramos aquí?

–Roberta va a quedarse con Sergei hasta el domingo por la mañana.

–¿Y eso? –preguntó Ashley.

–Porque voy a participar en un pequeño espectáculo. Si no, lo llevaríamos con nosotros.

–Ah, vaya, voy a echarlo de menos.

–Él también te echará de menos a ti –dijo Jeff.

Roberta, que esperaba en la puerta, tomó la correa de Sergei.

–Ojalá pudiéramos ir a verte montar en moto, pero mi padre dice que alguien tiene que quedarse defendiendo el fuerte.

Jeff soltó una carcajada.

–Y tiene razón. Nos veremos el domingo por la mañana.

–Cuidaré muy bien de Sergei.

–Estoy seguro –Jeff revolvió su pelo antes de volver a subir a la camioneta.

–¡Adiós, Roberta! –se despidió Ashley, sacando una mano por la ventanilla.

–Que lo paséis bien.

–Nicky quería ir con nosotros a North Fork, pero su madre dijo que tenían otros planes.

–¿A que no sabéis dónde vamos a cenar? –preguntó Jeff –¿A Burger King? –sugirió Ashley.

–No, vamos a comer pescado. ¿Y a que no sabéis cómo se llama el restaurante?

–No. ¿Cómo se llama?

–Don Cangrejo.

–¡No es verdad! –Ashley soltó una carcajada–. Bob Esponja no es de verdad.

–En serio, se llama así. Si estoy diciendo la verdad, las dos tendréis que hacerme un regalo.

–¿Qué tipo de regalo? –preguntó Gabi.

–No lo sé, ya lo decidiré –respondió él, con una sonrisa burlona.

Gabi miró por la ventanilla, sonriendo. Sabía muy bien qué clase de regalo esperaba. La tensión sexual ente ellos había sido aumentando desde el primer día.

Fueron cantando canciones y contando historias por el camino y llegaron a North Fork a las siete y media. La ciudad estaba llenándose de gente que había acudido a disfrutar del espectáculo benéfico y Jeff sonrió mientras detenía la camioneta frente a un restaurante.

–¿Qué dice el cartel?

–Don Cangrejo –leyó Ashley–. El restaurante se llama Don Cangrejo de verdad.

Gabi sacudió la cabeza.

–No me lo puedo creer.

–Tienen un pescado estupendo, pero también se pueden comer otras cosas. Venga, vamos –dijo Jeff–. Tengo tanta hambre que podría comerme dos docenas de cangrejos.

Ashley tomó su mano.

–No es verdad. ¿Verdad que no, mamá?

–Como nos hemos equivocado sobre el nombre del restaurante, no pienso decir nada –bromeó Gabi.

Cuando salían del abarrotado restaurante una hora después, una joven llamó a Jeff. Era Denise, la rubia a la que había pensado invitar a cenar. Pero se había olvidado por completo de ella desde que vio a Gabi en el parque.

–Hola, Denise. ¿Cómo te va?

–Bien, gracias. Todo el mundo está deseando ver tu espectáculo mañana.

–Espero que no se lleven una desilusión.

–Claro que no. ¿Lo has visto montar en moto? –le preguntó a Gabi.

–Hace muchos años. Y ya entonces dejaba a todo el mundo boquiabierto.

–En fin, buena suerte.

–Gracias, Denise.

Poco después llegaban al hotel que él había reservado con un año de antelación para el espectáculo. La suite tenía dos camas de matrimonio y, anticipando la sorpresa de Gabi al darse cuenta de que iban a compartir habitación, Jeff se dirigió a Ashley y le dijo que iban a llevar una cama plegable.

–¿Puedo dormir en ella? –preguntó Ashley.

–Eso depende de tu mamá.

Dormir bajo el mismo techo, pero en distinta habitación era una cosa, dormir en la misma habitación que Jeff, otra muy diferente. Pero Gabi se dio cuenta de que no podía hacer nada. Era como si se hubieran convertido en una familia y pensar que el domingo tendrían que despedirse de él le rompía el corazón. Y su hija…

Rachel le había contado que tuvo que llevar a Nicky a un psicólogo infantil cuando sus padres murieron y de nuevo cuando volvió a Florida después de pasar una temporada en Yosemite. La tristeza del niño solo desapareció cuando volvieron al parque y Rachel se casó con Vance.

Su situación no era la misma, pero Gabi temía que la reacción de su hija sí lo fuera.

Estaba claro que Jeff prefería ser soltero. Evidentemente, podría salir con mucha mujeres y la rubia que le había presentado en la puerta del restaurante se sentía atraída por él, eso estaba claro. Y luego estaba la forestal Davis que, según Nicky, quería mucho a Jeff.

Al contrario que Vance, cuya primera esposa había muerto, Jeff tenía una exesposa. Dos días antes, cuando Gabi estaba cuidando de Parker Rossiter y los demás niños, su exmujer, Fran, había dejado un mensaje diciendo que la llamase.

Cuando volvió del trabajo, Gabi se lo contó y Jeff le dio las gracias, pero no dijo nada más antes de entrar a su dormitorio.

La mayoría de las parejas divorciadas no volvían a verse a menos que fuera necesario. Y Gabi pensó que, por alguna razón, Jeff no era capaz de olvidar a su exmujer.

No habría un final feliz para ella en Yosemite y temía que su hija sufriera cuando se fuesen de allí. Que Ashley tuviese que lidiar con la posibilidad de que su padre biológico consiguiera la custodia compartida era una complicación más porque su hija adoraba Jeff. Y nadie lo entendía mejor que ella, que lo había amado cuando era adolescente y seguía amándolo.

Estaba dándole vueltas a todos esos pensamientos cuando llevaron la cama plegable. Mientras ella la abría y la colocaba a los pies de una de las camas, Jeff entró en la habitación con las maletas y con su equipo, que Ashley observaba, fascinada.

Con increíble paciencia, él le explicó para qué servía la chaqueta de

cuero con almohadillas en los codos y los hombros, los guantes de kevlar y el casco.

–¡Póntelo todo! –le suplicó la niña.

–¿En serio?

–Sí –respondió Gabi, esperando que no hubiese notado el temblor en su voz. Hacía tanto tiempo que no lo veía vestido de motero…

Cuando lo hizo, Ashley lanzó una exclamación.

–¡Ya no pareces un guardabosques!

–¿Y qué parezco ahora?

–No sé, das miedo.

–¿Eso significa que no vais a darme mis regalos?

–¿Qué regalo quieres?

–Un beso.

Ashley soltó una risita cuando Jeff levantó el protector del casco para poner la cara.

A Gabi le fallaron las piernas, pero Ashley, por supuesto, se echó en sus brazos.

–Ahora te toca a ti, mamá.

–Pero es que da miedo.

–No es verdad –su hija rio, como si fuera completamente absurdo.

No, no daba miedo, pero Gabi lo tenía y Jeff lo sabía. Y lo estaba pasando en grande.

Los ojos pardos se clavaron en los suyos, brillando misteriosamente. Su corazón latía con fuerza mientras se acercaba para darle un beso en la mejilla… pero él giró la cara en el último momento para buscar sus labios.

Y luego la estrechó entre sus brazos para besarla apasionadamente, sin importarle que Ashley estuviese mirando.

El corazón de Gabi latía con tal violencia que temió que lo notase a través de la chaqueta.

–¡Eso sí ha sido un regalo! –exclamó Jeff, guiñándole un ojo a Ashley.

Pero en lugar de reír, la niña preguntó:

–¿Estás enamorado de mi mamá?

Gabi esperó, conteniendo el aliento.

–¿Tú qué crees? –preguntó él, mientras se quitaba el casco.

–Nicky dice que su padre besa a su madre porque está enamorado de ella.

–Pues ahí está la respuesta.

–Ojalá fueras mi papá… y Nicky piensa lo mismo. Así podríamos vivir

todos juntos en el parque.

Asustada por la dirección que había tomado la conversación, Gabi empezó a abrir su maleta.

–¿Sabes una cosa, cariño? Es hora de irse a la cama. Venga, vamos a cepillarnos los dientes.

Jeff estaba mirándola mientras se quitaba la chaqueta. Ashley lo había puesto en un aprieto, pero tenía que saber que ocurriría algo así si la besaba delante de su hija como si fuera su último día en la tierra.

Y estaba enfadada con él. Jeff sabía lo impresionable que era Ashley.

Cuando salieron del cuarto de baño, Jeff se había metido en la cama y había encendido la televisión para ver las noticias.

–Buenas noches, cariño. Que duermas bien.

–Nicky tiene miedo –dijo Ashley en voz baja, mientras se tumbaba en la cama plegable.

–¿De qué?

–De que Jeff se case con la forestal Davis.

Nicky Rossiter era un niño con muchas opiniones, evidentemente.

–Me temo que se preocupa demasiado.

De repente, la televisión se apagó. Jeff había saltado de la cama para ir al baño.

–¿Qué estáis cuchicheando?

–Cosas de chicas –respondió Gabi, antes de que Ashley empeorase la situación.

–¿No vas a darme una pista, Ash?

–Estábamos hablando de la forestal Davis.

–¡Ashley!

–¿La conoces?

–Sí.

–Es muy simpática, ¿verdad?

–Sí, pero Nicky dice que a lo mejor te casas con ella.

–No, imposible –respondió Jeff–. Puedes decirle que no es verdad.

–Lo haré.

–Buenas noches, Ashley. Sueña con los angelitos.

–Buenas noches. Soñaré con los pájaros carpinteros –bromeó la niña.

Riendo, Jeff cerró la puerta del baño.

Había escuchado la conversación, estaba claro. Y a Gabi le gustaría saber qué estaba pensando y cuáles eran sus planes.

Cuando por fin salió del baño, le hizo un gesto con la mano.

–Tenemos que hablar en privado.

–Estoy de acuerdo, pero necesito concentrarme en mi actuación de mañana. Como estas aquí con Ashley, quiero hacerlo mejor que nunca.

–Como si fueras a hacerlo mal…

–Ah, me alegra oír eso.

Gabi tragó saliva.

–El espectáculo es por una buena causa. ¿Cómo te involucraste en ello?

–El hermano del forestal King era bombero y murió junto con otros tres en un incendio en Yosemite. Ocurrió durante mi primer año en el parque.

–Qué horror.

–Todo el mundo quería ayudar a las familias de las víctimas y se me ocurrió hacer este espectáculo todos los años para recaudar fondos.

–Como he dicho más de una vez, eres una persona estupenda. ¿Tu padre sabe lo que haces?

–Sí, pero a él nunca le han gustado las motos.

–A veces es difícil ser padre. Se quiere demasiado a los hijos.

–Sí, supongo que tienes razón –dijo Jeff–. Después de la actuación encontraremos algo para que Ashley esté ocupada mientras tú y yo charlamos, ¿te parece?

–Sí, bueno…

–¿Te he dicho lo bien que lo estoy pasando? En caso de que aún no te hayas dado cuenta, me encanta tu hija. Y a Sergei también.

–Ella lo adora.

–Todos los niños lo adoran. Cal y Alex volverán el domingo por la noche y me temo que se van a quedar de piedra cuando vean cuánto ha cambiado. El pobre Sergei tardará algún tiempo en interesarse de nuevo por los osos.

Gabi tardaría un año en hacer que Ashley olvidase a Jeff. Y en cuanto a ella misma… no quería ni pensarlo.

–Gracias por ser tan bueno con nosotras.

–¿Aunque estés enfadada conmigo?

–Yo no he dicho eso.

–No tienes que hacerlo –dijo Jeff–. Pero recuerda una cosa: Ashley y tú estáis a salvo conmigo hasta que sepamos qué ha dicho el juez el lunes. Eso lo decidirá todo.

–Sí, lo sé.

–Buenas noches, Gabi.

–Buenas noches.

CAPÍTULO 9

GABI condujo la camioneta hasta el recinto al aire libre en el que Jeff iba a hacer su actuación.

Después de aparcar, Ashley y ella fueron caminando hacia las gradas y acababan de encontrar un sitio libre cuando el presentador se colocó frente al micrófono:

–¡Señoras y señores! Bienvenidos al evento a beneficio de las familias de los bomberos fallecidos en Madera County. Nos sentimos orgullosos de darle la bienvenida por sexto año consecutivo al antiguo especialista de Hollywood, Jeff Thompson. Todos lo hemos visto en las películas de Hollywood… –el hombre tuvo que hacer una pausa cuando el público empezó a aplaudir–. Los turistas que han venido por primera vez no sabrán que ahora es guardia forestal del parque de Yosemite. ¡Este hombre que desafía a la muerte, y que nos da lo mejor de sí mismo cada año con objeto de recaudar fondos para las familias de los bomberos hará acrobacias a las que solo se atreven los grandes profesionales y terminará haciendo un salto de ochenta metros para caer sobre una rampa!

El público aplaudió, deseando que empezase el espectáculo. Aparte del equipo y los mecánicos que trabajaban con él, Gabi vio varios camiones de bomberos, coches de policía y ambulancias.

Y ver eso hizo que no pudiese aplaudir. Lo que Jeff iba a hacer era desafiar a la muerte.

Un solo error y podría resultar gravemente herido… o algo peor.

Esa mañana, después de desayunar tortitas, habían ido a una exposición de motos antiguas. Jeff lo sabía todo sobre los modelos y su historia y

Ashley y Gabi lo escuchaban, fascinadas.

Después de comer habían ido a visitar el museo indio de Sierra Mono y Jeff las había dejado allí para practicar un rato antes de que empezase el espectáculo.

Y ahora que estaba a punto de empezar, Gabi tenía el estómago encogido.

–Lo oigo llegar, mami –dijo Ashley, que no podía permanecer sentada.

De repente, Jeff apareció sobre su moto como un cohete y Gabi se quedó sin aire al verlo dar vueltas sobre una especie de montaña rusa en miniatura antes de aterrizar perfectamente en el suelo.

El público se volvió loco y mucha gente se levantó para aplaudir mientras él hacía caballitos.

Ashley estaba como hipnotizada. Y Gabi también.

Jeff siempre había sido valiente, pero nunca más que en aquel momento. Hacía una acrobacia tras otra y cada vez que empezaba una nueva maniobra, el público se quedaba en total silencio… para aplaudir a rabiar cuando cada reto era superado.

Gabi tenía miedo, pero también se sentía orgullosa. No solo por su habilidad sobre la moto sino por su carácter, por su generosa naturaleza. Jeff estaba arriesgando su vida en un espectáculo benéfico con objeto de recaudar fondos para unas personas a las que apenas conocía.

Cuando estaba a punto de terminar, Gabi empezó a relajarse. Había hecho sus acrobacias y, como final, hizo una serie de derrapes que el público recibió con una gran ovación.

Derrapaba a derecha e izquierda, quemando el caucho de los neumáticos mientras el motor rugía y Ashley se tapó las orejas con las manos.

De repente, el cuerpo de Jeff fue lanzado por el aire y la multitud contuvo el aliento. Al principio, Gabi pensó que era una acrobacia más… hasta que vio a los mecánicos correr hacia él.

–¡Jeff! –gritó, angustiada.

Tomando a Ashley de la mano, saltó de las gradas y corrió hacia él.

–Señoras y señores –anunció el presentador–. Como pueden ver, ha habido un desafortunado accidente. Por favor, quédense en sus asientos para facilitar el trabajo de los médicos.

Gabi no hizo caso de la orden y siguió adelante, pero un policía la detuvo.

–¡Por favor! –le suplicó–. He venido con él. Tengo que verlo.

–¿Es usted un familiar?

–No.

–Entonces, lo siento.

Ashley estaba llorando.

–¿Se va a morir, mamá?

–No, claro que no, cariño –Gabi tomó a la niña en brazos, apartando su cara para que no pudiese ver el recinto–. Solo ha tenido un pequeño accidente. Tenemos que esperar a que se levante.

–¿Y si no se levanta?

–Jeff solía hacer esto en las películas, era un especialista. Siempre se levanta –respondió Gabi, rezando para que fuese cierto–. Ya lo verás.

«Por favor, Dios mío, que no sea nada».

Había tanta gente a su alrededor que no podía ver lo que estaba pasando. Se alegraba por Ashley, pero el tormento de no saber en qué condiciones estaba Jeff era insoportable.

–Al menos, dígame si está consciente –le rogó al policía.

–Espere un momento, señora –el hombre desapareció y volvió cuando una de las ambulancias se alejaba a toda velocidad–. Lo único que puedo decirle es que está vivo. Ahora van a trasladarlo al hospital.

–¿A qué hospital?

–Al hospital regional de Fresno.

–Gracias.

«Sigue vivo, Jeff. Sigue vivo, cariño».

–¿Jeff está bien, mamá?

–Claro que sí, cariño. Vamos al hotel a buscar nuestras cosas y luego iremos a verlo al hospital.

Cuando iban de camino a Fresno, Gabi conectó el manos libres para llamar al cuartel general de los forestales y le pidió a Diane que le pasara con Rossiter, Chase o Jarvis.

–¿Qué ocurre, Gabi? –contestó Chase.

–Jeff ha tenido un accidente. Ashley y yo vamos hacia el hospital… llegaremos en cuarenta minutos.

–¿A qué hospital lo han llevado?

–Un policía me ha dicho que era el hospital regional de Fresno.

–Vamos para allá –se apresuró a decir Chase–. Tranquila, Gabi, seguro que no le pasará nada. Jeff es de acero.

–Eso espero –murmuró ella.

–¿Jeff se va a poner bien? –le preguntó su hija, con voz temblorosa.

–Seguro que sí. Pero tenemos que rezar para que así sea.

–¿Ahora mismo?

–Sí, cariño, eso ayudará a Jeff.

–Tiene que ponerse bien, mamá. Yo le quiero mucho.

«Yo también, yo también».

Aunque no era un viaje largo, a Gabi le pareció una eternidad hasta que por fin vio la entrada de Urgencias del hospital. Chance y Vance, todavía de uniforme, entraron casi al mismo tiempo, de modo que debían de haber ido en el helicóptero del parque.

Vance tomó a Ashley en brazos y la niña lo miró con los ojos llorosos.

–¿Nicky sabe que Jeff está en el hospital? –preguntó Ashley.

–Todo el mundo lo sabe y están rezando por él.

–Nosotras hemos rezado en el coche. ¿A que sí, mami?

Su hija había rezado con tanta devoción que se le había hecho un nudo en la garganta.

–Sí, cariño –Gabi miró a Chase–. ¿Sabéis algo?

–Hemos llamado mientras veníamos y nos han dicho que sufre una conmoción, así que tienen que hacerle un escáner y no sé qué más. ¿Por qué no nos sentamos un rato?

–Ashley y yo vamos a comprar refrescos para todos –dijo Vance–. ¿Qué quieres tomar, Gabi?

–Una Coca-Cola.

–Yo también –dijo Chase.

Cuando se alejaron, Gabi enterró la cara entre las manos.

–Ha sido horrible. El espectáculo estaba a punto de terminar y, de repente, Jeff salió volando por el aire.

Él le pasó un brazo por los hombros.

–Se pondrá bien. Está consciente, de modo que no debes preocuparte.

–Yo estoy bien, pero que Ashley lo haya visto…

–No podemos evitar que nuestros hijos sufran. Además, los niños son muy fuertes. Yo aún tengo cicatrices de un accidente que tuve cuando estaba en la Armada y me daba pánico pensar lo que diría Roberta cuando las viera. Pero un día en la piscina las miró y me preguntó: ¿te duelen mucho, papá? Cuando le dije que no, me abrazó y eso fue todo.

Gabi dejó escapar un suspiro.

–Yo doy clases a niños nueve meses al año y sé que son muy fuertes. Somos los adultos los que tenemos problemas.

–Toma, mamá –Ashley había vuelto y, después de ofrecerle una lata de

refresco, se sentó a su lado.

–Gracias, cielo.

–Si quieres ir a preguntar si hay alguna noticia, Chase y yo nos quedaremos con Ashley –sugirió Vance.

–Sí, por favor –dijo Gabi–. Vuelvo enseguida, cariño.

–¿Yo también puedo ir a ver a Jeff?

–No voy a verlo, solo voy a hablar con el médico. ¿Me sujetas la lata?

–Sí.

–Gracias –Gabi le dio un beso antes de alejarse por el pasillo.

La enfermera de triaje le dijo que todavía estaban haciéndole pruebas, pero que podía esperar en el cubículo número cinco, que era donde le llevarían después.

Pero cuando apartó la cortina, descubrió a una guapísima rubia con vaqueros de diseño y camiseta azul.

–Ah, perdone, la enfermera me ha dicho que esperase aquí, pero he debido equivocarme. Venía a ver a Jeff Thompson…

La mujer tenía los ojos enrojecidos, de modo que había estado llorando.

–No se ha equivocado. Soy Fran Thompson, la exmujer de Jeff.

Gabi se quedó helada.

–Yo soy Gabi Rafferty, una vieja amiga que está de visita en el parque. He venido con mi hija.

–¿Has visto la actuación?

–Sí, fuimos con Jeff y… vimos el accidente.

–Yo también –Fran suspiró–. Llevo años diciéndole que está jugando con la muerte, pero nunca ha querido hacerme caso.

¿Sería esa la razón por la que su matrimonio se había roto? ¿Porque no podía soportar que arriesgase su vida?

–¿Sabes cómo está?

–Vine en el helicóptero con él –respondió Fran.

El policía no había dejado que ella se acercase, pero Fran era su exmujer…

–Uno de los médicos ha dicho que podría tener una clavícula rota y conmoción cerebral, pero no muy severa porque afortunadamente llevaba el casco.

Gabi contuvo un gemido.

–Dios mío.

–Puede que tengan que operarlo y, en ese caso, tendría que quedarse unos días en el hospital. En fin, de todas formas tendrá que quedarse.

–Sí, claro.

–Siempre vengo a ver su actuación –siguió Fran–. La empresa de mi padre aporta un donativo para la causa y yo también.

–Ah –Gabi no salía de su asombro.

–Jeff necesitará alguien que lo atienda en su casa durante unos días, así que le he dicho que lo llevaría al parque en cuanto le dieran el alta.

–Supongo que habrá sido uno alivio para él.

–Jeff haría lo mismo por mí. Mi padre sufrió un infarto el año pasado y no sé cómo lo habría superado sin él –dijo Fran–. Lo que espero es que este accidente lo convenza de que debe dejar de hacer esas barbaridades. Trabajar como guardia forestal ya es bastante peligroso.

–Sí, imagino que sí –asintió Gabi, tan dolida que no sabía qué decir.

–Cuando le dispararon hace unos años casi me dio un ataque. Afortunadamente, la bala solo le rozó el muslo.

–¿Qué?

–Por supuesto, se negaba a dejar que lo ayudase e iba cojeando de un lado a otro, sin usar las muletas siquiera. Me volvió loca, pero siempre lo querré.

La emoción que había en su voz lo decía todo.

–Algunos hombres son demasiado independientes.

–Desde luego. ¿Tu marido también es así?

–No, él tiene otros problemas –Gabi no se molestó en contarle la verdad porque no podía seguir hablando–. Perdona, tengo que volver a la sala de espera… mi hija está allí. Cuando bajen a Jeff, dile que Ashley y yo hemos venido a verlo y que esperamos que se recupere enseguida.

–Lo haré. ¿Cómo has dicho que te llamas?

–Gabi –respondió ella–. Encantada de conocerte, Fran.

–Lo mismo digo.

Gabi salió de allí intentando contener su angustia. Necesitaba tiempo para ordenar sus pensamientos antes de enfrentarse con Ashley y los demás.

Fuera cual fuera la relación de Jeff con Fran, estaba claro que había un fuerte lazo entre ellos. Fran no había reconocido su nombre y eso significaba que Jeff no le había hablado de ella. Hasta que se encontraron en el parque, había estado muerta para él.

Una cosa era segura: se alegraba de haber conocido a Fran porque su presencia había sido como un jarro de agua fría, recordándole que también ella tenía algo que solucionar con su ex, un hombre a quien no le importaba

a quién hiciera daño con tal de salirse con la suya.

Mientras Fran cuidaba de Jeff, ella volvería a Rosemead para lidiar con sus propios problemas, decidió.

Respirando profundamente para darse valor, Gabi entró en la sala de espera.

–¡Mamá! –gritó Ashley–. ¿Jeff está bien?

–Se va a poner bien, pero puede que tengan que operarlo –Gabi hablaba para todos porque podía ver la preocupación en los ojos de Chance y Vance–. ¿Ves este hueso de aquí? –le preguntó a su hija, tocándose la clavícula–. Pues creen que podría estar roto y le duele la cabeza, pero se le pasará cuando duerma un poco y volverá a casa en un par de días.

–¿Puedo verlo, mamá?

–No, cariño, nadie puede verlo ahora mismo, así que nosotras volveremos al parque. Despídete de Chase y Vance.

En ese momento, Ashley perdió la batalla contra las lágrimas.

–Adiós –dijo, con voz trémula.

–Os acompañaremos hasta el coche.

–Podéis quedaros con la maleta de Jeff. Metí sus cosas a toda prisa cuando llegué al hotel, así que estará todo arrugado.

–Es un milagro que tuvieras presencia de ánimo para acordarte de eso –murmuró Chase.

–Conduce con cuidado –dijo Vance mientras le ponía a Ashley el cinturón de seguridad–. Y llámanos en cuanto llegues.

–Lo haré –Gabi arrancó la camioneta, ansiosa por alejarse de allí. El accidente de Jeff la había dejado conmocionada y la presencia de su exmujer, por encantadora que fuera, le había roto el corazón.

Ashley apoyó la cabeza en la ventanilla, llorando durante largo rato, pero por fin se quedó dormida y no se movió hasta que llegaron a Yosemite Lodge.

–¿Por qué paramos aquí? –la niña había despertado cuando Gabi llamó a Chase para decirle que ya habían llegado.

–Vamos a dejar la maletas en recepción, así por la mañana no tendremos que cargar con ellas cuando vengamos a tomar el autobús.

–¿El autobús?

–El que nos llevará al aeropuerto, en Merced.

–Yo no quiero irme a casa.

–Tenemos que hacerlo, cielo. ¿Recuerdas que Jeff había estado casado?

–Sí.

–Su exmujer estaba en el hospital y se va a quedar cuidando de él.
–¿Por qué?
–Porque quiere hacerlo.
–¿Aunque ya no estén casados?
–Aunque no estén casados.
–¿Por qué?
–Porque le sigue queriendo.
–Ah.
Gabi sacó lo que necesitaba de las maletas y se acercó al mostrador de recepción para pedir que se las guardaran hasta el día siguiente. El conserje le dijo que el autobús salía a las siete y media, de modo que debían salir de casa de Jeff a las seis cuarenta y cinco.
En cuanto llegaron allí, Gabi hizo dos sándwiches de jamón y, después de cenar, dejó la llave de la casa y el móvil de Jeff en la cocina.
Durmieron las dos en el sofá-cama, abrazadas, porque Ashley necesitaba consuelo y Gabi, que estaba rota por dentro, también.

Jeff esperaba ver a Gabi cuando lo llevaron a la habitación, pero se llevó una pequeña desilusión al ver a Chase y Vance. Se alegraba de verlos, pero en aquel momento solo quería verla a ella.
Gabi debía de haberlos llamado y luego se habría ido al hotel para meter a Ashley en la cama, pensó.
–Nos alegramos mucho de que sigas de una pieza –dijo Chase–. Nadie puede hacer tu trabajo en el parque.
–Ah, gracias –replicó Jeff, burlón–. Si quieres que sea sincero, cuando explotó la rueda me alegré al descubrir que no había perdido ningún miembro. No sé si me entiendes.
–Te entendemos perfectamente –contestó Vance–. Bueno, ¿cuál es el veredicto?
–Una clavícula magullada y una ligera conmoción cerebral. Si esta noche no me pasa nada, podré irme a casa mañana. ¿Dónde están Gabi y Ashley?
–Han vuelto a Yosemite.
–¿Qué? –Jeff intentó incorporarse.
–Oye, tranquilo. La pobre Ashley no dejaba de llorar y Gabi pensó que lo mejor sería volver a casa. Pero nos ha dejado tu maleta.
Él cerró los ojos.
–No puedo creerlo. Pensar que me estalló la rueda delante de ellas…

Yo no quería que Ashley viera eso. Nunca me había pasado antes.

–Olvídalo. La pesadilla ha terminado y ellas saben que estás bien.

–Pero yo tenía planes, Chase…

–Puedes llevarlos a cabo mañana o pasado mañana. Gabi no se va a ir a ningún sitio.

–La enfermera nos ha dicho que tu exmujer estuvo aquí. Aparentemente, vino contigo en el helicóptero. ¿Cómo es eso?

Jeff dejó escapar un suspiro.

–Aunque nuestro matrimonio se rompió hace mucho tiempo, Fran sigue viniendo a verme todos los años… sin invitación. Me dejó un mensaje la semana pasada pidiéndome que la llamase y no lo hice, por supuesto. Después del accidente, no sabía que ella iba conmigo en el helicóptero. Estaba tan mareado que no sabía lo que pasaba. Luego me dijeron que había estado allí.

–Creemos que Gabi debió de encontrarse con Fran cuando fue a Urgencias a preguntar por ti –dijo Vance.

–Maldita sea…

–Eso explica que se fuera del hospital con tanta prisa –sugirió Chase.

–Estoy empezando a pensar que Gabi podría ser como Rachel –murmuró Vance.

–Me has leído el pensamiento.

Jeff miraba de uno a otro.

–¿Qué queréis decir?

–Cuando Rachel llegó al parque con Nicky no me daba ninguna indicación de que estuviera interesada en mí porque pensaba que yo seguía enamorado de mi primera mujer. Yo esperaba que me hiciera alguna señal…

–Si tu exmujer ha querido dar la impresión de que seguía habiendo algo entre vosotros, es posible que Gabi haya creído que estaba en territorio prohibido. Probablemente por eso se ha marchado. ¿Cómo iba a saber ella que no sigues enamorado de tu ex? Seguramente le ha parecido lo más lógico, especialmente porque no has vuelto a casarte.

–¿Dijo algo sobre su conversación?

–No, nada. Pero parecía muy nerviosa –respondió Chase.

Vance frunció el ceño.

–Estoy de acuerdo.

–¡Tengo que hablar con Gabi ahora mismo! –exclamó Jeff–. Ella tiene mi móvil… ¿quieres llamarla?

–Sí, claro –Chase sacó el suyo del bolsillo y, después de marcar el número se lo pasó a Jeff, pero saltó el contestador.

–Voy a llamar a mi casa. Tal vez ya haya llegado.

Pero tampoco allí consiguió hablar con ella y le devolvió el teléfono a Chase.

–Ashley estaba muy disgustada cuando se marchó del hospital sin hablar contigo. Deberías haberla visto llorar… Es un encanto de niña. Nicky no deja de hablar de ella y entiendo por qué.

–Yo las quiero a las dos –murmuró Jeff.

–Te entiendo –asintió Vance–. Me recuerda tanto a Nicky cuando tuvo que volver a Florida… Tal vez sea mejor que esperes hasta mañana para hablar con ella. Después de todo, necesitas una buena noche de sueño.

Jeff apretó los labios.

–Tú no conoces a Gabi. Si Fran ha dicho algo que la haya disgustado…

–¿Crees que tu exmujer querría causar problemas?

–No, pero es como si no quisiera creer que nuestro matrimonio se ha roto. Fran piensa que sigo queriéndola porque no he vuelto a casarme –Jeff sacudió la cabeza–. El problema es que mi matrimonio con ella fue un error. No creo que Fran haya querido hacerle creer que sigue habiendo algo entre nosotros, pero al verla aquí tal vez Gabi haya pensado que es así.

–¿Crees que la ha asustado a propósito? –preguntó Vance.

–No lo sé. Si Gabi salió corriendo del hospital…

–Chase y yo vamos a quedarnos en la sala de espera esta noche. Si Fran aparece por la mañana mientras tú estás dormido, le diremos de la mejor manera posible que nosotros vamos a llevarte al parque en el helicóptero.

–Si se ofrece a ayudarte, le diremos que nuestras mujeres ya lo tienen todo controlado. Si estás despierto puedes decirle lo que quieras, pero nosotros te daremos apoyo moral.

No podía haber mejores amigos, pensó Jeff.

–Gracias por todo.

–Ahora sabes lo que sentí yo cuando me ayudasteis a sacar a Annie del helicóptero después del accidente.

Todos recordaban el accidente en el que Annie podría haber perdido la vida.

–Descansa un poco –le aconsejó Vance–. Nos veremos por la mañana.

En cuanto salieron de la habitación, Jeff llamó a la enfermera y le pidió que le llevase un teléfono. Pero Gabi debía de haber apagado el móvil y tampoco contestaba en casa.

CAPÍTULO 10

CUANDO terminaron de comer, Jessica y Ashley fueron a jugar a la habitación de su hija, de modo que Gabi tuvo un momento para llamar a Greg.

Afortunadamente, saltó el contestador y dejó un mensaje diciendo que seguía de vacaciones y que lo llamaría cuando volviese a casa. Pero no le dio una fecha.

Después de estar con Jeff, sabía que no podía seguir viendo a Greg. En el momento adecuado le contaría la verdad: que estaba enamorada del mismo hombre al que había amado de adolescente.

Pero no podía lidiar con nada más mientras el problema con su exmarido no se solucionase.

Gabi miró su reloj. El señor Steel estaría en el Juzgado en ese momento defendiendo su caso.

Mientras esperaba que la llamase para decirle qué había pasado, comprobó sus mensajes. Había tres de Jeff e, incapaz de soportarlo más, escuchó el primero:

–Gabi, soy Jeff, llámame en cuanto puedas. El médico me ha dicho que tengo magullada la clavícula, pero nada más. Volveré a casa mañana con Vance y Chase.

De modo que no se la había roto, pensó Gabi, aliviada. Había dejado el mensaje por la noche y eso significaba que ya estaría de vuelta en Yosemite…

–Me han dicho que te has ido del parque y no podré dormir hasta que vuelva a escuchar tu voz y sepa que estás bien. Te dejo el número del

hospital…

Gabi apretó el teléfono. ¿Y Fran? Después de conocerla, veía imágenes de los dos creando recuerdos que Gabi no había compartido.

Después de borrar el mensaje escuchó el segundo, que había enviado a las once y media de la mañana.

–Parece que tienes el móvil apagado. En cuanto escuches el mensaje, llámame… esta noche, si puedes.

Pero no decía nada de Fran.

Gabi escuchó el tercer mensaje, que había sido enviado una hora antes:

–Los chicos me han traído en el helicóptero. Estoy en casa, Gabi. ¿Por qué no respondes a mis llamadas? Vance y Chase creen que viste a Fran y, por alguna razón, saliste corriendo. ¿Es eso? Yo no le pedí que fuese a North Fork y, aunque ella quiere creer otra cosa, no he tenido nada que ver con Fran desde que nos divorciamos. Me llamó la semana pasada, pero no le devolví la llamada. Ella sabía de ti antes de casarse conmigo… sabía que tú eras la razón por la que nuestro matrimonio había fracasado.

Los ojos de Gabi se llenaron de lágrimas.

–No sé si te hizo creer que seguía habiendo algo entre ella y yo, pero no lo hay. Te lo juro, Gabi. Solo he amado a una mujer en toda mi vida y tú sabes muy bien quién es. Si no, ¿por qué te seguí hasta El Portal y te supliqué que fueras a casa conmigo? Solo el amor me habría hecho ir a Los Ángeles a toda prisa para llevaros de vuelta a Yosemite. Pero si tus sentimientos por mí no son tan profundos, entonces no me llames. Dejemos que esto sea el final. Si no me quieres… En fin, ya me he cansado de ser crucificado por circunstancias que no puedo controlar.

–Oh, Jeff… –Gabi se dejó caer sobre una silla y escuchó los mensajes de nuevo, saboreando cada palabra. Nunca los borraría.

Sin aliento de pura emoción, decidió ir a ver a las niñas antes de llamarlo. Afortunadamente, estaban concentradas en sus juegos, de modo que ella podía tener la conversación más importante de su vida.

Gabi fue al dormitorio, pero en cuanto se sentó sobre la cama para llamar a Jeff sonó el móvil y vio el número del señor Steel en la pantalla.

–Señora Rafferty, soy Janine, la ayudante del señor Steel. Seguimos en los Juzgados. Un momento, por favor, el señor Steel quiere hablar con usted.

Gabi esperó, angustiada.

–¿Señora Rafferty? La vista acaba de terminar y tengo buenas noticias: el juez ha desestimado la demanda de su exmarido.

–¿Qué? –exclamó ella, totalmente abrumada de felicidad por segunda vez en diez minutos–. No me lo puedo creer.

–Su ex ha decidido retirar la demanda de custodia compartida. Cuando el juez le preguntó a su abogado si estaba dispuesto a someterse a un examen psiquiátrico, respondió que el señor Rafferty se negaba porque ya lo había pasado en el ejército. El juez dijo que ese examen no tenía ninguna relevancia porque la ley exige que pase un examen psiquiátrico debido a que se trata de una menor y, en ese momento, su ex le llevó la contraria. Fue un error, por supuesto. El juez le pidió que se calmase y cuando se negó a hacerlo, declaró el caso cerrado. Su ex salió de la sala como una tromba… –el señor Steel hizo una pausa–. Esa es la mala noticia.

Gabi apretó el teléfono.

–¿Cree que intentará ponerse en contacto conmigo?

–La orden de alejamiento sigue en vigor, pero me gustaría saber si está en un sitio seguro.

–No, he llegado a mi apartamento hace unas horas.

–Entonces márchese inmediatamente. Rafferty podría averiguar que ha vuelto a casa creyéndose segura. Tiene que irse ahora mismo, señora Rafferty.

Gabi sintió un escalofrío.

–¿Cree que tendré tiempo?

–Acabamos de salir de la vista y su exmarido tendría que ir desde Los Ángeles a Rosemead.

–Gracias de todo corazón, señor Steel. Estaremos en contacto –Gabi cortó la comunicación y saltó de la cama–. ¡Ashley! ¡Cariño, tengo que darte una buena noticia!

Su hija levantó la cabeza.

–¿Ha llamado Jeff?

–Sí, ha llamado. No se ha roto la clavícula y está de vuelta en casa. Y dice que vayamos lo antes posible.

–¿Su mujer se ha marchado?

–Y no volverá nunca.

Ashley se lanzó sobre ella con tanta fuerza que estuvo a punto de tirarla al suelo.

–Lo siento, Jessica, tenemos que irnos –se disculpó Gabi–. Volveremos pronto, te lo prometo. Dile a tu mamá que la llamaré mañana.

–Bueno –Jessica parecía a punto de echarse a llorar.

–Ve a acompañarla a la puerta, Ashley.

Mientras su hija lo hacía, Gabi tomó las maletas y volvió a guardar la ropa que había sacado unas horas antes. Solo quedaba una cosa que hacer: ponerse la camiseta que Jeff le había regalado.

Sin preocuparse de nada más, cerró el apartamento con llave y subieron al coche. Como había llenado el tanque después de salir del aeropuerto de Los Ángeles, no tendría que parar de inmediato para poner gasolina.

–¿Quieres saber otra buena noticia?

–¿Cuál? –preguntó Ashley.

–¿Recuerdas que tu padre biológico quería verte y yo te dije que el juez tendría que darle permiso?

–Sí.

–Pues acabo de recibir una llamada de mi abogado.

El juez le dijo a tu padre que habían pasado demasiados años y que, por lo tanto, no tenía permiso para verte. Ya no tenemos que preocuparnos por eso.

–Me alegro, porque yo quiero que Jeff sea mi papá –dijo Ashley.

–Lo sé, cariño.

«Y yo también lo deseo. Más de lo que puedas imaginar».

Aunque le gustaría hablar con Jeff en ese mismo instante, no quería declararle su amor por teléfono, pero cuando se detuvo en Fresno para poner gasolina tenía en mente un plan que estaba deseando poner en acción.

Mientras bajaba del coche vio que otro, de color azul, paraba frente a un surtidor. Parecía el mismo coche que había visto varias veces por el espejo retrovisor desde que salieron de casa, pero no reconoció al conductor. Mientras no fuese Ryan, no le importaba.

Por supuesto que no era Ryan, pensó. Ella se había ido de Rosemead mientras él estaba en Los Ángeles, de modo que no había podido seguirlas.

Después de poner gasolina y comer una hamburguesa tomaron la carretera de Yosemite y le pareció ver el coche azul de nuevo, pero tenía que ser una coincidencia, alguien que iba al mismo sitio que ellas.

Cuando por fin llegaron a la cola de coches que esperaban en la entrada del parque, Gabi suspiró, aliviada. No tardaría mucho en ver a Jeff, pero debía contener los frenéticos latidos de su corazón o tendría un accidente antes de llegar a su casa.

El mismo forestal que la había atendido el primer día se tocó el ala del sombrero.

–Hola otra vez.

–Parece que no podemos alejarnos del parque.
–Me alegra saberlo. ¿Tiene reserva para esta noche?
–Sí –respondió Gabi–. La semana pasada aprendí la lección.
–Que disfrute de su estancia en Yosemite.
–¿No va a hacerme ninguna pregunta?
–No, esta vez no.
Mientras arrancaba de nuevo, Gabi miró por el espejo retrovisor y vio que el coche azul había desaparecido. Se había asustado por nada, pero se alegraba de estar en el mundo de Jeff, donde él podría protegerlas.
Ashley miró alrededor, emocionada.
–¡Estoy deseando ver a Jeff!
Gabi respiró profundamente.
–Y yo también, cariño. Vamos a parar en el supermercado y compraremos algo para que Jeff se ponga bien rápidamente, ¿te parece?
–Quiero llevarle chocolatinas.
–Ah, muy buena idea.
La cola del supermercado le pareció interminable y cuando por fin volvieron al coche, Gabi dejó las bolsas sobre el asiento de atrás, al lado de Ashley. Pero cuando iba a arrancar, un extraño abrió la puerta y se sentó en el asiento del pasajero.
–¡Mamá! –gritó Ashley.
Gabi gritó también, alarmada. Pero cuando iba a empujarlo, él sujetó con fuerza sus muñecas.
–Ha pasado mucho tiempo, Gabi. Y no ha sido nada fácil encontrarte. ¿Qué tal si me presentas a nuestra hija?

–¿Por qué no estás en la cama?
Jeff levantó la mirada al escuchar la voz de Cal, que acababa de entrar en su despacho con Sergei. Su mejor amigo había vuelto de su luna de miel el domingo por la noche, más feliz que nunca. Tanto que le dolía mirarlo porque él estaba en un agujero negro y apenas era capaz de funcionar.
–La casa es una tumba. No podía quedarme allí esperando una llamada que no va a llegar nunca, así que he venido para ir adelantando un poco de trabajo.
Cal le quitó la correa a Sergei y el animal puso la cabeza sobre la rodilla de Jeff, como para consolarlo.
Aquel perro tenía instintos humanos.
–Hola, chaval –murmuró, acariciando su cabeza.

–Ven a casa conmigo, Jeff –dijo Cal.

–¿Molestar a unos recién casados? Yo nunca te haría eso.

–No pienso dejarte solo –insistió su amigo, dejándose caer sobre una silla–. Me dijiste que la vista sobre el caso de Gabi tenía lugar hoy, ¿no?

–Sí.

–¿Por qué no llamas a su abogado? Tal vez él sepa algo y pueda explicarte por qué no te ha llamado.

Jeff cerró los ojos. Le gustaría no haberle contado nada, pero cuando Cal apareció en su casa para buscar al perro le había abierto su corazón.

–Tengo que enfrentarme con la realidad: Gabi no quiere saber nada de mí.

–¿Cómo se llama su abogado?

–Henry Steel, tiene el bufete en Los Ángeles –Jeff le dio su dirección y, en un minuto, Cal había localizado el número de teléfono. Pero mientras dejaba un mensaje, Jeff oyó una voz en el pasillo.

–¿Qué demonios haces aquí?

Mark acababa de aparecer en la puerta del despacho.

–¿Estás hablando conmigo o con Cal?

–¡Contigo!

–Tengo mucho trabajo.

Mark frunció el ceño.

–Se supone que estás de baja. ¿No sabes que tienes una visita? Seguramente estará esperando en la puerta de tu casa y tú estás aquí como un tonto.

–¿Qué visita?

–La señora Rafferty y su hija.

Jeff se levantó de un salto y tuvo que apoyarse en la mesa para mantener el equilibrio.

–¿Gabi está aquí?

–Ness me llamó en cuanto atravesó la entrada. Se supone que debemos protegerla de su exmarido, pero parece que la conmoción cerebral te ha afectado de verdad.

–¿Cuándo ha llegado?

–Hace casi dos horas.

Cal se volvió hacia Jeff.

–¿Por qué no te ha llamado? ¿Tiene llave de tu casa?

–No, pero tal vez haya ido a casa de Rachel o de Annie, así Ashley tendría alguien con quien jugar.

–¿Y por qué no ha intentado localizarte?

–No lo sé, pero voy a enterarme ahora mismo –respondió Jeff.

–Llamaré al jefe –sugirió Cal.

Unos minutos después, descubrieron que nadie había visto a Gabi.

–Le pedí a King que fuera a tu casa, pero allí no hay nadie. Tal vez Gabi haya llevado a Ashley a Curry Village para comer algo.

–Es posible, pero no entiendo por qué no me ha buscado aquí.

–Vamos a buscarla –dijo Cal.

Jeff se dirigió a la puerta.

–Miraremos por todas partes –entonces se le ocurrió algo terrible–. Tal vez su ex la haya seguido hasta aquí.

–Voy a enviar un aviso a todos los forestales y a todos los voluntarios del parque para que busquen su coche.

–Es un Honda Civic de color rojo.

Salieron del cuartel general por la puerta de atrás y subieron al coche de Cal con Sergei. Pero después de buscar en Curry Village, en los hoteles y restaurantes del parque, seguían sin encontrar a Gabi y a su hija. Nadie las había visto y la depresión de Jeff empezaba a ser auténtico pánico.

–No hemos ido al supermercado.

–Es posible que hayan ido allí a comprar algo…

Tim, uno de los empleados, les dijo que una mujer morena había estado allí con una niña pequeña comprando chocolatinas y refrescos una hora antes.

–De hecho, la niña mencionó tu nombre, pero no pensé que se refería a ti. Parecían muy contentas.

El corazón de Jeff se aceleró.

–¿Iba un hombre con ellas?

–No.

–Gracias, Tim.

Cuando subían de nuevo al coche, sonó el teléfono de Jeff.

–¿Señor Steel? Gracias por devolverme la llamada. ¿Sabe algo de Gabi?

–Hablé con ella hace unas horas. El juez ha desestimado la demanda de custodia compartida y su exmarido salió del Juzgado absolutamente furioso. Llamé a la señora Rafferty para advertirle que debía marcharse a algún lugar seguro y ella me prometió que lo haría. Pero me temo que ese hombre podría ir armado.

Una garra gigante apretó el corazón de Jeff.

–Creemos que ha estado aquí, en el parque Yosemite. Gabi llegó hace dos horas, pero no sabemos nada de ella.

–Rafferty amenazó con contratar a un detective privado para localizarla y tal vez estaba en su casa, esperando.

–Gracias por su ayuda, señor Steel.

–Manténgame informado, por favor.

Jeff cortó la comunicación y vio que Cal estaba hablando por el móvil.

–Todo el parque está en alerta. Chase ha reunido un grupo de hombres para buscarla.

–Su ex podría haberlas llevado a cualquier sitio y se está haciendo de noche.

–Tranquilo, las encontraremos.

–No sabemos si van en el coche de Gabi o en el de él –murmuró él, más angustiado que nunca.

Mientras buscaban por los campings sonó su móvil y Jeff puso el altavoz para hablar con Mark.

–José Martínez, uno de los voluntarios, ha visto el coche de Gabi en el aparcamiento que lleva a la cascada Vernal.

–¡Vamos!

Cal giró el volante para tomar esa dirección mientras Jeff intentaba controlar su nerviosismo.

–Su ex es una persona violenta.

–No te preocupes, no vamos a dejar que le pase nada.

–¡Suéltala, Ryan!

–No pienso hacerlo. Quieres ir a dar un paseo con tu papá, ¿verdad, Ashley? Mientras no hagas ruido, todo irá bien.

Ryan era un hombre muy fuerte de más de metro ochenta de estatura. Llevaba un jersey negro de cuello alto y un pantalón de camuflaje. Y llevaba a Ashley al hombro, obligando a Gabi casi a correr tras él.

El miedo que veía en los ojos de su hija le rompía el corazón. No podía soportarlo, pero tenía que hacerlo, tenía que poner a su hija a salvo.

Half Dome, casi mil metros por encima del valle, era un sitio impresionante, pero de noche era aterrador. Y el perfil de Ryan lo era aún más.

Se habían alejado de las zonas pobladas y estaban tomando un camino que se adentraba en el bosque.

–No le hagas daño, Ryan. Es tu hija –le suplicó Gabi.

–¿Tú sabes por qué no quería tener un hijo? Porque luego se hacen mayores y te dejan. Mis padres me dejaron, mi abuela me dejó. Tú me dejaste.

–Tu mujer no te ha dejado –dijo ella.

–Yo no tengo mujer. Me lo inventé porque sonaba mejor. Tú eres mi mujer.

Gabi sintió un escalofrío.

–Si eso es cierto, entonces vamos a mi apartamento en Rosemead y allí hablaremos de ello.

–Te has escondido de mí.

–Estaba de vacaciones.

–Bev no quería decirme dónde estabas.

–Bev no sabía dónde estaba, Ryan. Ya no tenemos una relación tan estrecha. Ashley y yo estuvimos en la playa y luego vinimos aquí.

Él se detuvo para mirarla. Sus ojos castaños parecían negros en la oscuridad.

–¿Solas?

–Claro, las dos solas. Por favor, Ryan, volvamos al coche. Hace frío y tengo que meter a Ashley en la cama.

–¿Dónde ibais a dormir esta noche?

–En el Yosemite Lodge.

–¿Y por qué no has ido a la vista esta mañana?

–Mi abogado me dijo que no tenía que hacerlo. Por favor, ¿podemos hablar en el coche? Ashley está temblando.

Ryan miró a la niña, pensativo.

–Se parece a ti.

–Pero tiene tu estructura ósea.

–¿Con cuántos hombres te has acostado desde que nos divorciamos?

«No muerdas el anzuelo».

–No he salido con nadie. Ashley es toda mi vida.

–La quieres más a ella de lo que me quisiste a mí –la acusó Ryan.

–Ashley es parte de ti también. ¿Es que no lo entiendes?

–Entonces, demuéstrame cuánto me quieres.

Gabi estaba tan asustada que no podía tragar saliva.

–No puedo besarte mientras sujetas a la niña.

Para su sorpresa, Ryan la dejó en el suelo, pero sin soltar su mano. En la otra, llevaba una pistola con la que apuntaba a Gabi.

–Ven aquí.

«No demuestres que tienes miedo».

Sin mirar a su hija, Gabi dio un paso adelante y le echó los brazos al cuello.

–Ha pasado mucho tiempo –susurró sobre sus labios.

Cuando Ryan se apoderó de su boca, le devolvió el beso, intentando resultar convincente. Pero cuando se apartó, lo golpeó con todas sus fuerzas en la nariz, usando el canto de la mano.

Sorprendido, Ryan dio un paso atrás y la pistola se disparó.

Gabi oyó gritar a su hija y, de repente, media docena de forestales corrían hacia ellos para lanzarse sobre su exmarido.

–¡Ashley!

–Está bien –oyó que decía una voz familiar.

Su hija estaba en los brazos de Jeff, llorando desconsoladamente, y Gabi los abrazó a los dos, con el corazón en un puño.

–¿Cómo sabías que estábamos aquí? –consiguió preguntar, entre sollozos–. ¿Cómo nos has encontrado?

–Con mucha ayuda –respondió Jeff–. Gracias a Dios hemos llegado a tiempo.

–Ryan está enfermo. Necesita ayuda…

–Vamos, Gabi. Cal ha vuelto, él nos llevará a casa.

Una vez en la camioneta, Gabi sentó a su hija sobre sus rodillas, abrazándola con todas sus fuerzas mientras intentaba contener las lágrimas. Si no fuera por Jeff, no sabía qué habría pasado.

Era el primero en su lista de héroes, pero había otras personas a las que debía dar las gracias, el señor Steel entre ellos. Su abogado había mostrado la preocupación de un padre, diciéndole que buscase un lugar seguro. Y algún día encontraría la forma de darle las gracias.

Durante el trayecto, Gabi apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos mientras acariciaba el pelo de Ashley, escuchando a Cal hablar por el móvil con otros forestales. Eran una familia, pensó, siempre cuidando los unos de los otros.

Jeff siempre había sido muy trabajador, pero al convertirse en guardia forestal había encontrado su lugar en aquella noble comunidad, en aquella sociedad extraordinaria. Y, aunque era muy pequeño, Nicky Rossiter lo había sabido de inmediato; por eso se mostraba inconsolable cuanto tuvo que marcharse de allí.

Cuando llegaron a casa de Jeff, Cal la ayudó a bajar de la camioneta y Jeff tomó a Ashley en brazos para llevarla al interior.

–No sé cómo daros las gracias por lo que habéis hecho –empezó a decir Gabi–. Me gustaría poder hacer algo a cambio…

–Ya lo has hecho –respondió el guapo forestal, con una sonrisa en los labios.

–¿Qué quieres decir?

–Jeff y yo somos amigos desde hace años. Siempre he sabido que faltaba algo en su vida, algo que impedía que fuera feliz. Y cuando descubrió que habías vuelto al parque… Nunca había visto una expresión de felicidad igual en su rostro. Eso es lo que puedes hacer por mí y por todos los que le queremos.

Emocionada, Gabi se despidió con un abrazo antes de entrar en la casa.

Jeff y Ashley estaban en su habitación. Él tenía a su hija en brazos como si fuera un bebé y su expresión la conmovió.

–Le dije a mi mamá que quería que tú fueras mi papá –murmuró Ashley.

–¿Y qué dijo ella? –musitó Jeff, dándole un beso en la nariz.

–Que quiero que seas mi marido en cuanto sea posible –respondió Gabi.

Él levantó la cabeza y clavó su mirada en la camiseta.

–Cuando fui a buscarte a casa de Bev pensaba llevarte a Las Vegas para que nos casáramos.

Ashley se incorporó un poco.

–¿Podemos dormir los tres juntos esta noche?

Sin decir una palabra, Jeff colocó a la niña en el centro de la cama y, después de apagar la luz, Gabi se tumbó a su lado.

–No debes volver a tener miedo, cariño. Tu padre biológico es un hombre muy enfermo y se lo han llevado a un sitio donde podrán ayudarlo.

–No tengo miedo. Jeff va a ser mi papá. ¿Puedo contárselo a Nicky mañana?

Gabi alargó una mano para acariciar el pelo de Jeff.

–Puedes contarle a todo el mundo que vamos a ser una familia.

Jeff apretó su mano, emocionado.

–Pero tienes que volver al colegio, mami.

–Voy a dejar el colegio –anunció Gabi–. Por el momento, lo único que voy a hacer es cuidar de ti y de Jeff.

–¿Y podemos tener un perro?

–Pasado mañana organizaremos una fiesta –dijo Jeff–. Y le preguntaremos a Cal si sabe de algún perro para nosotros.

–¿Como Sergei?

–Si no recuerdo mal, Sergei tiene un par de hermanos.

–¡Roberta también quiere un perro como Sergei! –la niña se levantó de un salto–. Tengo que ir al baño, pero no os vayáis a ningún sitio, ¿eh?

–No vamos a movernos de aquí.

En cuanto entró en el baño, Gabi abrazó a Jeff, que la esperaba ansiosamente.

–Cariño –murmuró.

Pero él no la dejó seguir hablando y se besaron durante unos minutos.

–Tengo dos días más de baja –dijo Jeff después–. ¿Qué tal si vamos a Reno mañana y nos casamos? Al día siguiente haremos una fiesta y anunciaremos a todo el mundo que somos marido y mujer.

–Llevo tanto tiempo deseándolo, amor mío…

CAPÍTULO 11

DOS días después, Nicky y Roberta aparecieron en casa con Sansón. Mientras Gabi les daba tostadas con mermelada en la cocina, su hija les habló del accidente de Jeff. La noticia de su boda era un secreto hasta esa noche.

Cuando los niños se cansaron de preguntar por las acrobacias que Jeff había hecho en su moto, salieron al jardín a jugar, pero Gabi sabía que Ashley no iba a decir nada sobre la boda relámpago en Reno.

La única persona que lo sabía era el padre de Jeff. Lo habían llamado después de la ceremonia para invitarlo a ir a Yosemite cuando quisiera y el hombre se había emocionado tanto que apenas podía hablar.

Gabi le confesó que siempre lo había querido y el señor Thompson lloró por el papel que había hecho en su separación. Pero cuando ella le aseguró que era tan feliz que nada de eso tenía ya importancia, Jeff le dio un beso que la dejó sin aliento.

Con la casa silenciosa, Gabi aprovechó para lavarse el pelo. Bajo la ducha, revivió lo que había ocurrido por la noche, cuando Ashley se quedó dormida.

Jeff y ella habían hecho el amor hasta el amanecer. Lo deseaba tanto que le dolía y siempre sería así.

Sentía compasión por todas las mujeres que no podían tener un marido como Jeff y estar entre sus brazos era tan maravilloso que cuando tuvo que irse a trabajar por la mañana, Gabi se abrazó a él porque no quería dejarlo ir. Y Jeff había respondido haciéndole el amor de nuevo, con tanta pasión que se había sentido transformada.

¿Cómo iba a esperar hasta la noche?

Después de elegir un vestido azul de algodón, corrió a la cocina para empezar a preparar la fiesta. Hizo tortilla de guacamole, la ensalada de patata de la madre de Jeff y brownies.

Cuando estaba guardando el postre y las ensaladas en la nevera, escuchó alegres gritos de los niños en el jardín.

Jeff estaba en casa.

Se había ido a las siete para solucionar un problema importante y el corazón de Gabi parecía a punto de salirse de su pecho, pero se obligó a sí misma a caminar, no a correr, para abrir la puerta a su flamante marido.

Pero era Cal quien bajaba de la camioneta, no Jeff. Iba de uniforme, con Sergei a su lado.

–Ahora te pareces más al forestal del periódico, con su famoso perro.

Cal esbozó una sonrisa.

–¿Qué tal estás? ¿Has olvidado la horrible experiencia de la otra noche?

–Ashley y yo estamos bien. Mucho mejor de lo que pudiéramos haber soñado.

–No sabes cuánto me alegro.

–Si Jeff y yo tenemos que preocuparnos por algo es por habernos cargado las habilidades de tu perro mientras estabas fuera. Ashley lo trata como si fuera un peluche y Sergei está encantado.

Cal soltó una carcajada.

–Ya lo he notado.

–Lo llevó a dar muchos paseos, con Nicky y Roberta.

–Jeff me contó que Ashley y tú llegasteis a Yosemite el día de mi boda.

–Sí, es verdad. Y, por lo visto, fue una ceremonia mágica.

–Lo fue, es cierto.

–Enhorabuena –dijo Gabi–. Y gracias otra vez por rescatarnos a mi hija y a mí.

–No tuvimos más remedio. Jeff estaba desesperado –bromeó Cal.

De repente, los niños se acercaron corriendo.

–¿Qué tal tu luna de miel? –preguntó Nick.

Por supuesto, él tenía que preguntar.

–Seguro que tan divertida como la tuya. ¿Quién es tu nueva amiga? La vi la otra noche, pero creo que ella no me recuerda.

–Ashley Rafferty, de Rosemead –le informó Nicky–. Tiene casi ocho años y va a empezar segundo.

–Ah, muy bien. ¿Cómo estás, Ashley?

–Bien –respondió la niña–. Me gusta mucho tu perro.

–Creo que a Sergei también le gustas tú.

–Jeff dejó que durmiese en mi cama. Ojalá tuviese un perro como él.

–Eso me ha dicho Jeff.

–¿Donde está Jeff, mami? –preguntó Ashley.

–Trabajando, pero volverá pronto.

–¡Eso espero! –gritó la niña, antes de correr por el jardín con sus amigos.

Cal siguió a Gabi a la cocina.

–Huele de maravilla. ¿Puedo ayudar en algo?

–No, en absoluto. Ya lo tengo todo.

–Entonces, iré a buscar a Alex. Estoy muerto de hambre.

–Me alegro, porque he hecho comida para un ejército.

–Tendrás que hacerlo porque Jeff come como un lobo. Claro que tú ya lo sabes porque sois viejos amigos –bromeó Cal–. Bueno, voy a buscar a Alex. Volveremos enseguida.

Gabi sintió que le ardía la cara. ¿Le habría contado Jeff que se habían casado en Reno el día anterior? Después de todo, Cal era su mejor amigo.

Diez minutos más tarde, Cal volvió con su guapísima esposa y, después de presentarlas, las dejó charlando antes de ir al cuarto de estar.

Gabi terminó de preparar la comida y Alex la ayudó a ponerlo todo en la mesa.

–¿Cuánto tiempo vas a quedarte en el parque?

–Pues… no estoy segura –respondió Gabi.

Si Jeff no volvía pronto a casa iba a estallar. Tenía tantas ganas de darle la noticia a todo el mundo…

–Cal me ha contado lo que pasó con tu exmarido. Debió de ser horrible. Pero también me ha contado que le diste un golpe de kárate.

–Bueno… es asombroso lo que una mujer haría por su hija.

–Nosotros aún no tenemos hijos, pero lo estamos intentando –dijo Alex.

–Qué bien –mientras hablaban, oyeron un alboroto en el jardín–. ¿Qué está pasando?

Alex y Gabi salieron al porche y comprobaron que habían llegado todos para la fiesta: maridos, esposas, niños, perros. Pero Gabi solo tenía ojos para su marido, que estaba bajando de la camioneta de Chase… ¡con dos perros que eran casi idénticos a Sergei!

Jeff se acercó a Ashley, que lo miraba con cara de sorpresa.

–Te presento a nuestro perro, Yuri. Es hermano de Sergei.

Ashley abrazó a Jeff y luego acarició al animal, emocionada.

–Ve a dar un paseo con él, pero no sueltes la correa. Tienes que demostrarle que tú eres la jefa.

Riendo, Ashley empezó a correr con Yuri mientras Chase le entregaba su perro a Roberta, que parecía tan feliz como Ashley.

–Se llama Peter, cariño, y es hermano de Sergei y Yuri. El criador me ha dicho que es muy dulce y que será perfecto para ti.

Los gritos de alegría de los niños podían oírse por todo el valle de Yosemite y durante los siguientes minutos aquello se convirtió en una fiesta canina, con Nicky presentando a Sansón a los recién llegados.

Gabi había pensado que no podía querer más a Jeff, pero se dio cuenta de que estaba equivocada y se acercó a él delante de todo el mundo, incapaz de seguir conteniendo su emoción.

Jeff le pasó un brazo por la cintura y carraspeó para llamar la atención de sus amigos.

–Si no os importa atendernos un momento, tenemos una noticia que daros.

Todos se quedaron en silencio.

–Gabi y yo queremos que seáis los primeros en saber que llevamos catorce años locamente enamorados y que, por fin, nos casamos ayer en Reno. Ashley fue nuestro testigo.

En medio de las felicitaciones y las palmaditas en la espalda, Ashley se colocó al lado de la pareja con su nuevo perro, radiante de felicidad.

–Ahora Jeff es mi papá.

Nicky corrió hacia ellos.

–¡Mi padre decía que ya era hora!

–¡Nicky! –exclamaron Vance y Rachel a la vez.

Jeff miró a Gabi. Sus ojos pardos brillaban de deseo y de amor.

–Tu padre tiene razón, Nicky. Por eso es el jefe.

Y, después de decir eso, envolvió en sus brazos al amor de su vida.